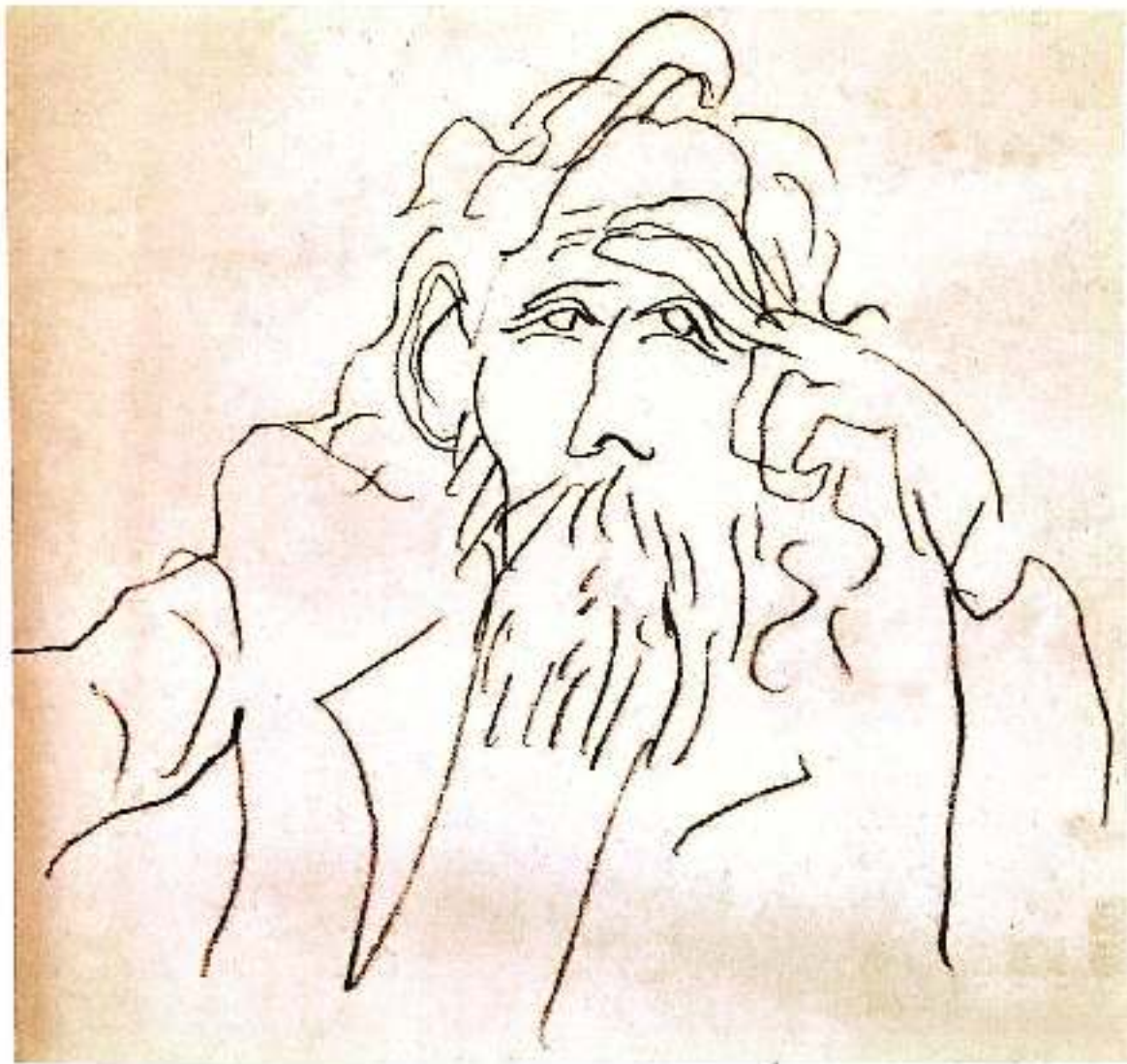


ISSN 0120-0216

⌘ aleph



enero/marzo 2014, año XLVIII

**N° 168**



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carátula: Retrato de Eduardo Escobar,  
por Antonio Caballero

### **Consejo Editorial**

Luciano Mora-Osejo  
Valentina Marulanda (N)  
Heriberto Santacruz-Ibarra  
Lia Master  
Jorge-Eduardo Hurtado G.  
Marta-Cecilia Betancur G.  
Carlos-Alberto Ospina H.  
Carlos-Enrique Ruiz

### **Director**

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.6.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: [aleph@une.net.co](mailto:aleph@une.net.co)

Carrera 17 N° 71-18

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación e impresión:  
Jerónimo & Gregorio Matijasevic,  
Arte Nuevo, Manizales Col.  
[matijasevic@outlook.com](mailto:matijasevic@outlook.com)

enero/marzo 2014

# aleph

Año XLVIII

# Arte Póetica

Todos los poemas deben estar  
calculados  
para decir lo que el poeta  
quiere decir  
palabra  
por palabra  
por palabra  
desde la primera palabra  
hasta la última  
y el silencio que la sigue  
y la valoriza.

Así  
éste.

E. E.

Eduardo Escobar

Presentación

# Eduardo Escobar, esplendor verbal y lúcido razonamiento

María-Dolores Jaramillo

**E**duardo Escobar, como su muy querido y admirado Fernando González, prefirió la vida del espíritu y del exilio lector. Poeta. Novelista. Prosista. Pintor. Ensayista. Crítico. Melómano. Certero retratista. Como el escritor de *Otra parte*, mira la tontería y la maldad humana con lucidez, humor y desencanto. Sin mucha esperanza sobre la suerte de la especie humana. Y también se examina continuamente, y se flagela a sí mismo. En las tentaciones. Las dudas. Los errores.

Formado en los valores cristianos, con los padres escolapios y los hermanos maristas, primero, y luego en el seminario de misiones extranjeras de Yarumal, Antioquia, su escritura afirma una ética sin concesiones. De reflexión y rebelión contra la descomposición y transposición de valores. Ejercicio permanente de enjuiciamiento y replanteamiento moral. Contra la corrupción y la codicia. Las enemistades y los resquemores. En defensa de la solidaridad, la justicia, la protección del débil, el respeto de las diferencias, la autenticidad, el despojo de la mentira, el coraje para decir la verdad...



En medio de la música y la lectura, el sol y los frutales, encuentra la fuerza para resistir los abatimientos y golpes que intercambia la vida. Sobrevive con el canto del sinsonte. O bajo una noche estrellada. Es racional y supersticioso. Místico y razonador. Mordaz e iluminado. Poeta, soñador y alquimista. Observador minucioso. Obstinado. Hombre elo-

cuenta. Locuaz. Modesto. Lector de historia y espiritismo. De biografías. De literatura y esoterismo. De política y astrología. De ciencias y mitologías. De poesía y filosofía. Estudioso. Bohemio diplomado. Lo guía la inagotable concupiscencia del saber.

Su influencia se ha extendido a varias generaciones, y perdura su fina poesía tallada a mano, sus crónicas humorísticas, su prosa melodiosa y reflexiva, y su esfuerzo generoso por presentar, recordar y homenajear a algunos grandes escritores, principalmente de los siglos XVIII, XIX y XX, que influyeron y moldearon a los Nadaístas: Flaubert, Voltaire, Rimbaud, Baudelaire, Maiacovski, Beckett, Camus, Nabokov, Gide, Wilde, Proust, Mann, Nietzsche, Celine, Fernando González, León de Greiff, Gonzalo Arango, entre otros, y que son revistados en su libro de ensayos más reciente, *Cuando nada concuerda* (2013).

Con fidelidad ha disfrutado la literatura desde la juventud, y hoy ofrece a los lectores una obra múltiple, rica en temas, perspectivas, relaciones, tonos y sentimientos. Profunda, lúdica, e imaginativa. Muy bien afinada. Prosa melódica, poemas sugestivos de ajustadas y diversas construcciones, ensayos críticos, una novela de artista, fábulas, epigramas, crónicas del malestar de la cultura, misceláneas, digresiones, poesía de intimidad, agudos análisis y opiniones, divertimentos, reflexiones humorísticas y mordaces, diatribas, alabanzas, notas autobiográficas, homenajes de amor e ingenio, memorias Nadaístas y familiares, manifiestos literarios, artículos históricos, lúcidas meditaciones, abundantes confesiones, relatos amorosos, confidencias sangrantes, cotidianas memorables, correspondencia Nadaísta, y muy singulares pensamientos en contravía.

Su escritura es de impecable y rigurosa confección. Exuberancia verbal. Amplia en humor e ironía. Descripciones minuciosas. Y adjetivos muy cuidadosa y sabiamente escogidos: precisos, significantes, sugestivos, imaginativos. De bellas e inusuales correspondencias, y asociaciones inesperadas. Escritura lúdica. Amplia en calambures, relaciones sonoras, y juegos de palabras. De amargo escepticismo. Tono irreverente. Certero y diáfano conocimiento humano. Profunda en la comprensión literaria. Esclarecedora. Reveladora. A veces deslumbrante. Musical. Ágil. Y ligera. Con diversos ritmos, estructuras y texturas. Colecciona incertidumbres. Es autorreferencial. Se distingue por la claridad y elegancia del estilo. Sin énfasis retórico. De trazos breves, pictóricos. Delicada perfección para recrear ambientes mágicos o espacios de horror. El lenguaje es vigoroso y alusivo. De fina puntería. Frondoso. Amplio en maestría musical. Heredero del barroco, de los poetas místicos, y de León de Greiff, logra unas

formas muy bellas y cadenciosas de expresión. Una escritura para enriquecer el lenguaje, reír, y afinar el gusto.

Eduardo Escobar siguió una trayectoria vital similar a la de Albert Camus. Escritor de su admiración. Fue compañero de viaje de la izquierda. Ha cuestionado lo que atenta contra la libertad, la justicia y la dignidad, de derecha o de izquierda. El nazismo. El estalinismo. El comunismo. El totalitarismo. El dogmatismo. Los sueños de heroísmo. La idolatría. El puritanismo. El nacionalismo. El racismo. Los fanatismos. Las ideologías. La guerra. Como activista poético, y agudo e independiente pensador, es un solitario. Un marginal. Un exiliado. Un escritor incómodo para algunos de sus compañeros de la izquierda radical, porque con valor intelectual y moral se ha atrevido a cuestionar la guerra, y las guerrillas. A hablar de su irracional barbarie. Sus crímenes gratuitos. Su irredimible utopía. Sus huecas idolatrías. Su extraordinario anacronismo. Sus falsos paraísos. Sus veleidosos fundamentalismos. E invita a la reflexión contra las fantasías de derecha o de izquierda. Y su redentorismo. En contra del odio y la violencia.

Su honestidad y sinceridad intelectual, sus valerosas e independientes posiciones y pronunciamientos públicos, en contravía de las creencias más populares, lo han alejado de los mejores premios y las mayores distinciones. Que otros han sabido ganar y acumular con menos méritos intelectuales y literarios.

La revista *Aleph* le rinde homenaje, con motivo de sus setenta años, por la lucidez, fuerza y libertad de su pensamiento; su reflexiva y autocrítica autoridad intelectual; el compromiso continuo por desarmar los estereotipos y ficciones que limitan el entendimiento humano; la múltiple riqueza poética y narrativa de su obra; y la puntería y el delicioso humor que impulsa y moviliza su pulcra escritura.



S. I. A. 23

# Presentación de *Cuando nada concuerda*

Jaime Jaramillo-Escobar

**E**n la introducción a su nuevo libro de ensayos *Cuando nada concuerda* (2013), Eduardo Escobar se refiere al Nadaísmo como la escuela en donde se formó con el liderazgo de Gonzalo Arango (ídolo juvenil del siglo XX), y cientos de autores representativos de la literatura y el pensamiento universales.

En catorce (14) amplias y densas páginas, intituladas *Justificación*, hace un recuento del Nadaísmo y la época que le dio inicio, y cómo las inquietudes de entonces le llevan a profundizar en los temas que se esbozaban y luego han constituido el motivo principal de sus preocupaciones.

En esta obra el autor se aparta del viejo experimentalismo, como corresponde a un tratado literario y filosófico. Refiriéndose al Nadaísmo y otros movimientos juveniles de la época, señala: “nuestra aventura habría de culminar, no en un holocausto planetario, sino en una cadena de conflictos focalizados, en el hedonismo barato de la cultura convertida en circo, y en un empobrecimiento generalizado de la vida y el pensamiento”.

Libro importante por su argumentación, ameno por el sonreído humor, interesante por su posición crítica sobre temas históricos, filosóficos, científicos y sociales, constituye un análisis inteligente e ilustrado de los temas pro-



puestos. Hacer el análisis del análisis resultaría en extremo pedante e inoficioso, por lo cual estas palabras se limitan, no sin modestia, a dar razón del libro, en el que se destacan: la erudición, la sabiduría en los juicios, la visión totalizadora, el detalle oportuno y revelador, el rigor crítico, la honradez de criterio, el estilo sobrio y ameno.

En el segundo ensayo (31 páginas), bajo el título *La pregunta de Dios*, expone sucintamente la historia y la persistencia de la idea de los Dioses, o de un Dios totalizador. La conclusión resulta evidente, aunque no expresamente formulada. Porque tal idea no es gratuita. Incluye estas citas: "Dawkins afirma que las religiones, como manifestaciones culturales, contribuyeron a la integración de los grupos humanos". Y "Según Habermas es preciso preservar la religión para la creación de grandes ideales colectivos vinculantes".

El tercer ensayo, *La higuera estéril* (30 páginas), se ocupa de varios escritores, en especial Singer, Bellow y Kafka. Es el tema y el dilema del pueblo judío, "cuyo rabino Itzjak Shapira, en un libro titulado *La Torá del Rey*, a imitación del remoto Moisés, declara en pleno siglo XXI que se debería matar a todos los niños palestinos mayores de 13 años, pues podrían crecer para hacer daño a Sión". Entre lo dramático y lo estético va sacando conclusiones, hasta llegar a Borges, a quien se permite calificar como escritor meramente decorativo.

El cuarto ensayo (16 páginas) se titula *El problema del Patas*, y en él analiza el controvertido mito del infierno: "Tomás de Aquino acabó pensando que uno de los goces del Cielo residía en la visión de las miserias sin fin de los condenados". "Orígenes desarrolló una idea por la cual todos los seres, incluido el Diablo, retornarían a Dios de donde salieron, y combatió con energía la condenación eterna, que se estableció como dogma en el año 218". "Pablo VI afirmó que el Diablo es un ser vivo, objetivo y actuante; no una simple abstracción, ni un mero símbolo del mal". "Juan Pablo II negó el infierno como un lugar tétrico de oscuridad impronunciable, convirtiéndolo en alegoría, en símbolo o metáfora de un estado revulsivo de la conciencia". Conclusión lógica: "Tal vez inventamos el Infierno para no renunciar al optimismo de que existe un lugar peor que el mundo como lo hemos hecho".

*Imperio y necesidad de la mentira* (22 páginas), se titula el devastador quinto ensayo. El título lo dice todo, ilustrado con abundantes ejemplos, entre los cuales baste uno para confirmar la tesis: "Stalin fusilaba a los organizadores de los censos que no adecuaban los números a las exigencias de la tiranía soviética".

*La moda y la farsa* (sexto ensayo, 21 páginas), se refiere a la moda masculina desde tiempos antiguos hasta el presente de yines rotos con celular de millón en el bolsillo, que hubiera desconcertado a Tartarín Moreira, auténtico dandy, erguido cual estatua en el marco de una puerta por los años cincuenta del siglo pasado. En contra de sus escasos salarios, en los liceos de Antioquia no faltaron profesores cuyo dandismo, aunque auténtico, empezaba a descaecer. Común también lo fue en poetas de la época, que lo supieron llevar con propiedad natural y estudiado desdén por la informalidad que se avecinaba.

*Sucedió en un equivoco paraíso* (séptimo ensayo, 14 páginas). Tema: Nadaísmo y drogas. Escribe el autor: “Yo puedo decir por experiencia que el uso de esos benditos venenos mejoró muchas cosas en mí y que me enriqueció, poniéndome en contacto con dimensiones del ser y de la mente que la educación tradicional no pudo procurarme. Y vi peores fracasos personales en la marrulla del alcohol y en los usuarios de las drogas psiquiátricas admitidas por el Establecimiento, las mismas que usan los obispos y los banqueros para conciliar el sueño y apaciguar los remordimientos, las mismas que usaban mis padres para poder soportarme y descansar del acoso de los sobregiros, y las mismas que mataron a Darío Lemos”.

Aunque resulte arriesgado señalar alguno de los ensayos como más importante que otros, porque todos lo son, puede decirse que el octavo, titulado *Autores prohibidos* (15 páginas), reviste el mayor interés por constituirse en un proceso contra los enemigos de la libertad de expresión, así en las artes como en la vida. Capítulo recomendable en especial a los jóvenes que aspiran a convertirse en escritores.

Cuando Gonzalo Arango, después de abandonar los estudios académicos, inició su primer trabajo asalariado en la biblioteca general de la Universidad de Antioquia, aún existía el Index y los libros correspondientes se encontraban separados en una sala cerrada. Pero Gonzalo tenía la llave.

Resulta sorprendente comprobar la cantidad de obras y autores prohibidos por razones religiosas tanto como políticas. “La lectura de Dante —dice el ensayo— se convirtió en crimen en la URSS por razones doctrinarias incomprensibles”. En la actualidad se aplican otros métodos que producen el mismo resultado sin la vergüenza de la prohibición directa. Con la particularidad de que los mismos autores, desde siempre, han ejercido el veto contra sus colegas. “Nadie es tan necio como para admirar a Cervantes, dijo Lope de Vega”.

"*Vigencia de Albert Camus*" (13 páginas), es el noveno ensayo, un paralelo entre Sartre y Camus, del cual sirven como síntesis dos fragmentos del principio y el final:

"El siglo XX vio el fin de la pintura, el ruido vino a reemplazar la música del pasado, rebajó la literatura a simple apéndice de la industria editorial, y dudando de todo acabó contentándose con los libros de autoayuda, con Paulo Coelho, las iglesias de garaje, los rituales de velas de colores y el conjuro chamánico, en una regresión inesperada".

"Camus, surgido de una familia muy distinta a la de Sartre, argelina y pobre, creció al aire libre, amante del fútbol, más cerca de la vida que de los dogmas, del sentimiento que de las fantasías de la academia, y de Montaigne que de Voltaire, queda con la razón de su lado. Como esperaba, el terror revolucionario acabó por pervertir la verdad y por infectarla. Había escrito que quien tortura acepta una sombra en su victoria, y como no puede sentirse inocente, debe cargar su culpabilidad sobre las víctimas. Y por eso solo mantiene una vigencia inesperada que Sartre ya perdió. A Camus le sobraba lo que le faltó al otro, o lo que el otro reprimía: la ternura. Y esto lo hace superior en esta época desalmada, enferma y viscosa".

*Un mago visto por un profesor inglés* (Décimo ensayo, 14 páginas). El mago, obviamente, es García Márquez en relación con su obra, amigos y episodios de su vida. El profesor inglés no se los voy a decir. Sería imprudente de mi parte. Siempre debe dejarse algo para la imaginación del lector. Es mejor que ustedes mismos lo averigüen.

Décimo primer ensayo, 17 páginas, titulado *Acerca de "Habla, memoria"*, publicado en Nueva York en 1966. Se refiere a Vladimir Nabokov y su autobiografía. Por tanto, también a otros escritores y personajes de la época y, en general, a su principal literatura. Lo define como "uno de los poetas mayores de la prosa en el siglo XX".

Refiriéndose al género de las autobiografías, anota el ensayista: "El hombre es el único mamífero, hasta donde sabemos, proclive a la soberbia de pensar que vivió una vida merecedora de la curiosidad de sus congéneres, incomparable con la de los demás y digna de ser divulgada en los mostradores de los librerías". "César y Jenofonte recurren a la primera persona del singular en sus escritos apenas como por descuido. El Yo es una sofisticación del progreso de la civilización, como el culto de los niños y la veneración por las mascotas. Y por alguna extraña razón todo el mundo está convencido de que posee uno".

*La inocencia emvenenada* es el título del decimosegundo ensayo (12 páginas). En él plantea el viejo asunto de las relaciones íntimas entre adultos y menores, teniendo en cuenta que el concepto de mayoría de edad no es igual en todas las naciones, ni lo ha sido en todas las épocas. Y entre menores, de ambos o del mismo sexo. Abunda en ejemplos, históricos o literarios, de los cuales algunas citas pueden ilustrar esta reseña, empezando con el llamado descubridor: "A Cristóbal Colón le fueron enviadas de regalo por las tribus de las costas de Venezuela niñas entre los nueve y los doce años que el mismo Colón calificó de putas y reputas". "¿En cuál esquizofrenia vive una sociedad que pretende cerrar páginas obscenas en la red, pero acepta que un poderoso multiplicador cultural como un Premio Nobel propague lo mismo?" "En China el abuso infantil era casi desconocido hasta la proliferación de las sectas evangélicas que, en el siglo XX, llegaron detrás del auge económico en la occidentalización galopante". "Los disolutos señores de las ciudades del Renacimiento, y antes los reyes cristianos del medioevo, a fin de mantener la unidad de sus dominios, desposaron niñas muchas veces. "Raimundo, príncipe de Antioquía, en tiempos de las cruzadas, casó con Constanza, una criatura de ocho años de edad, hija de Bohemundo y Alicia. Pero al mismo tiempo, siguiendo las antiguas y aciagas costumbres de la hipocresía, los cronistas reseñan el escándalo de los cruzados cristianos ante los sultanes que tomaban por concubinas a esclavas de catorce años". Llegando a la época actual, señala la tragedia de que los colombianos, al tráfico de la coca, le hayan añadido el mercado libre de la cuca.

*Progreso y confusión* (28 páginas), es el decimotercer ensayo. Contiene un análisis histórico de la cultura en el siglo pasado a través de obras capitales, avances científicos y acontecimientos políticos y sociales, todo lo cual se resume en el título. "Por malo que haya sido el siglo XX –concluye– contó con un cuerpo de guías geniales encargados de esclarecer el presente y de proyectar las soluciones del porvenir". En cuanto a la democracia, dice que es en el fondo la tiranía del número en un mundo enamorado de la estadística.

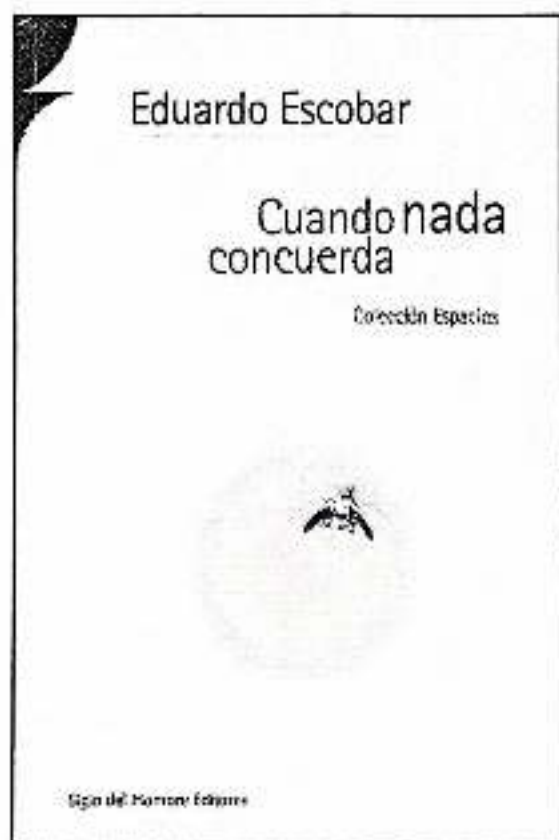
*En el punto muerto de la escritura* (19 páginas), capítulo de cierre, las últimas desoladas conclusiones no dan pábulo al optimismo, como si algo de suma importancia se acabara para siempre. Dice: "Vivimos una civilización malsana, malvada, perversa por las razones de la codicia". Dice con respecto a las artes que, habiendo alcanzado su culminación, retroceden a sus comienzos: "Occidente, con rigor sistemático, acabó por confundir en su exploración el canto con el aullido, y devolvió la danza a las convulsiones prehistóricas que parecían superadas en el tango". Lo mismo

de la pintura y demás artes. Pero el pesimismo no es gratuito. Está sustentado en extensas y documentadas reflexiones.

Se espera que las abundantes citas den una mejor idea de la obra que el concepto personal del expositor. En la brevedad de una plática poco más debe añadirse.

Gracias sean dadas a Eduardo Escobar por haber escrito un libro tan erudito y amañador.

[*Jardín Botánico, Medellín, 14.IX.2013*]



# Mi hoja de vida

Eduardo Escobar

No puedo enorgullecerme de ser la excepción a la regla que presume que los antioqueños son la mata del trabajo. Aunque milité en el movimiento Nadaísta, que predicó en los años sesenta del hiperactivo siglo XX, ahora, muerto y podrido, que el trabajo es un atentado contra la dignidad humana y que el hombre fue creado para el ocio creador, trabajé más de la cuenta, para mi gusto. O para mi disgusto. No me quedó más remedio que sudar contra mi alma principesca.

Envidié siempre a los vagos en sus poltronas, a los bostezadores que rinden culto a los jergones, a los que aprendieron a quedarse quietos, a hacer nada, a lo que llaman los sofisticados el *dolce far niente*, a los que pueden permanecer estirados en cualquier parte con los ojos vueltos hacia adentro mientras afuera las estrellas dan vueltas ciegas en el cielo ciego y sus vecinos se desloman, agitan, transpiran, se empujan como si se dirigieran a alguna parte, y trafican, se engañan y se matan. El pintor Norman Mejía solía decir: “Perdiendo mi tiempo, gano mi vida...”.



Aprendí temprano que la palabra ‘trabajo’ viene del latín *tripalium* que significa ‘tortura’; que se debe discernir entre el trabajo asalariado y las labores del hombre que ejercita sus talentos en lo que más le place, no en lo que más produce, y que sabe diferenciar entre la ganancia y el beneficio. Y apren-

dí también que el hacha que mis mayores me dejaron por herencia, según reza con perfecta torpeza el himno paisa, tan solo cumplió un arboricidio inclemente que no vale la pena cantar puesto que acabó con los tigres de las tres cordilleras nacionales para llenarlas de simples gallinas y de muchachos: pues mis mayores, a juzgar por los resultados de los censos, cuando dejaron descansar el robusto brazo que loaron los poetas populares, se entregaron a copular, a copular frenéticos con mis abuelas, mujeres de úteros incansables y de tetámenes sin fondo.

Siempre supe en el fondo de mi alma, aún antes de conocer a los Nadaístas y de leer *El derecho a la pereza*, de Paul Lafargue, el yerno díscolo de Marx, que los trabajos humanos conducen al fracaso y que resultan inútiles a la postre: me bastó contemplar en mis libros de Historia los desiertos y las ruinas que dejaron a su paso las razas multicolores de los hombres. Pero nací en una familia modesta, en una de esas familias en las cuales como dijo el filósofo nacemos para estudiar, estudiamos para trabajar, trabajamos para casarnos y tener hijos y tenemos hijos para morirnos, y entré temprano en el mercado de trabajo. Es muy larga y tortuosa la lista de los oficios que debí desempeñar para cosechar el pan con el sudor de mi frente, en castigo por no haber aprendido a hacerlo con el sudor del de enfrente, que al parecer es más lucrativo.

Algunos fueron educados para holgazanear sin remordimiento. Para dejar pasar las dulces lenguas de horas. Para gozar de los tiempos muertos. A mí me educaron para afanarme, para proyectar y para moverme. Desde la infancia se me dijo que habría tiempo de sobra para descansar en la tumba. Y que era preciso trabajar como era debido si uno quería merecer el reposo en el seno de Abraham al final de la jornada. Mientras tanto, lo mejor era moler. Es frecuente encontrar en las fondas de bandeja paisa una afirmación socarrona: "Si el trabajo es saludable, que trabajen los enfermos". Pero debe ser el consuelo de los antioqueños a la devoradora pasión por el trabajo que dicen que los aqueja y, según es fama, constituye el rasgo dominante de su carácter.

Existen antioqueños indolentes, claro, contemplativos, dados a la haraganería, que disfrutan la vida mirándose las uñas y practican el sabio y legendario "preferiría no hacerlo" de Bartleby, el personaje inmortal de Melville. Conté con un montón de amigos poco aficionados al movimiento, a quienes admiré en secreto, y traté cuando se dejaron, sumidos en sus duermevelas, un montón de parientes lejanos y próximos que se dejaban llevar, de siestas largas, dados al vagabundeo de los azotacalles.

Y tanta tierra estéril por escasez de músculos, pero es tan bello fugarse los crepúsculos. Escribió el antioqueño León de Greiff. Y otro, su paisano y contemporáneo Tomás Carrasquilla, hizo un elogio de la pereza para probar que muchas veces resulta benéfica para la vida comparándola con lo que hoy lla-

man el emprendimiento con una palabra tan fea, además. Pero a mí la cama me pica. Y huyo de las hamacas, esos muebles de colgar, como las horcas. Cuando a veces, raramente, caigo en la tentación de aflojar los músculos en alguna, enseguida me ataca una urticaria generalizada, mi ansioso pie derecho comienza a saltar como si no me perteneciera y me lleno por dentro de imaginaciones macabras y de planes abstrusos. Y acabo por abandonarla perseguido por las recriminaciones de los espíritus tutelares de mi sangre. La inactividad no me aguanta.

Así aprendí por fuerza a hacer estuches de joyero, con cartón, terciopelo y engrudo, a trabajar la madera y a grabar el cobre. Hice lámparas como mi padre. Fui subalterno en un supermercado. Un tiempo honré mi pan con el sudor de mis pies de mensajero en un banco. Fui editor de libros y revistas y patrón de una taberna y publicitario y locutor y productor de programas de TV. Vendedor ambulante de antigüedades, vírgenes necias con los brazos partidos, apolos de antimonio desnarizorejados, relicarios con el broche trabado, sembré tomates, cultivé papas, tuve un aprisco, un apiario, un gallinero, un ható. La lista de las tareas que me conocieron el entusiasmo del principio y la resignación del balance final es tan larga que se me caen los brazos del desaliento al enumerarlas. A estas horas creo que a mi lado el legendario Beremundo el Lelo fue un simple holgazán que vivió de gorra, sin oficio ni beneficio para nadie.

Quizás un día deba arrepentirme de no haber sabido quedarme más quieto, serenamente sentado en un balcón, mirando pasar los rebaños de las nubes y papando moscas como otros seres felices y sabios. A la espera de ese pajarraco negro con un pan recién horneado en el pico que dicen los libros santos que alimentan a los que supieron suprimir en ellos las ganas de trabajar. Esas ganas de trabajar que convirtieron el planeta que nos dieron en este tumulto confuso de locos que se apresuran haciendo desiertos, envenenando cielos, transfigurando mares azules en charcas hediondas y secando ríos mientras creen que labran jardines y reconquistan la felicidad del Paraíso.

Si a la larga, larga serie de mis actividades remuneradas en oficinas y establos debo añadir las dos decenas contadas de libros editados, el millardo de notas escritas para revistas y periódicos de todas partes sobre todas las cosas habidas y las gavetas de mi escritorio de poeta a punto de reventar como morcillas, tengo derecho a estar aterrado. Pues si los teólogos tienen la razón y si cada persona deberá responder por sus palabras ante el Juez Supremo, estoy metido en un lindo problema. Mi juicio, en todo caso, no será fácil de llevar ni de resolver.

*[Revista SoHo. Inicio / zona crónica. Mayo 11 de 2012.]*

# Tal vez hubo una vez

Eduardo Escobar

**T**al vez estamos muertos desde ayer  
Y el guardián de la puerta de hueso no ha tenido la  
cortesía de informarnos  
que ya no pertenecemos al aire de los vivos  
Tal vez nos dejamos atrás hace rato  
Y acicalamos con amor antiguo el error de unos hábitos  
Que nos resistimos a olvidar en un lecho de polvos  
aprestados

Tal vez nadie entró en nuestros zapatos esta mañana  
Nadie se abotonó la camisa  
Y todo fue el reflejo repetido del espejo  
Alumbrado por estrellas ya inciertas

Nadie dobló la esquina, nadie sube la escalera con tu  
cuerpo a cuestas  
Nadie abre ni cierra puertas, ni entra y sale  
Y el sombrero que aún creemos llevar  
Para dar los buenos días a las señoras  
Forma parte de la herencia de un pariente  
Que poco a poco se adueña de nuestro ropero  
Y en cuyo interior nos desvanecemos poco a poco como  
una pintada en un muro

Tal vez este cielo empalagado de nubes variopintas  
Es la proyección de un pasado caduco  
perfectamente cancelado  
y esta canción solo corre por los tallos  
de los rosales de un indeciso poema que leímos un día remoto  
donde el inevitable lugar común del ruiseñor  
dice su cantaleta entre unas hojas húmedas que una vez  
nos dieron y otra vez nos quitaron

Tal vez todo esto es la irradiación  
de una aventura terminada de la cual alguien aún guarda memoria  
como de un gris incidente

Tal vez estamos muertos desde el año pasado  
Hechos humo  
Quién sabe si estamos muertos hace un lustro  
Quién sabe si nos morimos mucho antes

Tal vez estamos muertos y pensamos  
Que seguimos andando entre las cosas  
Con las mismas preguntas que hacemos a los amigos en la boca: cómo  
estás  
Y qué hora es y que cuando llegaron  
Y nos figuramos que  
aún nos llaman a las mesas de los estofados  
y nos sentamos ante el plato  
en una semivida de movimientos pausados  
según las costumbres de una etiqueta pasada de moda  
ensopados ya de ahora espurios

Tal vez nunca vinimos  
tal vez aún estamos esperando  
el turno en los rumores de una lengua  
que asumiremos como habla materna

Quién puede estar seguro  
De ser más que una torpe imaginación en la trama  
De un sueño ajeno  
Donde alguien duda con insistencia  
De una historia que no le pertenece más que como pesadilla

Tal vez aún no hemos nacido  
Y apenas nos estamos preparando  
para el aprendizaje de las dichas de un mundo que nos aguarda  
paciente  
con la cara preparada de las bienvenidas



*Dibujo: Carlos González*

# Conversación con Eduardo Escobar

María-Dolores Jaramillo

## **I** Familia y educación

*- Usted se fue muy pequeño de la casa...*

Mi familia apenas me soportaba y comencé a vivir solo muy temprano, lo cual me permitió conocer a fondo las miserias del abandono. Pero encontré entre los Nadaístas una familia sucedánea. Y conté con el afecto de algunas mujeres que me acogieron, tal vez enternecidas por mi desamparo. Puedo decir que la expulsión del hogar me dio también algunos privilegios. La amistad y el amor. Y sobre todo la libertad del lobo. Y el gusto por la aventura. Me dí al vagabundeo y conocí el país en sus recovecos más amargos y en sus almas más queridas...



*- ¿Cuándo empezó a leer?*

Los libros me atraían mucho antes de aprender a leer. De niño me gustaba preguntarme para qué servían los libros misteriosos de la biblioteca de mi tío, el cura, que guardaban en la casa de mi abuela paterna, llenos de polvo, bien encerrados en una vitrina vieja. Me intrigaban. Sin embargo, mi primer contacto real con los libros lo tuve en la biblioteca de Envigado, donde Uberto, un primo mío remoto, que hacía el turno de la noche, me llevaba para no sentirse solo, tal vez, o porque

quizás me quería. El me prestaba *El Tesoro de la Juventud*... Una enciclopedia para niños que editaban en España, creo. Aunque aún no sabía leer, *El Tesoro de la Juventud* me encantaba y contemplaba los dibujos, olía la tinta de esos tiempos, alcanforada, y aspiraba el olor de cadáver de la cola del pegado de los libros de entonces. Hoy los pegan con colbones inodoros. Era muy bello entrar en ese mundo encantado de mariposas, paisajes remotos, castillos y personajes anónimos. Mucho más tarde, alguien me regaló unos cuentos de los hermanos Grimm, unos libros enormes como puertas, ilustrados con aguadas. Que miraba y miraba mientras aprendía a leer. Pero fue en el seminario cuando me encontré con Emilio Salgari y entonces la lectura se me volvió vicio. Y mis padres comenzaron a preocuparse. No tenía amigos, no me gustaba la calle, prefería quedarme en la casa, tendido por ahí, en alguna cama, o perdido en una poltrona, embebido en las historias de Sandokán.

- *¿Su padre controlaba lo que usted leía?*

Mi padre fue un hombre muy inteligente pero con una instrucción más bien precaria. Debió leer en su juventud, porque a veces me hablaba de libros, y se dolía de haber perdido una edición de *Las mil y una noches* que tenía pensado regalarme cuando yo creciera. Sin embargo comenzó a preocuparse por mis lecturas cuando entré en la adolescencia. Temía que la afición me desgraciara. Y que sin una sabia orientación podía llevarme al fracaso. Una vez, ya mayor, le pregunté por qué tenía tanto miedo. Y me dijo que en sus tiempos en Envigado muchos jóvenes se habían suicidado después de leer *Vida de perros*, de un tal Eduardo Zamacois. A mi padre le gustaban los libros, pero también pensaba que podían ser corruptores.

- *Es difícil encontrar unos sentimientos más nobles y profundos que en los retratos y evocaciones que usted hace de su padre... En el bello texto titulado Un artista en pesebres... Y en el poema Homenaje a un anticuario muerto...*

Las relaciones con mi padre fueron muy difíciles. El no entendía bien lo que estaba pasando conmigo cuando abandoné el colegio y me puse a escribir poemas. En Antioquia todavía se suponía que el varón mayor estaba destinado a ayudar a sus padres a sacar adelante la prole. Y yo me convertí de repente en un desastre, sobre todo cuando me encontré con los Nadaístas. Dejé de hablarle con mi padre un montón de años. Por fortuna hicimos las paces al final. Y nuestras relaciones llegaron a ser incluso buenas. Era un hombre de inmensa sensibilidad, un artista frustrado, me parece. Y así como fue cruel a veces también supo ser amoroso. Una vez me prohibió usar mi nombre en los diarios porque dijo que lo avergonzaban mis galimatías. Pero más tarde, por la infidencia de una amiga suya, supe que guardaba los recortes de mis primeras publicaciones en los periódicos para mostrárselas a sus compañeros de trabajo. Contradictorio. Ambiguo...

- *¿A sus hijos les interesan los libros y la poesía?*

De mis hijos solo dos acabaron amando la cultura, los libros, la buena música. Me contentaría con una sola cosa. Que mis hijos llegaran a ser unas buenas personas y que encontraran algo, algún oficio que les guste hacer... Para que amparados en una tarea placentera, aunque sea humilde, aprendan a contentarse con lo que los clásicos llamaron *aura mediocritas*... Los enseño a desdeñar lo que hoy llaman éxito... Éxito, de puerta, éxito, de salida a la nada... Pero es muy difícil esa pedagogía en estos tiempos cuando todo el mundo aspira más a engordar el saldo bancario que a enriquecer el espíritu, y a desempeñar un papel de honor aunque sea modesto en la sociedad... Menos que a destacarse en el rebaño de burros. Pero no sé si estos senequismos son una distorsión que me dejó mi estadía en el seminario de Yarumal. Y más les vale convertirse en piratas. O contratistas.

- *Popeye, el sicario, nació en Yarumal... y Belisario Betancur estudió en el seminario de Yarumal...*

Belisario Betancur estudió en el mismo seminario que yo, el de misiones extranjeras de Yarumal, que fundó el legendario Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa... Y allá estudió también Arenas Betancur... Y Rubiel Valencia... Fue mi compañero. Este era un burócrata conservador de cierta nota en los años sesenta. Con él compartimos aulas. Y nos vimos a ratos más tarde porque teníamos oficina en el mismo edificio en la avenida 19 de Bogotá. Pero Rubiel murió muy joven... Aunque sus hermanitos siguen en la brega, en las desvergüenzas de la política, los Valencia Cossio... A mí me gustó haber estudiado en ese seminario helado, situado en una ladera siempre envuelta en una neblina venenosa. El latín, el canto gregoriano, el descubrimiento del Quijote y los clásicos al comienzo de la vida, siempre es una riqueza. Y hasta el lujo del concepto del pecado. Y ese frío del diablo que hacía. Como de remordimiento.

## II. Amistades

- *¿Conserva algunas amistades del seminario?*

Uno solo. Monseñor Bernardo Merino Botero, un obispo que acabó en la iglesia de Inglaterra. La iglesia anglicana se parece en muchas cosas a la católica: en los sacramentos, en el boato litúrgico. Quiero mucho a Monseñor. Aunque por las diferencias de edad no recordamos habernos visto en el seminario nunca. Pero nos unen los recuerdos de esos hielos y de las tareas del coro y de los personajes que dirigían entonces la institución, como el rector, Jesús Emilio Jaramillo, que después fue obispo y que asesinaron las bestias

del ELN. Es un hombre muy inteligente y de trato muy agradable, ese Merino. Ha escrito varios libros. Me gustó mucho, *Yo pecador me confieso*, donde cuenta sus contradicciones con la iglesia católica, sobre todo en lo tocante con el autoritarismo, que padeció, y con la confesión y el celibato. No sé si hizo un buen negocio renunciado al celibato por la cruz del matrimonio que no es menos pesada ni menos deformante del carácter. También escribió una biografía de monseñor Builes, aunque no sé si llamarla más bien apología... En todo caso, Builes fue un personajazo... Una expresión terrible de un tiempo de confusiones, cuando unos creían aquí que había que exterminar a los curas y los curas creían que todo el que no iba a misa era un masón.

- *¿Quiénes fueron sus mejores amigos entre los Nadaístas?*

Entre los amigos más cercanos Amílcar y Gonzalo... Con quienes a veces intimaba y nos confesábamos las honduras del alma, nuestras dificultades con nosotros mismos, nuestras contradicciones personales. Con Jota también he mantenido una amistad profunda, pero distinta. Es difícil confesarse con Jota. Porque no toma en serio las penas de los otros. Pero Jota no se toma en serio tampoco a sí mismo. Por eso, no existe con él la posibilidad de compartir los secretos, las dificultades más íntimas del espíritu. Amílcar me contaba sus dolores de niño, las perplejidades sexuales que experimentó al descubrir que le gustaban más los muchachos que las mujeres... Y hasta sus intentos por liberarse de sus pulsiones homoeróticas en la cama de Felisa Bursztyń... Por otro lado, yo a veces cargaba a Gonzalo con mis afugias familiares, con lo que me sucedía con mi mujer, con mis miedos más recónditos... En fin... Creo que son los dos únicos amigos con quienes llegué a esas dimensiones sagradas de la convivencia. La amistad ahora, estos tiempos, también ha sido infravalorada. La gente ya no tiene amigos sino camaradas o cómplices en el peor caso... Cómplices que después te entregan a las fiscalías por una gracia en la pena. En el seminario se nos hablaba mucho sobre el valor de la amistad... De los verdaderos amigos, capaces de ayudarnos a llevar el peso de lo que el poeta llamó los cristos del alma, y humildes para aceptar nuestras reprensiones cuando son necesarias. Porque el mejor amigo es el que no nos traga enteros. El cristianismo tomó esta manera de entender la amistad de los estoicos... Quizás, de la filosofía clásica... De Roma. No sé. Ah, pero estoy cometiendo una injusticia. Debo mencionar entre mis amigos esenciales al pintor Norman Mejía. Un hombre maravilloso y sabio. A veces pienso que debo agradecer a la vida el que me haya permitido el trato cercano y constante con ese artista desafortunado e incomprendido.

- *Amílcar U cantó a los muchachos...*

En *Vana Stanza* me parece encontrar algunos de los poemas de amor más bellos de la poesía colombiana... Aunque deben estar dedicados a sus mucha-

chos... *Astronomía posicional*, es muy hermoso. Aunque por otra parte es bueno aclarar que Amílcar fue un hombre muy solo, casi nunca tuvo un compañero... Llegó de Estados Unidos con un muchacho mejicano... Que tenía algo de antropófago en la actitud y la mirada, pero pronto lo abandonó para regresar a California. Durante el Nadaísmo Amílcar trajo al grupo a Saúl... Un joven flaco que formó parte del primer grupo antioqueño... Pero se le casó. Amílcar fue el más solo de nosotros, me parece. El más acorazado y el más inteligente.

- *¿Por qué Amílcar Osorio se quitó el apellido?*

A Amílcar tal vez le gustaba ocultarse... En los primeros años del Nadaísmo, publicó una serie de cuentos en *Cromos*... Bajo el nombre de una mujer, Claudia Santamaría, según recuerdo... Una serie de relatos que tenían los aires de las cosas de Françoise Sagan, una autora que él adoraba... También era un poco snob... El snobismo es otra forma del disfraz.

Lo de U. en vez de Osorio, fue un juego del primer Nadaísmo, supongo que en honor a la U de Rimbaud en su poema de las vocales. Luego, al regresar de los Estados Unidos, volvió a firmarse con su apellido paterno. Amílcar solo publicó ese libro, *Vana Stanza*, por presiones de un cuñado suyo. Aunque escribió un montón de otras cosas ejemplares... Que ojalá estén en el archivo del Nadaísmo que guarda la Biblioteca Piloto de Medellín. Su novela, *La ejecución de la estatua*, es un ejercicio de estilo y estructura, muy extraño y muy avanzado en un muchacho de veinte años que vivía en Medellín y solo era el hijo mayor de un dentista empírico que odiaba a los maricas y que sospechaba que su hijo mayor no era sexualmente ortodoxo.

- *Amílcar U era, como se dice en antioqueño, "bonitico" ?*

De ninguna manera. Incluso, de primera vista, casi molestaba el pobre de lo feo que fue. Mi papá que lo odiaba decía que parecía un carnero... Pero después de un rato, el hombre se embellecía, pues era muy tierno, con un alma muy intrincada e interesante.

- *¿Por qué lo odiaba su papá...?*

Por homofóbico, creo. Mi padre era racista, pero Amílcar era blanco. Y los dos pertenecíamos a la clase media. Pero sobre todo creo que lo detestaba porque fue Amílcar quien me prestó o me vendió en la librería donde trabajaba, los primeros libros de Zolá que leí, y *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*, de Max Nordau, que fue devastador. Y los de Bertrand Russell.

- *¿Qué compartían?*

Aunque la soledad profunda de Amílcar se podría emparentar con la mía... Creo que él era más hábil, y sabía ocultar la roña mejor. Nos gustaba charlar, charlar, charlar. Cuando venía a Bogotá pasaba temporadas intermitentes en mi casa del páramo... y charlábamos, charlábamos... De poesía, de pintura, de la vida, de las estrellas, del destino, de la libertad, del carácter de mis perros. De todo. De los amigos. Del pasado. No del futuro... Porque nunca pensamos que tuviéramos un futuro distinto del tiempo que ya teníamos...

- *¿Las honduras del alma que intercambiaba con Amílcar Osorio ... ¿a quién las confiesa hoy?*

No hay con quien... Jaime Jaramillo dice que lo malo de envejecer es que uno se va quedando solo. Pero bueno, uno se acostumbra a la soledad aunque a veces talla... A veces, me descubro haciéndole comentarios a mi perro, Pedro... Y creo que él me entiende, por los ojos que pone.

- *Gonzalo Arango tendría hoy 82 años, Jaime Jaramillo Escobar tiene 81, Jotamario, 73, y usted tiene 70... Todos lo debían ver como un niño...*

Yo era un niño... Hace días vi una fotografía donde estamos Jorge Orlando Melo, Luis Darío González, un primo de Jorge Orlando, Amílcar y yo, creo que apareció en *Cromos*... Yo fumo cachimba... Y casi me muero de la ternura que sentí... Parece imposible que un muchachito de entonces, a esa edad, tuviera una pose tan arrogante, porque había leído un libro de Darwin... y a veces debía dormir en los parques. Gonzalo me nombró, El Nieto... Al principio del Nadaísmo. Y prefería no mostrarse conmigo por las calles de Medellín, para que no lo acusaran de corruptor de menores.

- *¿Y Jotamario?*

Jotamario ha sido quizás el mejor adaptado de todos nosotros... Jota resiste bien la farsa del mundo y hasta se siente cómodo participando en el circo inmundo de la vida social... Yo nunca me salvo de parecer la mosca en la leche...

- *Los Nadaístas fueron muy distintos... Entre usted y Jotamario, por ejemplo, las diferencias son mayores que las afinidades...*

Jotamario a veces me irrita... Escribió hace poco una columna lastimosa en *El Tiempo*... A veces se me ocurre compararlo con un gallo con ínfulas de pavo real. En fin... Y es sibilino... Muchas veces mientras te expresa mucho cariño, a tus espaldas trata de desbaratarte las cosas. Cuando íbamos a hacer

la antología de Gonzalo Arango para la editorial Carlos Lohlé, de Argentina, me hizo una mala jugada. Le he perdonado un montón de pequeñas traiciones. Pero lo quiero mucho a pesar de todo. Mucho. Es como una segunda alma para mí, como un novio conflictivo. Me irrita que insista en ubicarme en la extrema derecha en política. Por ignorancia. El confunde el fascismo de izquierda de Fidel y Maduro y Stalin con la izquierda marxista. Pero en fin lo quiero... Aunque sea superficial a veces. Casi todos los intelectuales colombianos son así. Panditos. Aunque suene arrogante. Izquierdistas que jamás leyeron un solo texto de Marx ni de Trotsky... Emocionales. Eso es muy irresponsable en un escritor.

- *Su recuerdo espontáneo y elogioso de X-504 en Prosa incompleta es muy bello. Conmovedor. ¿Existe amistad hoy en día?*

Con Jaime guardamos una amistad profunda pero relativa... Él es un hombre muy reservado, de una decencia infinita, ante el cual uno teme soltar un ajo... Al principio, en los comienzos del movimiento, me rechazaba un poco... Porque yo era de la línea crapulosa del Nadaísmo, de la tendencia que los otros llamaron de las flores del mal... Yo fumaba marihuana, tomaba pastillas, me juntaba con malandrines y rameritas... Y Jaime en el fondo de su alma se escandalizaba. En algunas cartas entre las que me envió y que aparecen en la *Correspondencia violada*... Incluso me da consejos, cuando ya había aprendido a aceptarme... o a comprenderme tal vez con la ayuda de Gonzalo, con quien nos habíamos convertido en los mejores amigos. Pero no importa el pasado. Sé que Jaime me quiere y admira mi trabajo. Me sorprendió que dijera que mi poema de las cucarachas debería figurar entre los más destacables en la poesía colombiana del siglo xx... Y yo lo quiero... Y lo admiro. Aunque a veces no estoy de acuerdo con ciertas declaraciones suyas... Se lo he dicho. Y él me mira con su mirada de niño. Y calla. Es un gran hombre. Un monstruo maravilloso. Jaime, se lo he dicho, pero él no parece comprenderlo, hizo de su poesía, en sus últimos trabajos, el mejor ejemplo de lo que los estructuralistas llamaron el texto, el texto que supera las antiguas denominaciones de género. Sus largos poemas son relatos, sermones, diatribas, retahílas, donde se mezclan a veces las rimas populares con los versículos... Y lo convencional con lo atrabiliario. Gonzalo decía que la poesía de Jaime justificaba la creación del Nadaísmo. Y así cree casi todo el mundo. En todo caso, es un hombre querible hasta los zapatos.

- *X-504 le dice San Eduardito... ¿Dónde ve la santidad?*

No lo sé... No sé por qué me ponderaba de ese modo. Pero creo que antes de Jaime, Gonzalo había escrito la *Biografía de un santo sin aureola*... Creo que había en mí una mezcla de ángel y de apache... y me tomaba demasiado en serio ambos papeles.

### III. Palabras y escritura

- *Usted destaca y elogia en León de Greiff la exuberancia verbal, entre otros aspectos. Y formula un argumento principal en defensa de la amplitud y la calidad del léxico... Dice que 'califica y distingue'...*

...Y bueno, como digo a veces, a veces, mientras escribimos, la lengua se revela, explota ante nosotros, en nosotros, nos alecciona... Nos conduce... Incluso a donde no queremos ir... Y en cualquier caso, contra todo lo que digan algunos para enaltecer a Vidales, por razones banales, León de Greiff es un inmenso poeta... Uno de los más excelsos en castellano, me parece. Esos relatos, esos sosías o heterónimos o como usted quiera... Convierten la lectura, igual que hace Joyce, en una experiencia... Y sus textos en fenómenos de la naturaleza... A Colombia le va como le va quizás por esa indiferencia que mantiene ante sus grandes valores... y por aferrarse a lo políticamente correcto.

- *En su escritura encontramos exuberancia, minuciosidad y alta precisión...*

Yo trabajo tanto mis textos que a veces mis amigos me dicen que acabo tirándomelos. Y bien puede ser. Pero es que siento un inmenso respeto por la escritura, por la palabra... Por cada palabra.

- *Usted ha querido ser artesano. El oficio de seleccionar, combinar, pulir y ajustar las palabras se parece al del artesano...*

Los artistas desde el romanticismo se llenaron de arandelas proféticas, de grandes misiones redentoras... Pero yo creo que el artista es un trabajador como cualquiera otro... Rimbaud dijo que la mano que maneja la pluma vale tanto como la que conduce el arado... Pero el artista, al separarse en esos olimpos románticos de la grandeza, se quedó sin su salario... Las ínfulas de grandeza acabaron por anularlo...

- *En su muy amplia colección de palabras se reviven unas, se fijan otras, se reencuentran algunas casi perdidas, a veces se reinventan y fusionan... En su prosa y en sus versos el lenguaje se renueva continuamente... Y la palabra juega consigo misma, con sus vecinas, con su posición, se contrapone... Se interroga...*

Soy de esas personas que piensan todavía que uno de los deberes del escritor es mantener las palabras, la lengua, saludables, en buena forma... Y que de esto depende en mucho la supervivencia de la sociedad dentro de una sensatez

relativa, dentro de una belleza relativa... Dicen que un sicarito de Medellín se basta con ciento cincuenta palabras para vivir. Y tal vez eso lo hace tan fiero y letal... Y sí, creo que se vive una vida más rica cuando uno es capaz de nombrar los árboles que lo cubren, los estratos geológicos que pisa, y los sentimientos que alberga... Pero quién sabe. Ahora estoy leyendo una cosa de Steven Pinker, sobre el lenguaje, donde afirma, de la mano de Chomski, que no pensamos tan solo con palabras... Pero apenas voy comenzando a internarme en su ardua reflexión...

- *Con los distintos juegos usted construye frecuentemente la ironía...*

La ironía, dije en mi último libro, en circulación, *Cuando nada concuerda*, es también una forma de la caricia, aunque se parezca mucho al reproche...

- *En su prosa se entretajan varias voces. A veces habla el poeta imaginativo, algunas veces el lector observador, otras el crítico reflexivo y razonador...*

Yo me considero un aprendiz de poeta, de lector, de crítico... Y trato de pensar. Pensar no es fácil. La gente confunde el pensamiento con el ruido que todos llevamos por dentro. Pero pensar es un arte, desde Sócrates... Y exige rumbos y exige estudio y más rumbos...

- *Jaime Jaramillo Escobar (X-504) señala el esplendor de su prosa...y explica lo excelso de la escritura como un punto de llegada, como la culminación de un trabajo continuo...*

Yo escribo todos los días como otros van a trabajar en una mina o en un consulado.

- *Usted afirma en Prosa incompleta que ha servido al idioma y a la escritura como un vicio odiado y consentido... ¿En qué consiste esta lucha?*

Me gustaría ser un príncipe ocioso en una isla remota, rodeado de mis amigos borrachos y ahitos. Pero no soy ese sultán y debo ganarme la vida. Y lo único que sé medio hacer es medio escribir para medio comer...

- *Usted formula la idea de la metamorfosis perpetua de la escritura... del texto como interminable...*

Para llegar al texto definitivo... Casi siempre tenemos que escribir centenares de textos tentativos... Y como sucede cuando vamos de compras, muchas veces terminamos donde empezamos...

- *Dentro de las diversas funciones de la escritura ha mencionado el poder de ocultamiento y disimulo...*

Las palabras también ocultan... Lo saben los diplomáticos...

- *Usted expone un argumento fundamental a favor de la amplitud y calidad de las palabras... Que sirven para fortalecer el discernimiento y la agudeza intelectual...*

La riqueza del lenguaje hace más soportable la vida...

- *La escritura, ha dicho, es oficio, obsesión, manía invencible...*

Dice Freud que los cirujanos son carniceros sublimados... La escritura que razona es locura sublimada...

#### **IV. Poesía**

- *¿Hay distintas formas poéticas para producir música...?*

Voy a confesarle una cosa. Yo escribo de oído. Y cuando me quejé de mis carencias con Gonzalo, que fue profesor de preceptiva en su juventud en la Udea, me dijo que él antes de comenzar a escribir había empezado por olvidar todo lo que enseñaba... A mí a veces me vienen de adentro poemas... Que al cabo de los años descubro que tienen una medida y los acentos medidos como si fueran canciones... Hay grandes versificadores, que conocen todas las reglas, pero son incapaces de parir un poema... Ya usted sabe que desde hace años el sello de la poesía, porque hay una música de las emociones, es el no sé qué...

- *En el primer texto de Prosa incompleta, titulado Botón de muestra, usted comprueba gran riqueza de conocimientos literarios y poéticos...*

Hace días leí no sé donde a un señor que se dedica a descubrir la música del habla de la gente, del habla común... y que dice que los antioqueños miden a las volandas sus oraciones... Con cierto ritmo andaluz... Y Vargas Llosa afirmaba una vez que *Cien años de soledad* estaba construido por octavas... Lo cual es casi exacto... Si uno, al menos en las primeras páginas, cuenta... Los períodos están contruidos en ocho miembros... Que quizás ayudaron al éxito del libro... Como dicen que muchas de las canciones de más éxito están escritas en "la"...

- *¿Qué poetas está leyendo en estos días?*

Hoy mismo, a fines del 2013, estoy leyendo a Rumi, un poeta sufi, oriundo de Afganistán, y huido a Persia... Fundador, me parece, de las sectas de los derviches voladores.

## V. Tono

- *El lector encuentra hoy en sus prosas y columnas periodísticas un tono muy agradable... No hay dramatismo, ni repetición, ni énfasis, ni efectos persuasivos y profesoriales... El humor, en diferentes tonalidades, le da una leveza especial a muchos párrafos de abundante investigación y lecturas condensadas...*

Uno cuando escribe, obedece. El habla se habla por nosotros... Todo es de lo más inconsciente... Si acaso hay algún mérito propio, es la constancia... El trabajo cotidiano en la cosa. Pero hay algo más: algunos Nadaístas como Amílcar y yo, huimos del patetismo... Aunque a veces yo fui bastante altisonante en mi poesía política de los veinte años... Detesto el drama, las frases altisonantes, las palabras demasiado grasosas...

## VI. Incertidumbres y certezas

- *Usted se ríe de sí mismo... Se ríe de muchas costumbres... De algunas invenciones y modas humanas... De muchas ideas falsas... Con la risa se ha sobrepuesto a las certezas de la razón y de la fe... Lo mismo que León de Greiff o Cioran... En el siglo XXI... ¿Le queda en pie alguna certeza?*

Mi sola certeza ahora, es que debo trabajar, trabajar, hacer la vida, amasarla como me fue encomendada por el azar... Para no tener que pegarme un tiro, o caer en los marasmos del aburrimiento, lo cual me parece, lo primero, una injusticia con la gente que me quiere o me soporta... y lo segundo, una injusticia conmigo mismo. Nada. Hacer la tarea, todos los días, cada día, a toda hora... Eso, espero, me conducirá a la sabiduría, a la maestría, un día más o menos remoto. Y si no... No importa... Ahí están Homero y Sófocles y Shakespeare. Me remplazan bien...

- *¿Cómo ha podido un poeta y alquimista... Recorrer el camino de la comprensión racional?*

Jaime Jaramillo dice que yo pertenezco a la línea de los poetas filósofos. Del seminario debió quedarme el gusto por la filosofía...

- *¿Qué misterios subsisten?*

El primero de los misterios: por qué existen cosas y no más bien nada. Por qué y cómo creo que yo tengo derecho a llamarme yo... Pero usted también. Por qué morimos. Qué es el espacio. Qué es el tiempo. ¿Es el Universo finito pero ilimitado, como cree Einstein? ¿Hay alguna cosa como la conciencia en la flor mientras se abre? En fin... Los problemas, los misterios son sin fin... ¿Por qué consigue el saxofón de Parker emocionarme... Y la misa solemne de Beethoven, siendo tan diferentes? ¿Y cómo pudo convertirse un mono de los árboles en Juan Sebastián Bach... Y sobre todo, por qué? ¿Tiene eso algún significado y expresa un destino o tan solo fue un azar destinado al fracaso, cuando el Universo regrese, quizás, al estado de singularidad? La verdad, yo lo único que tengo son incertidumbres... Y hasta mis incertidumbres... Dependen de algo que no sé qué es... Cuando era niño... Me gustaba tratar de imaginarme la nada... Y era espantosamente difícil... Todo es nada. Todo se parece mucho a la nada. Entonces, omitamos la palabra nada y tratemos de imaginar dónde están los bordes del universo. Qué hay más allá del borde de la galaxia. O más allá del borde de la metagalaxia. O en fin, lo que pasa cuando repetimos la palabra siempre. Una cosa para siempre, siempre, siempre, siempre. ¿El Universo tiene un siempre? A Nietzsche lo acogotó la idea de ese inmenso conglomerado de cuerpos materiales, hasta el espanto. Y tuvo que apelar a la idea del eterno retorno... Para comprender las cosas, el tumulto de las cosas materiales girando en el cielo vacío, que además, al parecer, no está nada vacío. Vacío... La luz, dice Einstein, tiene una velocidad constante en el vacío... Pero la idea que hizo temblar a Nietzsche en ese jardín alemán... Tenía ya varios miles de años y había sido concebida por los sabios remotos de la India, los mismos que dijeron que el Universo no tenía realidad y que era un sueño que llamaron Maya. Y es injusto con la nada condenarla a la inexistencia. Necesitamos esa palabra como ninguna otra. Es el bordón de camino de los viajeros de la conciencia. Fernando González para congraciarse, dijo la víspera de morir. Para dónde nos van a sacar de la vida, si cuando nacemos comenzamos a morir, si morir es todavía estar viviendo y si cuando cadáveres estamos viviendo como cadáveres y cuando polvo, como polvo. Entonces, para dónde nos van a sacar de la vida... Para él, la vida era un siempre, siempre, siempre, siempre. Ese siempre que aterraba a la niña Teresa de Ahumada... Según cuenta en su autobiografía, *Mi Vida...*

Uno de los misterios que no he podido desentrañar es el misterio del color azul en la pintura occidental... Y por qué nosotros vemos distinto de como vieron los griegos. Y por qué un aborigen del Amazonas a veces no puede descifrar una simple fotografía. Los fantasmas para nosotros son tan reales y concretos como los seres tangibles... A veces me encuentro en los sueños unos

personajes muy interesantes. Que me intrigan, sobre todo, porque me dan la impresión de que ya los había visto en otros sueños... Y el cielo que estudiamos ya no existe. Realidad... Una palabra que deberíamos poner siempre entre comillas... Aconsejaba Nabokov... Acabo de terminar la *Historia del tiempo* de Hawking. Me impresionó que los últimos capítulos estén escritos condicionalmente, como si dijéramos... Y que convierta en una hipótesis la singularidad que se dedica a defender en la primera parte del libro... Yo también clamo como Fernando González por un poco de conocimiento, por una pizca de verdad.

## VII. Dios

- *Los Nadalistas derrumbaron muchos mitos y espejismos tradicionales. Destruyeron idolatrías. Cuestionaron falsas creencias y costumbres. Emplazaron engañosos valores considerados absolutos... Pero dejaron vigente a Dios... Usted es un agnóstico... No un ateo... Y posee uno de los mayores patrimonios lectores del país... Incluida la mejor literatura europea de los tiempos modernos: Gide, Wilde, Proust, Rimbaud, Verlaine, Baudelaire, Celine, Beckett, Flaubert, Camus, Sartre, Montaigne, Zola... y habiendo escuchado también los argumentos críticos de Russell, Hitchens, Dawkins, Hawkins, Onfray y Nietzsche... Se declara un creyente católico...*

Es que todos esos personajes que usted menciona pertenecen a la gran tradición católica... La literatura occidental tuvo origen en el mester de clerecía y no ha conseguido apartarse de esa raíz. El escritor tiene mucho de sacerdote. Y Sartre, por ejemplo, fue en cierto modo la sombra del Papa para mi generación.

Yo, la verdad, no leo ya discursos contra el discurso de Dios, ni a favor del discurso de Dios... Porque me parece una inutilidad, y porque como dije también en *Cuando nada concuerda*, Dios está más relacionado con el mundo emocional que con las argumentaciones filosóficas. Si acaso me interesan las opiniones sobre la divinidad... Cuando vienen de los poetas. Uno de los libros que más amo y que más me admira, es *El lenguaje de los pájaros*, de Farid Udin Attar... Que también puede entenderse como un libro de sicología profunda... A mi admiradísimo Gurdjieff, el mago y filósofo ruso, se lo hicieron leer en Bagdad durante diez años... Acabo de acordarme de unos versos: *Siento a Dios que camina/ tan en mí,/ con la tarde y con el mar:/ Con él nos vamos juntos,/ anochece./ Con él anohecemos, orfandad/...* Del peruano César Vallejo, que nos hizo llorar tantos pechos entre 1957 y 1960. Y que también hablaba de los golpes de la vida que eran como los golpes del odio de Dios...

- *En la entrevista con Marcos Fabián Herrera usted reconoce ser un hombre profundamente religioso...*

He tratado de entender lo que quiero decir cuando digo que soy un hombre religioso. Me considero religioso, sobre todo porque me intrigan las cosas que no se ven y el origen de las que vemos... Estos días estuve viendo un programa de televisión muy interesante sobre las circunvoluciones triangulares, propias de los mamíferos... No tengo problemas con Dios... Si existe, peor para él... Ni contra Dios... Pero sí me intriga mucho la génesis de la idea... Hace días leí un libro sobre lo irracional en el mundo griego antiguo... Allí el autor, cuyo nombre olvidé... o anda camuflado en alguna neurona inactiva ahora, en este momento en reposo, dice que debió aparecer tímidamente, antes de comenzar a evolucionar, en las estepas rusas... Coincidiendo con la opinión de Mircea Eliade, el historiador de las religiones que se hizo tan famoso en los años sesentas por su tratado sobre el chamanismo...

- *¿Qué piensa de las posiciones ateas?*

Por ahora, no estoy de acuerdo con las tesis del ateo... La religión como todas las cosas está llena de sombras... Y me atengo a Descartes: Dios existe, puesto que nosotros, que existimos, lo pensamos. A mí lo que más me intriga es por qué apareció la idea y cómo ha evolucionado... Como un árbol, como una zarza, como una enredadera, cubriéndonos todo... Vuelvo sobre el neurólogo que habla de no sé cuáles circunvoluciones angulares que se enfrentan en el cerebro: la una relacionada con la conciencia de la conciencia y con la conciencia de la muerte y el sentido del futuro y la otra, precisamente con la idea de Dios, como si fuera un contrapeso para la mitigación del espanto... Pero ya llevamos una cantidad de siglos tratando en vano de ponernos de acuerdo... Creo que ya había un ateísmo en la noche de los Upanishads...

- *Tres Nadaístas fueron seminaristas... ¿La inquietud teológica se extendió a todos los Nadaístas? ¿Cuántos negaron a Dios...? ¿Cuántos se quedaron en el cauto agnosticismo...? ¿Cuántos regresaron a Dios...?*

No creo que hubiera agnósticos en el Nadaísmo. Podría decir que todos éramos indiferentes... y si acaso usábamos a Dios lo hacíamos como se usa cualquier tópico de la poesía universal, el amor, el desamor y lo demás... los trenes y los aguaceros. El único que regresó a Dios fue Gonzalo, debilitado, creo, por sus relaciones con la inglesa Angelita, y cuando ya se firmaba con mayúsculas. Pero creo que decir que regresó no es exacto... Tal vez nunca se fue y por eso se dijo de él que era un cordero disfrazado de lobo... Era capaz de una compasión magnífica con el sufrimiento de los demás, de una genero-

sidad rayana en lo irresponsable que le permitía entregarle sus honorarios a un obrero de *Cromos* que estaba en necesidad, y era de una ternura infinita: no solo con sus amigos sino con todo el mundo, siempre y cuando no le pisaran los callos. Cuando alguien lo hería, podía ser rencoroso hasta la mezquindad... Hasta el envilecimiento, casi, como se mostró con Jorge Zalamea cuando lo acusó de ser de la C.i.a. y de recibir sueldo del Das, el muy canalla. En una carta que le escribió a su mamá antes de fundar el Nadaísmo Gonzalo le dijo que pretendía crear un cisma... Aunque dudo que doña Magdalena supiera que es un cisma...

- *Usted pensó en la santidad... En ser papa...*

De niño, quise ser santo, y mártir de las virtudes heroicas, y, usted ya sabe, cuando vi lo difícil que era, soñé con ser papa, el primero de los latinoamericanos... sin saber que había un argentino haciendo turno. Y pasados esos sueños me dio por ser poeta... y por conquistar el conocimiento... En cuyo cometido todos los días me doy cuenta, con tristeza y rabia, de mis limitaciones. Ahora leo a Einstein... Y me reprocho... Por qué no le puse más cuidado a las matemáticas, por qué descuidé la física... Ya no hay qué hacer...

- *De las dudas de la juventud Nadaísta... ¿Cuáles permanecen sin resolver?*

Es que Dios no depende de nosotros. Ahora mismo un montón de personas se están rociando con gasolina en su nombre. Y las dudas de mi juventud siguen siendo las mismas... Sobre todo la que implica esta pregunta: qué soy.

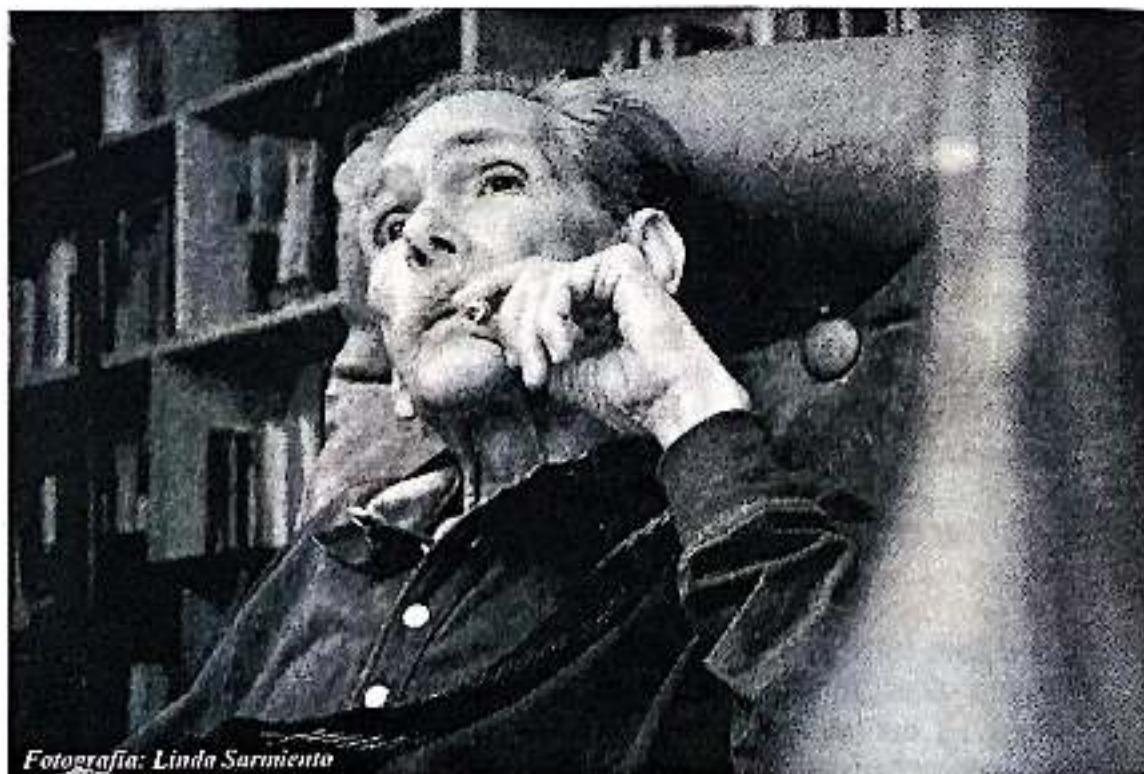
- *La pregunta de Dios permanece en su último libro, titulado Cuando nada concuerda...*

Claro, me intriga muchísimo que la idea de Dios permanezca tan viva en un mundo científico, cuando la tecnología nos mantiene sumergidos en sus milagros... Y me intriga, sobre todo, que las estructuras de la religión más arcaica, sigan sobreviviendo incluso en el marxismo, y en el leninismo, que al fin de cuentas fueron inventos de intelectuales judíos, que prolongaron el sacramento de la confesión en lo que llamaron la autocrítica y que compararon la tendencia a la acumulación con el pecado original y tildaban a sus enemigos de filisteos... Etc. Etc. Siempre se me parecieron Marx y San Pablo... Marx al comienzo de su vida leyó a Spinoza con cuidado y dejó un cuaderno con los apuntes de su lectura... Y sus amigos de los veinte años eran, muchos de ellos, teólogos... Marx es un profeta judío.

## VIII. Nadaísmo

- *¿Qué aspectos de los sueños Nadaístas ha visto cumplidos?*

Los Nadaístas, en últimas, como le gustaba decir a Gonzalo Arango y a Gonzalo Arango, porque estos dos nombres designan dos etapas distintas de la vida del hombre, lo que hicimos fue fundar un círculo de amor y amistad... Y vivir la vida en esa camaradería ya que no podíamos comprenderla. A Gonzalo, este cerrojo de la amistad le parecía suficiente en un mundo donde todos tratan de sacar ventaja de sus tratos. Y para acabar de justificarse solía repetir aquello de Fernando González de que un amigo no es aquel con quien tenemos negocios, sino secretos.



Fotografía: Linda Sarmiento

- *De ese círculo de amor y amistad quedan muchos recuerdos amorosos y amistades comunes...*

Pues sí, quedan y no quedan muchas cosas. De cualquier manera, casi todos los Nadaístas ya están muertos. Y los que sobrevivimos apenas nos vemos de cuando en cuando.

- *En Profecía macabra le rinde un tributo de admiración y gratitud a Gonzalo Arango y resalta el carácter visionario de los Nadaístas... ¿Qué aspectos proféticos o iluminados descubre hoy en su propia escritura?*

No es que uno sea visionario y profeta... Basta tener los ojos abiertos para enterarse con cierta exactitud del futuro que le espera al mundo, siguiendo las líneas de inercia... Las inclinaciones fundamentales del presente... Anoche estaba leyendo un libro de física donde se dice que a partir de lo observado es posible predecir el estado del futuro... Eso es lo que hace la macrofísica.

El mundo siempre nos sorprende, de cualquier manera, contra todas las opiniones. En nuestra juventud llena de esperanzas, cuando veíamos con una claridad engañosa el porvenir, a pesar de los peligros, no pudimos advertir el estado de cosas de ahora, las nuevas tecnologías, el empobrecimiento ambiental que quizás corre paralelo al envilecimiento interior.

- *Hay varios textos de Correspondencia violada que se asumen colectivos. Los firman Los Nadaístas... ¿Quién escribió el texto a Neal Cassady, poeta y músico beat, condenado en 1958 a diez años de cárcel por querer compartir su marihuana con un policía encubierto? ¿Quién escribió el Mensaje Nadaísta antiacadémico?*

El texto de Cassady y el otro, debieron ser escritos en pandilla... Me acuerdo que cuando nos decidíamos a lanzar una de esas proclamas torcidas nos reuníamos en alguna cafetería de Medellín y empezábamos a botar corriente, como ahora se dice... y Gonzalo tomaba nota... Se iba a su casa y volvía con la torta cocinada... Según me parece acordarme, era el único de nosotros que tenía una máquina de escribir... Pero es preciso hacer una salvedad a propósito de la carta a Neal Cassady. Gonzalo entonces no fumaba marihuana todavía. En el núcleo primero del movimiento, los únicos que conocíamos la yerba éramos dariolemos y yo... A gonzaloarango incluso lo escandalizaba... y solo vino a usarla ya viejo, cuando debió adquirir el vicio entre sus amigos del jipismo... y entre los roqueros que acompañaban a veces las canciones de su mujer Angelita.

- *Jaime Jaramillo Escobar en la afectuosa presentación de Prosa incompleta hace un elogioso reconocimiento de su recorrido literario...*

Jaime es muy generoso conmigo. Lo cual, claro, me encanta. Me encanta merecer la atención y el cariño de un hombre tan singular y tan decente.

- *¿Cuáles fueron las palabras preferidas en el vocabulario de los Nadaístas? ¿Las utiliza hoy?*

No, ni casi nunca las utilicé. Jamás llamé a Gonzalo profeta... Ni dije que estuviera podrido... Cuando me saludaban. No me gustan los clichés... Creo que en el Nadaísmo también fui un bicho raro. Pero todos fuimos unos bichos raros comparados con los otros...

- *Usted habla en Cuando nada concuerda del desafuero nazi... De los desafueros Nadaístas...*

Los Nadaístas escandalizamos de veras esta sociedad. Con nuestros sacrilegios y nuestros sabotajes al congreso del intelectuales católicos, por ejemplo y nuestros manifiestos de una procacidad alarmante. Pero una vez, ya en la madurez, le dije a Amílcar Osorio, muerto Gonzalo, que volviéramos a poner el Nadaísmo en funcionamiento. Y Amílcar me dijo que después de Pablo Escobar ya no podíamos asustar la sociedad colombiana sin contar con la parafernalia tecnológica de los Rolling Stones... En Medellín nos miraban como a monstruos porque tomábamos te en la heladería Santa Clara y comíamos banana split... Cosas que para los antioqueños eran de maricas... O de muchachas... Era fácil escandalizar entonces el país... Creo que los primeros homosexuales en salir del closet fueron los Nadaístas. Creo que el Nadaísmo contribuyó a muchas aperturas... Y las muchachas del movimiento, entrando en las cantinas de hombres y practicando el amor libre abiertamente... Hacían rabiar a los sacristanes... Colombia era un país mucho más inocente.

- *Tal vez los Nadaístas no fueron tan procaces... Gonzalo Arango dijo que es impúdico atribuirse un alma inmortal... Que el homo sapiens es petulante... Que la razón apesta... Pero son reflexiones razonadoras y analíticas... Más que formulaciones procaces...*

Los manifiestos que aparecen en *Correspondencia violada*, el que dirigimos a los escribanos católicos y el que dirigimos a los señores parásitos de la academia... Están plagados de declaraciones procaces, pero hoy suenan cómicos. Entonces, nos valían las persecuciones de la policía. Eran catárticos.

- *El supuesto sacrilegio en la historia del Nadaísmo... ¿Dónde estuvo?*

El sacrilegio consistió en que los Nadaístas comulgamos en una misa de mucha solemnidad en la Basílica Metropolitana de Medellín... Porque sí... Porque nos dio la gana, por probar si habíamos superado el miedo... Y la gente enloqueció y nos iban a linchar y nos metieron a la cárcel y nos excomul-

garon y se formó una leyenda con la cosa, porque nos vieron pisotear hostias, escupirlas, apuñalarlas... Cuando nosotros nos limitamos a guardarlas respetuosamente en nuestros bolsillos. En el Medellín de los años sesentas eso fue una bomba. Mis parientes ni siquiera se atrevían a mirarme a la cara cuando salí de la prisión... Pensaban que estaba endemoniado. Y padre me obligó a pedir una cita en el tribunal canónico arquidiocesano para que me levantaran la excomunión... Porque pensaba que no era digno de vivir bajo el mismo techo que mis hermanos mientras pesara sobre mí el decreto arzobispal...

- *En Cuando nada concuerda, recolección de recuerdos y valoración de los aportes históricos del Nadaísmo, usted destaca el impulso y movilización de la poesía hacia la modernidad...*

Me refería sobre todo al vocabulario, al hecho de que nosotros volvimos poéticas las cajetillas de Pall Mall y la tuerca y los semáforos... En oposición al sentimentalismo botánico de la poesía colombiana del pasado. Sobre todo nos cuidamos de los sentimientos fáciles, de llorar en el poema... Nos parecía por lo menos descortés suspirarle al lector en la cara... Nada de efusiones... Es difícil encontrar en la poesía de los Nadaístas eso que llaman los nobles sentimientos...

- *Pero ya es hora de reconocerle al Nadaísmo, además de los sacudimientos, escándalos y evidentes logros literarios..., Una verdadera revolución ética... Unas renovadoras reflexiones éticas ...*

El Nadaísmo fue un episodio... Un acontecimiento feliz... Pero creo que el mundo ha cambiado... Y también creo que fuimos purgativos. Algo se hizo, se hizo lo que se pudo. Gonzalo en uno de sus últimos textos, declaró. Bien o mal, he cumplido.

- *La autonomía en las decisiones... El manejo propio de la vida... Un concepto de felicidad pasajera pero alcanzable... La defensa de lo digno y decente... El cuestionamiento de la esclavitud laboral... Son propuestas éticas notables...*

Mi vida, quizás la vida de ninguno, puede tomarse como una decisión libre... Uno es arrastrado... Cagajón aguas abajo, que decía Fernando González... Muchas veces, por allá lejos, algo en mí se amarga, cuando me siento así de solo, lleno de dificultades materiales, de pequeñas urgencias sin resolver, como si viviera parado en un hormiguero. Pero así se dieron las cosas... Y también me alegro de no ser el gerente del Banco donde trabajaba mi padre... Ni el almacenista que mi madre pensaba que debí ser. El ser poeta, el asumir-

se poeta, no es una decisión... es una vocación: fuimos llamados y atendimos... No solo me gusta escribir aunque sea un oficio tan duro... no solo me gusta leer... Siento que debo hacerlo... Que estoy obligado a hacerlo... Que quizás nací para eso... Nadie me inculcó el amor por los libros. Me gustaron siempre. Como le dije en una de nuestras primeras conversaciones. Obedezco a mi Dios interior...

- *¿Por qué Fernando Vallejo no fue un Nadaísta?*

Soy amigo de Vallejo desde la adolescencia, creo que quiso integrarse al Nadaísmo pero era muy tímido y nunca nos dirigió la palabra y se limitaba a parar oreja en alguna mesa cercana de la cafetería Versailles... Y cuando le pregunté en una entrevista que le hice para la televisión, por qué no se atrevió a acercárcenos, me dijo que sólo había hablado con Amílcar, cuando se enteró de que coincidían en el gusto por los muchachos...

- *Pero, coincide con los Nadaístas en muchas cosas...*

Pues digamos que Vallejo es el último Nadaísta... Aunque Jotamario lo deteste. Pero coincidimos con él incluso en la admiración por Fernando González... A quien no menciona por su nombre pero que es una sombra intrigante en su primer libro autobiográfico, *Los días azules*, el más bello de todos, quizás...

- *Recordando algunas conversaciones con Gonzalo Arango sobre filosofía... Tal vez ¿han variado las respuestas con los años...?*

Es extraño... Uno sigue prolongando la charla con los amigos muertos de un modo sutil. Y uno no sabe qué cambia. Sucede con esto como con el aspecto. Las gentes que no te ven hace tiempos te encuentran gordo o flaco... Uno, acostumbrado a verse todos los días en el espejo, no advierte los cambios. Para Tolstoi la mayor sorpresa es encontrar que envejecemos... No hay respuestas esenciales. Solo existen las preguntas que importan. Lo demás es el camino... el incierto camino. Al final del cual quizás alguien aún nos espera. Como dije en un poema que me gusta mucho, *La flecha inmóvil*.

- *Gonzalo Arango insiste en muchas cartas, con rango de primer mandamiento Nadaísta, en la necesidad de sentirse vivo... De vivir... De saludar la vida...*

Lo mejor que hizo el Nadaísmo por todos nosotros fue darnos una ocasión de sentirnos vivos por fuera del conformismo, de lo aceptado... La vida, como

la tomaba Fernando González, sin atribuirle causas finales... y la amistad, fueron los dos valores que nos mantuvieron unidos...

- *G. Arango descubre relaciones entre Nadaísmo, marxismo o cristianismo... Como sistemas cerrados de pensamiento... Callejones, dirá, que imponen formas de sentir y ver... Y lo mira en sus cartas como una etapa del pasado, algo que le queda estrecho para vivir... Y le frena el vuelo... ¿ha sentido usted lo mismo...?*

Es que el Nadaísmo como movimiento se acabó hace mucho tiempo... Para mí forma parte ya de un pasado festivo y amargo... El paisaje de mi juventud... Ahora me limito a sobrevivir, escribiendo, o tratando de escribir, puesto que no serví para nada mejor... A veces se me salió el antioqueño y tuve empresas de muchas clases... Pero en todas fui un fiasco... Porque no se puede servir a dos señores: a la poesía y a la contabilidad.

- *¿Por qué nunca redujeron las distancias con Vargas Llosa o con Carlos Fuentes?*

Todos los escritores del boom, a través de Marta Traba y de su último marido, el uruguayo Ángel Rama, y de Cobo Borda, sintieron que los Nadaístas con su activismo y su terrorismo cultural, les quitaban espacio a ellos, representantes de la alta literatura... Y nos decretaron un silencioso desprecio... Solo muchos años más tarde Álvaro Mutis reconsideró la actitud y hasta logró convencer a García Márquez de que nosotros, precisamente, habíamos abierto el camino a una nueva concepción de la escritura, que permitió que ellos fueran leídos... Así me lo confesó un día en un almuerzo en Tierra Colombiana... Mientras le dábamos mate a una sobrebarriga... De todos modos, déjeme decirle que nuestros propósitos como escritores estuvieron siempre muy alejados del realismo refinado de esos escritores que pretendieron superar el costumbrismo en un folclorismo ilustrado...

## IX. Lecturas

- *El apasionamiento por la vida de Nabokov, su pensamiento y su carácter poético sedujo a los Nadaístas...*

Nabokov representó mucho para nosotros, por muchas cosas. En *Cuando nada concuerda*, dejó dicho cuáles... Y sobre todo, nos permitió justificarnos frente a los escritores de la pregunta anterior.

- *Cuando nada concuerda es un bello testimonio de sus afectos literarios y*

*también un testamento iluminador. Intercala amorosos recuerdos y ofrendas a los Nadaístas. Es su historia y la de una generación de cronistas del malestar... Recorre uno a uno los grandes escritores leídos...y Nabokov tiene un puesto principal entre sus lecturas e intereses tempranos...*

Pues no sé qué pasa con Nabokov... O sí sé. Escribe con una sabiduría que encanta y mantiene un tono de humor que convierte su lectura en un gran placer... Pero como digo en el libro, nuestro eclecticismo nos permitió poner en nuestras bibliotecas al lado de otro Vladimir, Maiacovski, a Vladimir, Nabokov, aunque a este eso le supiera a cacho quemado.

*- Y esas historias personales, de rasgos tan sugestivos,...de un hombre de mirada bondadosa, interesado en la vida de los insectos... Y en la naturaleza...*

Sí, Nabokov consiguió hechizarnos, sobre todo a partir de la influencia de Amílcar Osorio, que lo tradujo para nosotros cuando todavía estábamos chiquitos... Y parece raro... Que lo amáramos tanto, siendo como fue un reaccionario ejemplar y un monógamo y un caballero de apariencia burguesa... Al contrario de nuestras otras devociones...

*- Usted ha manifestado su admiración por Gurdjieff... Quien lo mismo que usted fue monje, escritor, músico...Hombre de ideas y de humor...*

Es uno de mis personajes favoritos. Tengo pensado, empezado, un tratadito sobre el tipo. Hace tiempos no hablaba de él, porque creo que alcancé a fatigar a mis amigos con el tema... Y ahora que caigo en la cuenta... Creo que tengo más cosas en mi biblioteca sobre este ruso que sobre el mismo Nietzsche, por ejemplo. Gurdjieff es un tipo fascinante. Un gran filósofo que se ocultaba detrás de un poderoso charlatán...

*- ¿Por qué le gusta tanto...?*

El hombre estuvo al parecer muy cerca de las escuelas del sufismo en Bagdad. Y con sus ideas abrió muchos caminos nuevos al arte moderno pues en su estadía en Francia influyó en los grupos que estuvieron cerca de Picasso, de los primeros editores de Pound, de las revistas de vanguardia que prohicieron la aparición de Joyce... En fin... Hay toda una biblioteca de exploraciones de su pensamiento que nunca satisface... Que siempre dan ganas de explorar más en el misterio de ese hombre. Louis Pawells escribió una biografía muy intrigante sobre Gurdjieff, donde dice que es el hombre más extraño del siglo... Pero en mi biblioteca tengo al menos una docena de biografías suyas y me

faltan por conseguir un montón. Alrededor de Gurdjieff se formó una inmensa biblioteca de reflexiones que más vale tener en cuenta...

- *De una fuerza mental especial...*

Bueno, dicen que tenía algo de mago... Era hipnotista. Pero ese no es más que el aspecto pintoresco del sujeto... Su pensamiento, su método de la observación de sí mismo, su teoría de que el mundo anda mal porque los hombres andamos dormidos, medio muertos, y de que es posible despertar... Es muy intrigante. Mi relación con él me puso a investigar en el sufismo... En los grandes poetas sufís... Y por eso solo le estoy muy agradecido.

- *¿Gurdjieff lo lleva a Ud-Din Attar ?*

Farid Udim Attar es el autor de un libro bellissimo que le mencioné otro día: *El lenguaje de los pájaros*. Attar a mí me gusta incluso más que Rumi... Pero no. A Attar lo descubrí por Amílcar, que me lo recomendó, pensando que era un libro sobre etología. Yo criaba pájaros en mi casa de La Calera y Amílcar me dijo que había visto un libro tal y tal y fui y lo compré y era un libro de mística sufi y mucho más tarde supe que había servido para la formación de Gurdjieff en las escuelas, creo que las llaman madrasas, de los sufíes persas...

- *¿Qué aspectos de Beckett siguen atrayéndolo...? ¿Qué elementos de su vida descifra en el espejo de Beckett?*

Hace tiempos no leo a Beckett... O sí... Estos días estoy leyendo su primera novela, *Mujeres que ni fu ni fa*... Muy divertida... Con un humor liviano que después abandonó... Quizás algún día vuelva a *Malone muere* que me gustó tanto a mis veinte años, a *Molloy*... Hay una cosa en mí como lector: soy flojo relejendo... Vuelvo a leer los libros cuando lo necesito para alguna cosa que estoy haciendo, para corroborar una cita o refrescar una idea reseca.

- *El primer manifiesto de los Nadaístas y el Murphy de Beckett... Hablan de apartarse del mundo humano... Y de la razón... Para aprenderse a sí mismo...*

El Nadaísmo tuvo mucho de surgimiento espontáneo en el caldo de cultivo del Frente Nacional, que en apariencia destrabó el nudo de la violencia centenaria en Colombia. Beckett vino a caer en nuestras manos más tarde, cuando ya el Nadaísmo estaba en marcha. Las coincidencias tal vez se deben a que los intelectuales europeos también estaban carcomidos por la decepción después de la guerra que los obligó a dudar incluso de la razón, si había podido conducir la civilización a la carnicería. Y nosotros somos hijos o sobrinos de la violencia política que culminó en el sainete del Frente Nacional.

- *Usted, como Murphy, se ha apartado del mundo humano...*

O el mundo humano me apartó a mí. De cualquier manera, pienso que esta sociedad como es no tiene nada que ofrecerle a una persona decente o que se finge... Y me siento cómodo en mi soledad, entre mis libros y mis músicos...

- *¿Flaubert fue un autor fundamental en su formación?*

La verdad es que leí a Flaubert ya viejo, no hace muchos años...

- *En Cuando nada concuerda tiene un bello capítulo titulado Progreso y confusión... Y Flaubert tiene en él un puesto principal...*

Flaubert fue un amigo tardío para mí... Trataré de seguir la lectura de sus libros, de los cuales leí... no sé, casi todo.

- *¿Qué aspectos lo impresionan de Spinoza?...*

Su fe en la razón un tiempo cuando no se usaba, su análisis de los textos bíblicos, cuando tampoco se usaba e incluso era peligroso. Su lucidez a toda prueba... Un personaje encantador. Un hito en la historia del pensamiento occidental. Aunque suene a perogrullada.

- *Fernando González se entusiasmó con Spinoza...*

Sin renunciar a su tradición católica, y ayudado quizás por su devoción a Spinoza, consiguió crear un método para la introspección, para entender al ser humano en general a partir de sus pulsiones, de su libido, de sus propias concupiscencias... Quiero decir, que quiso convertir, como por la alquimia, el plomo en conocimiento... En cuanto a los libros de Fernando González... Leídos en orden riguroso, dejan la impresión de un autorretrato formidable, de un autorretrato de una rara sinceridad... O más que un autorretrato... La bitácora de un camino ascendente... Que lo llevó de *Pensamientos de un viejo*, escritos en plena juventud, a los veinte años... Hasta *La tragicomedia del Padre Elías y Martina la velera*, canto de la juventud escrito al borde de la vejez....

Ah y sobre todo, lo que identifica quizás a González con Spinoza... Su búsqueda de una ética liberal, que no maltrate a los hombres en sus pulsiones más íntimas, que no condene como si fuera un crimen la fuerza de sus instintos... Contando entre sus instintos su derecho a pensar los problemas por su cuenta y riesgo. Y el gusto por la vida, por las mujeres, por la riqueza y la salud contra los valores de la derrota del cristianismo ortodoxo que lo esperaba todo de la post muerte.

- *Maiakovski tuvo una influencia inicial fundamental en los Nadaístas...*

He vuelto a leer a Maiakovski y me parece que sobre todo en su poesía lírica da en el clavo, porque incluso puede llegar a patético con un gran humor. Su figura, además, su teatro y hasta su trabajo como publicista, están llenos de genio auténtico. Y aún en su poesía programática conserva una fuerza y un desparpajo magníficos. Fue un personaje adorable que cayó como muchos de nosotros en la trampa del redentorismo marxista. Y en la decepción, se pegó un tiro. Usted debe recordar la última frase de su carta de despedida: la barca del amor se ha roto contra la vida cotidiana...

- *Sartre y Camus fueron dos autores principales para los Nadaístas... Usted ha formulado la necesidad de volver a Camus... El tema del suicidio fue uno de los de mayor interés para Camus...*

El suicidio fue uno de los más grandes asuntos de sus escritos. Pero yo me refiero más al Camus amoroso, de Verano-Bodas, el amante del sol, el que afirma la vida por desesperación. Y al autor de las novelas *El extranjero*, y sobre todo, *La Caída*, que me parece aún mejor lograda. Gonzalo, como Fernando González, leía para buscar incitaciones, no para ponerse de acuerdo con los libros. Como debe ser. Por ejemplo, para mí, el suicidio, aunque le coqueteaba en mi adolescencia y en cierta manera lo ejercí en mis desórdenes de juventud, sigue siendo, contra Camus y contra todos, una opción que no se puede racionalizar. Leí, en el mismo Camus, que es imposible atribuirle un motivo... Como si estuviera por fuera de los problemas filosóficos, la decisión se le parecía a ese último golpe sobre la piedra que la rompe... Pero que había que contar también con el proceso, con la suma de golpes... Ya no me acuerdo. Y hasta dónde existen los actos voluntarios, además. Esto es atribuirnos un poder de decisión del que quizás carecemos. La libertad tal vez no sea más que una ilusión. Me gusta lo de Nabokov: el suicidio es un despilfarro del yo... A veces, cuando lo he contemplado, con horror siempre, por un horrible cansancio siempre, pienso también que es injusto con aquellos que nos quieren por más que tenga una apariencia de honorabilidad hacia nosotros. Conozco algunas familias que cuentan con un suicida en cada generación. Y oír decir que tiene que ver con un desarreglo en el cromosoma once... Después de Camus la ciencia ha hecho un montón de descubrimientos genéticos, estadísticos y lógicos, que explican mejor el sufrimiento, la guerra y el suicidio, que los autores de la generación de Sartre y Camus. Nosotros tenemos la ventaja de contar con la ciencia para entendernos, más allá de la mera discusión racional... Que a veces puede ser también engañosa...

- *Nuestro poder de decisión puede ser muy grande... La cultura nos ha enseñado a no ejercerlo... A cederlo... Que es una forma de anularlo...*

No creo que sea tan grande... La tristeza de los románticos a veces no fue más que hipoglicemia... O ciclotimia. Ni siquiera somos muy libres de nuestros pequeños actos... Algunas personas no usamos el color café... Por qué a algunos no nos gusta el color café pero sí el azul... Y por qué nos enamoramos de una mujer... Por qué nos arrastra el no sé qué en una mujer hasta el sacrificio de nosotros mismos... Hasta convertirnos en unos niños llorones...

- *¿Cuánta será nuestra libertad?*

La libertad es un concepto muy relativo. Muchas cosas las hacemos, casi todas, arrastrados por emociones, enredos síquicos, malas percepciones, etc. Gurdjieff dice que somos máquinas... y que estamos dormidos, aunque podemos despertar. Si fuéramos libres, el mundo no estaría tan lleno de pesadumbres... Mire la manera como reaccionamos ante un insulto... Reaccionamos... Es una palabra muy descriptiva. Un piropo, un halago, nos alegran, aunque no los merezcamos... Reaccionamos, reaccionamos y reaccionamos... Casi nunca pasamos de eso. La libertad... Es también lenguaje... Apenas un anhelo humano y animal... Muy condicionada... Muy restringida... Pero, a veces... En algunos actos o decisiones la alcanzamos a sentir y a afirmar... La aspiramos en las artes... Nos acompaña por momentos... Pero de un modo difuso. La noción sartreana de la libertad según me pareció entenderla en *La Náusea*, una de las novelas de Sartre que todavía se dejan leer... Se parece a eso. La libertad de los mínimos actos... ¿Abriré esta puerta? ¿Entraré en ese lugar? ¿Cuál calle tomaré? De resto, somos cagajones aguas abajo, decía Fernando González... O como me dijo un amigo: si quieres hacer reír a los Dioses, cuéntales tus planes. Es desalentador, sin embargo, no saber si abrimos esa puerta y no otra porque nos evoca en la inconciencia la puerta de la casa de esa tía que abríamos en la infancia... Y si vamos por la calle tomada porque un rumor de hojas secas nos atrae con las asperezas de sus músicas... Por qué estoy aquí y no en otra parte. Porque fui metiéndome en el camino de la escritura, contra mi padre, que me quiso doctor o contra mi madre que pensaba que mi camino estaba en el comercio. Y por qué decidí escribir en versos rotos en vez de escribir en versos rimados... Ahora estaba cepillando la piscina... y me acordé de Freud y me comparé con mi libertad y me dio risa... y lástima. No, yo no sé si somos libres... O si la libertad, la libertad interior, fue una invención del cristianismo tardío. Un problema que me preocupa mucho y que trato de distraer hace tiempos, con el tiempo y el lugar de la primera formación de un Dios, es el de la formación de la conciencia, y el nacimiento del Yo. En las aperturas del LSD, la conciencia de la conciencia, me espantó siempre. Por qué somos

conscientes. Y si somos los instrumentos por los cuales la materia se mira, se piensa y se pondera...

- *¿El LSD agudiza o anula la libertad...?*

El LSD lo han llamado los sicólogos un manifestante del contenido de la mente. La conciencia, propiamente dicha, la entreví en mis viajes también en el animal, pero otra cosa es la conciencia de ser conscientes... Lo que llamaba Kierkegaard la capacidad de reflexionar, y lo que los sabios de la India nombran como la conciencia de separatividad... y de sentirnos sentir... El LSD nos lanza en la contemplación, en la inacción, en la nada iluminadora... En la realidad encantada...

- *¿Qué está vigente del pensamiento de Camus?*

La condena de la violencia en la política.

- *Para Anaxágoras la felicidad consistía en la observación de los astros... Y Nietzsche, habla en la Gaya ciencia del placer de contemplar un cielo estrellado...*

Al rompe, me hace pensar en los cielos tan distintos que hemos visto... El de Anaxágoras era un cielo muy pequeño. Para Anaxágoras, el sol era una piedra. Y por esa creencia lo condenaron a abandonar Atenas... Como un blasfemo. El cielo de Nietzsche ya había sido ensanchado. Y ya los filósofos, metafísicos y materialistas, Einstein dijo que un físico es un metafísico domesticado, habían entrevisto la grandeza de las galaxias... Que no debían ser muchas, tampoco, entonces. El cielo nuestro es mucho más complicado que el de ellos o que el de nuestros padres. Nuestra galaxia, dicen, tiene en el corazón, o centro, un agujero negro, hacia el cual derivamos, sin remedio. Y es apenas una pequeña galaxia, comparada con las otras, donde, en algunas, se encuentran soles cuarenta millones de veces más grandes que el nuestro, lo cual suena a un desperdicio hiperbólico. Además, la nuestra forma parte de un sistema de galaxias que son apenas fragmentos de una poderosa metagalaxia entre otras infinitas, posibles, metagalaxias, a las cuales jamás iremos, ni jamás veremos... y que solo forman parte de una necesidad lógica. Sin contar con que el sol de Anaxágoras, piedra incandescente, se comportaba distinto del que conocemos hoy: el nuestro es un arrebatado proceso de fusiones y fisiones que yo no puedo definir... ¿Cómo podría definirlo, si ni siquiera entiendo cómo funciona este computador que estoy usando o mi diminuto pero imprescindible teléfono de bolsillo? Yo miro al abismo del cielo con asombro siempre... Y siempre me pregunto, al mismo tiempo, por la realidad del ani-

mal que lo mira. Por su sentido o su sinsentido... Y por lo maravilloso que resulta que yo los piense. Shakespeare dijo con insistencia que hay algo más veloz que la luz y es el pensamiento. Pero de qué me sirve saber eso. O por ejemplo, que debo esperar ocho minutos para saber si no se han robado el Sol que me ilumina o si no ha colapsado... Para no hablar de la sosa Luna... Anoche comencé un pequeño libro de Schopenhauer sobre los fantasmas y las realidades del mundo de las sombras...

- *Voltaire no se dejó ver antirreligioso ni anticatólico... Al final del Tratado sobre la tolerancia se declara un 'buen católico'... Su Dios al parecer era católico... y aunque elogió la razón, no vio incompatible la creencia en Dios...*

Si me animo voy a consultar en el diccionario filosófico de Voltaire el artículo sobre Dios... La historia está llena de misterios. Sería Voltaire masón... o francmasón... Su Dios quizás era el Gran Arquitecto? O era a veces tan vago y voluble en sus conceptos... Por temor? Declararse ateo en aquellos tiempos podía llevar a un hombre a la cárcel o a la muerte, supongo...

- *Para Nietzsche el alma es una forma de iluminación de la inteligencia...*

Acuérdese de Shakespeare: Hay muchas más cosas entre el cielo y la tierra de las que imagina tu filosofía, Horacio. Quién sabe lo que es la inteligencia, el alma, el espíritu.. Y como fue que la materia dio ese salto cualitativo... De lo inerte a lo vivo... y de qué modo la inteligencia de la que nos envanecemos, ya estaba escondiéndose en las reacciones vegetales, en la explosión de los hongos, en los salitres del principio. En la selva, en la noche, los grandes árboles, antes de desplomarse, crujen: al principio quedamente, después con más fuerza y después se derrumban y a uno le parece que hacen temblar el cielo y que rugen de rabia y dolor. Tal vez usted y yo y todo esto estaba contenido en ese punto sin tiempo, ni espacio, que los sabios llaman la Singularidad... Esa nada extremadamente caliente que tratan de describir en vano porque solo puede ser entendida desde cuando ya tenía el tamaño de una uva... Hermoso credo... e irritante también. Todo lo visible y expresable está tejido, bordado sobre la trama de la electricidad, del electromagnetismo, en esos campos invisibles, pero ponderables, que solo podemos definir por lo que ponemos en ellos, y con los cuales corrigió Einstein, si lo entendí, la mecánica de Newton...

- *¿Por qué considera veleidoso a Nietzsche?*

A Nietzsche lo llamo veleidoso porque en su modo de pensar, a veces él mismo retrocede, se corrige... Es asistemático y por eso suelen omitirlo las historias de la filosofía académica. Y siendo el peor adversario del Dios de los

hebreos y del Cristo divinizado del cristianismo... Ambicionó crear ese monasterio de amigos entregados al culto de la verdad y la belleza... De cualquier modo, siempre, desde cuando lo conocí, se me convirtió en un compañero en el camino de la vida. Como una vez le dije, de ninguna otra persona viva o muerta, con excepción de Gurdjieff, conservo tantos estudios, biografías, etc. Pero habla usted de certezas en Nietzsche, no de obsesiones... Sin embargo, la certeza es siempre engañosa para quienes vamos de camino por entre boscosos espejismos... Lo más misterioso de la aventura humana de Occidente, es que a partir de las primeras preguntas de los heráclitos y los zenones, hayamos caído en el principio de incertidumbre que rige la física moderna... En la perplejidad.

## X. Obras

- *Algunos poemas de Invención de la uva sorprenden... Tenía sólo dieciséis o diez y siete años y ya se encuentra la sugestión y la elegancia de la metáfora, en versos como La rosa negra/ que se aferró a mi ropa/ tiene mil recuerdos como Salomé.*

Ese escritor era casi un niño, todavía. Creo que publiqué ese libro a los veinte años... y ahora me hace sonrojar esa criatura, por crédula y petulante. A veces pienso que me gustaría reescribir esos poemas, porque las ideas son buenas y aún irradian sus iluminaciones en mí, pero al mismo tiempo me niego a hacerlo porque no tengo derecho a corregirle la plana a ese muchacho que fumaba en mula, y se sentía, por allá en el fondo, muy en el fondo, pero con claridad, el Diosecito que quiso ver en él el amor de Fernando González, su probable pariente.

- *Existe la conciencia del poeta desde los dieciséis años... La sensibilidad... El gusto por las sonoridades... Los presentimientos... y la experimentación...*

Chino pretencioso, me digo ahora, cuando me acuerdo de esa adolescencia llena de flores espinosas, de aromas de muchachas y hedores de antros de malandrines. En esa edad uno es muy inocente. Me parece que escribí *Tardécita tísica*, solo por probar un lápiz marca Mirado que acababa de comprar. La verdad es que no puedo entenderme en esos textos, como le dije. Y si los publiqué fue porque Gonzalo los hizo publicar en el periódico... a veces, y Amílcar les hacía copias para que no los fuera a extraviar. Y Fernando González los elogiaba a espaldas mías con mis amigos y Manuel Mejía Vallejo, que acababa de quedarse con mi primera novia real, y Óscar Hernández, el poeta antioqueño que acaba de cumplir noventa años, se ofrecieron para hacer un libro con ellos en una pequeña colección que dirigían. Y que se llamaba Papel So-

brante porque editaban los libros con el papel que sobraba en la imprenta departamental y en los pequeños talleres de sus amigos. Todo muy tierno y precario.

Ah, y sobre título, en eso estoy de acuerdo. Era la invención, el primer encuentro... Otra cosa es que las uvas a veces resultaron amargas, a veces verdes y a veces agrias y otras veces sosas... Para qué decimos mentiras...

- *¿Qué quiere decir con el título del último libro, Cuando nada concuerda?*

*Cuando nada concuerda*, quiere significar tal vez que a veces, como cuando apareció el Nadaísmo, la palabra nada es lo único concorde con la vida... Y con la sociedad plagada de inconsistencias y de ídolos a la que despertamos. Llena de dioses falsos...

- *¿Qué relación hay entre escritura y religiosidad?*

Digo en mi libro *Cuando nada concuerda*... Que hay algo religioso en la escritura, por ejemplo en Flaubert, que hace que uno sea consciente, cuando la toma en serio, de que hay una perfectibilidad siempre un paso más allá... Que cada frase podría ser más luminosa, más clara, más rotunda... Más revelación de lo real. Si uno se compara con Shakespeare o con Homero siempre sale muy mal parado... He dicho otras veces que ante la imposibilidad de alcanzar una cima así de alta, una expresión así de excelsa y definitiva... Uno debe consolarse pensando que mantiene vivo el oficio. A propósito creo que recuerdo en *Prosa incompleta* a Lully, un poeta ripioso, un manierista, un conceptista, a quien Shakespeare quiso imitar a veces... Y cuando trataba de imitarle los enredos, le brotaba oro de la boca. Yo escribo con esta bendita dedicación... Con la esperanza de aprender... De dominar el oficio hasta donde den mi inteligencia y mi formación...

- *En Cuando nada concuerda pasan como en una novela muchos personajes relevantes de la literatura y de la política... Además de los Nadaístas... ¿Por quién siente mayor afecto y por qué?*

No le sé decir... Entre los escritores... Nabokov, claro, y otros que menciono... Con Beckett y Bernhardt, a quien conocí mucho más tarde...

- *En su libro usted afirma que la ciencia es la superstición de la modernidad...*

La ciencia nada ha explicado... Tiene un montón de hipótesis... Y una de

ellas, es que la materia no se destruye. Luego... La materia es para siempre. Siempre, siempre, estuvo esta enorme piedra allí, y nunca podrá irse. Puede cambiar de forma, si usted quiere... Pero hasta donde van las hipótesis... Ni se crea, ni se destruye... Además, además... En el gran sueño, las galaxias, las metagalaxias y los sistemas de metagalaxias... Valen tanto como nada para nuestra condición ínfima... Y para nuestra actual capacidad de comprensión. Y uno tiene derecho a preguntarse por lo que significa en esta cosa tan grande que los sabios remotos de la India llamaron simplemente ESTO. A veces, por las noches, de madrugada, me levanto, y miro al cielo y me dan ganas de llamar a la policía para que venga a ver qué es ese escándalo. Y en fin... Discutir estas cosas me parece una inutilidad... Porque debemos comenzar a preguntarnos sobre la posibilidad del conocimiento o si el conocimiento es tan solo un acuerdo provisional sobre lo que llamamos realidad, esa palabra que dijo el ruso que deberíamos poner siempre entre comillas.

Los místicos antiguos como los físicos modernos... Llegaron a la misma conclusión... El mundo material no es sino el fantasma de otra cosa; estamos tejidos en un orbe de materias oscuras y tramas electromagnéticas... Que por ahora se nos escapan...

*- Termina Cuando nada concuerda, de forma visionaria, con el anuncio de la muerte de la escritura...*

En todo caso, la escritura, la gran escritura, se encuentra en un callejón oscuro... No sé si tenemos derecho a esperar que tenga salida... Y si sigo escribiendo, es porque me obstino, porque soy un obstinado... y porque no tengo más remedio que seguir haciéndolo...

*- Pocas veces habla usted del futuro... Aunque tiene varios proyectos vivos: ofrecer algunos talleres de poesía... Escribir un libro de cuentos...*

Los talleres de poesía los vengo soñando y planeando hace tiempos, sobre todo como una manera de arreglar mis asuntos económicos... De inventarme una manera de serme útil a mí mismo... Y quizás alegrarle un poco la vida a los demás, digamos. Lo demás, en el futuro, como me lo imagino, no será muy diferente de mi pasado y de mi presente. Escribir de día y acostarme por la noche, tarde siempre, a dormir para soñar que estoy escribiendo un texto que debería escribir y que olvido al despertar.

# Vigencia de Albert Camus

Eduardo Escobar

**E**l siglo xx, en medio de atrocidades y deslumbramientos, hallazgos felices y grandes desgracias, manifestó las quintaesencias de una civilización en litigio perpetuo, de unas formas temporales y de unas maneras de entender el mundo, que no tenemos más remedio que padecer, aceptar, y querer, y a veces repudiar. Todas las palabras que el pasado había llenado de prestigio fueron releídas para su escenario. Las palabras patria, libertad, destino, individuo, fueron redefinidas y desmontadas de sus viejos sentidos y colocadas en otras perspectivas. Detrás de la muerte de Dios y de la destitución del alma que fue su otra osadía vió el fin de la pintura, el ruido vino a reemplazar la música antigua, rebajó la literatura a simple apéndice de la industria editorial y dudando de todo acabó contentándose con los libros de autoayuda, con Paolo Coelho, las iglesias de garaje y los rituales de las velas de colores y el conjuro chamánico, en una regresión inesperada.



La primera mitad asistió a dos confrontaciones colosales entre imperios dirigidos por degenerados, a un holocausto llevado a cabo en nombre de los derechos de las aristocracias y de los derechos de la plebe, del mito nazi de la raza y del mito de la lucha de clases. Dos concepciones opuestas del mundo muy semejantes en sus métodos y en sus terribles consecuencias se enfrentaron a muerte y los hombres fueron reducidos a la esclavitud de la economía o el inconsciente. El siglo xx acabó sospechando de la misma Razón que en un mundo más crédulo

había diferenciado a los seres humanos de las otras familias de monos, después de descubrir que arraigaba en el subsuelo del cerebro arcaico de los reptiles y que su historia es un reflejo podrido de ensueños y representaciones imperfectas, una crónica oscura de supersticiones y canibalismos.

Occidente juntó los lloros de los profetas semitas, los lamentos de un pueblo aporreado por un Dios celoso y la turba de los Dioses paganos, los claros como Apolo y los sombríos como Mitra; las intuiciones metafísicas del oriente remoto y las enseñanzas de Sócrates, y a su vocación de síntesis añadió un cierto sentido de la tolerancia que le permitió la apropiación del pasado en una amalgama prodigiosa donde convivieron el espíritu fáustico que mientras más profundiza en su tarea expansiva más vacío se encuentra, los empeños del monje que pretende hacerse nada para abarcarlo todo y redimir la Creación en el aislamiento y en el pensamiento incesante de la muerte, segregándose, el cinismo radical del vividor, el talante sanchopancezco del ejecutivo moderno, y un inmenso poder para el análisis y la destrucción.

En el combate intestino entre tantas soberbias, dividido entre la inconformidad del malestar de la cultura y la autocomplacencia del orgullo, el siglo xx se esforzó por establecer un orden amoroso y resultó legitimando la crueldad y el crimen justiciero y al fin se quedó sin Evangelio en un laberinto de artilugios tecnológicos, sin rumbo en la telaraña de las autopistas y las vías magnéticas de los trenes rápidos, y halló una rara forma de la soledad en el tumulto de las ciudades, en estos amontonamientos ofuscados por los reclamos de los publicistas.

La fe en el Dios único y el repudio de Dios suscitaron una discusión fabulosa que desembocó en un gran debate sobre la dignidad humana y los derechos de los ciudadanos y sobre el destino de la especie y sembró en la conciencia sin advertir la contradicción las creencias antagónicas de que nacimos para la felicidad y con el deber de perfeccionar una creación defectuosa y de ser simples entes históricos, intrascendentes y dudosos. Porque al fin, la misma realidad fue puesta en entredicho y la fantasía tranquilizadora del Yo acabó confundida con el sentimiento turbador de la insignificancia y de una falsa coherencia. La duda fue la manía del siglo xx, la compulsiva revisión de todo, y su mayor logro la sospecha avalada por la experiencia de que la Razón, la Razón Ilustrada, con mayúsculas, puede engendrar pavores inesperados y desórdenes mortíferos.

En ese paisaje brotaron los conceptos de la angustia derivada de la filosofía de Kierkegaard, del absurdo enraizado en la literatura de Kafka y la derrelicción del existencialismo sartreano. Dos carnicerías formidables convirtie-

ron la Tierra en un cementerio grotesco y a los seres humanos en unas bestias increíbles por su capacidad para la crueldad y para el sufrimiento. Los teatros, las universidades y las catedrales que habían justificado la inteligencia fueron demolidos a fondo con la ayuda de la técnica, la química, la mecánica, la aerodinámica y el poder de las mentiras mediáticas justificadas en filosofías indomables y vanas. Ahora el cielo calla y las erosiones de la biosfera amenazan la permanencia de la especie humana como si la tarea positiva y los trabajos de la esperanza se hubieran vuelto contra nosotros. Y como si los esfuerzos de los hombres de buena voluntad hubieran sido incapaces de hacer del mundo un hogar feliz. La libertad ahora es a lo sumo una hipótesis necesaria contra el desánimo. Cada elección conduce a una nueva mutilación, cada descubrimiento abre un nuevo enigma.

En Francia las grandes polémicas del siglo alcanzaron una virulencia incomparable. Los humanismos de los filósofos alemanes y rusos como el hegeliano Kojève, los anarquistas herederos de Bakunin y el pensamiento cristiano y el pietismo, la actividad propagandística de los intelectuales de izquierda y la caridad de los curas obreros pugnaron por realizarse y a veces incluso intentaron conciliar sus antagonismos en la patria de Descartes, Montaigne y Pascal. Alrededor de unas revistas legendarias un grupo de talentos laboriosos y admirables alimentaron las discusiones, angustiados por entenderse entre sí y por comprender un mundo problemático. La lista de los exploradores es larga. Koestler, Aaron, Pawells, Garaudy, Merleau Ponty. Pero entre todos, sobresalieron Jean Paul Sartre, un pequeño burgués parisino, y el argelino Albert Camus.

El mundo se habituó a ver a Jean Paul Sartre, nacido en 1905, y muerto en 1980, encabezando las manifestaciones de la izquierda, escribiendo cartas de indignado, comprometiéndose, controvirtiéndolo todo con un rigor rayano en la neurosis, según la afirmación incomplaciente de su amante eterna, Simone de Beauvoir. En él, un filósofo llegó a hacerse tan popular como un boxeador o un actor.

Aunque no fuera por el exhaustivo, impenetrable trabajo sobre *El ser y la nada*, ni por su infatigable contribución a la cultura como cuentista, novelista, hombre de teatro y crítico literario, actividad que lo llevó a establecer paralelos espinosos y hasta de apariencia abusiva entre personajes irreconciliables como Jean Genet, San Genet para él, y Santa Teresa, sino por su figuración permanente en las luchas callejeras de la posguerra, hasta su muerte encarnando al escritor comprometido con obstinación admirable, Sartre fue un gran hombre y en cierto modo también una estrella entre las estrellas de la farándula. Y él disfrutó en el papel olímpico del testigo cicatero de las últimas guerras

coloniales y de las turbulencias que infectaron la sociedad occidental desde las estepas rusas. Fue enterrado como un héroe y conducido al cementerio por una multitud de admiradores. Aunque había imaginado para sí, según dijo, un funeral sencillo acompañado por unos pocos amigos y por los jóvenes maoístas. Uno de los asistentes al multitudinario sepelio, dijo que éste había sido la última manifestación de mayo del 68. Con una expresión afortunada.

Mucho más tarde, cuando Francia celebró el centenario de su nacimiento, ya transfigurado en uno de los nombres mayores en la larga lista de sus escritores inolvidables, las bibliotecas reeditaron su iconografía y se volvieron a recordar los años más fructíferos de su vida. Fructíferos, se dijo, aunque el calificativo suene hueco, o en todo caso, inexacto, aplicado a uno que encarnó el fracaso de las obsesiones de una época.

Hace años el teatro de Sartre se volvió farragoso. Y sus cuentos, sus novelas de tesis y sus ensayos de un radicalismo a veces bestial, hoy se disfrutaban a lo sumo como episodios pintorescos de la legendaria irreverencia francesa. Aunque en ocasiones su prosa lo convierte también en un gran poeta y sus trabajos críticos están llenos de emociones auténticas y de una belleza recóndita, ya es imposible aplaudir ni acatar sus ideas políticas, la reelaboración de las teorías del marxismo desde lo que él mismo llamó una filosofía de la negatividad, que lo condujo del anarquismo juvenil a la simpatía por el partido comunista en la madurez y después al maoísmo en la ancianidad. Sus sueños de un mundo sin jerarquías donde se revelaran la subjetividad y la transparencia del ser fueron aniquilados por la Realidad hace años. Sartre es un ejemplo querido y trágico de la frustración de una doctrina, del descabro del antiguo anhelo de transformar la sociedad humana con ideas y palabras y de la incapacidad del genio de la especie para cambiar la vida oponiéndose a la fuerza de las cosas. La fuerza de las cosas, nombró Simone de Beauvoir el penúltimo mamotreto de su autobiografía. Dedicada, más que a verse y juzgarse a sí misma, a presentarnos la evolución del pensamiento de Sartre. Por allí pasan, en efecto, como en una novela, las personalidades más relevantes del arte y la política girando alrededor de su amante, discutiendo con él, criticándolo, confrontándolo, expurgando los acontecimientos para entenderlos y aclararlos junto a Sartre o contra Sartre, adorable y genial. Comparando los hombres de su tiempo con los del pasado, Sartre había dicho: ahora somos más desgraciados, pero más simpáticos.

Las reseñas publicadas en los diarios para la celebración del centenario advirtieron que en la fotografía elegida como emblema del acontecimiento, una de las más famosas en la iconografía del escritor, los organizadores habían suprimido el cigarrillo. Torva señal de la recuperación del anarquista, del

rebelde eterno, del anciano contestatario, por la cultura oficial, como él hubiera dicho con amargura. La transformación del trasgresor en representante de la cultura francesa comenzó por eliminar el cigarrillo de su boca. Y con seguridad acabará por deshumanizarlo y olvidar y perdonar sus otros vicios queridos: el amor por las jóvenes, el gusto por el alcohol y las pastillas siquiátricas, y los experimentos de juventud con la mezcalina cuando escribió *La náusea*. Para redondear el fracaso Sartre tropezó con el malentendido de la gloria. Aunque es posible que mintiera cuando declaró que carecía de ilusiones sobre sí mismo y solo ambicionaba ser considerado como un parisino cualquiera. En el fondo amaba las apoteosis. Le gustaba el ruido que hacían en torno de su personalidad ambigua e intrigante. Una vez dijo que no estaba seguro del juicio de la posteridad pero que aspiraba a convertirse en un hombre transparente para el porvenir.

En lo físico le tocó un destino que reprodujo la parábola de su vida como intelectual. Siendo apenas un adolescente perdió un ojo y en aras de lo que consideró su deber, es decir, señalar con sus libros un futuro para la humanidad y reexaminar y criticar las certezas de su tiempo, sacrificó el otro. En el empeño por desentrañar los misterios de la dialéctica a punta de whisky y drogas contra el sueño, y cloral, al final era incapaz de escribir, apenas podía desplazarse y repetía con una modestia inesperada: se hizo lo que se pudo. Alguna vez recordó que cuando redactaba su *Crítica de la razón dialéctica* tomaba hasta veinte pastillas de anfetaminas por día, porque le proporcionaban rapidez de pensamiento y triplicaban su capacidad de trabajo.

Sartre fue el mejor acusador contra su siglo, un testigo implacable poseído por la necesidad de verlo todo, de escudriñar todo hasta el menor intersticio, desdeñando la ceguera del ojo estrábico vuelto al vacío del cielo. Como los pintores impresionistas representaron una poética de la miopía y Beethoven escribió sus cuartetos más conmovedores a pesar de la sordera, Sartre examinó las contradicciones de su tiempo desde su minusvalía. Su arrogancia le hizo creer que veía las cosas mejor que sus contemporáneos. Aunque ya a veces deja la impresión de alguien que se sentía reinando como el tuerto en el país de los ciegos. En su autobiografía, *Las palabras*, dejó un testimonio tranquilo de la infancia solitaria entre viejos, mimado por un abuelo, y describió las dificultades de su desarrollo mientras sublimaba el sentimiento de inferioridad, equilibrándolo con la autocomplacencia desmedida que cultivó hasta su muerte.

La obra de Sartre todavía ayuda en la búsqueda de certidumbres pero es ya una ayuda muy relativa. El mismo terminó sumido en una resignación sin remordimientos como se colige de las innumerables entrevistas que distrajerón

los días de la decadencia. Pero es preciso rescatar en su vida, pese a las frustraciones del pensador, el triunfo del amor. Con Simone de Beauvoir vivió un idilio extravagante y envidiable para quienes aún confiamos en las utopías del afecto. Ella, una Julieta más parecida a una monja dieciochesca que a una hembra moderna, y él más cerca del batracio que de Romeo, crearon una relación amorosa fundada en la confianza y la libertad desde el liceo hasta la muerte de Sartre, que les merece un lugar de honor en los altares de la monogamia. El último día en el anfiteatro ella pidió permiso para abrazar su cadáver desdeñando el riesgo de la gangrena que señalaron los internistas. En un gesto inesperado que parecía imposible en una mujer que se preciaba de carecer de ilusiones metafísicas y que desdeñaba las efusiones del romanticismo según le había enseñado su novio y mentor.

Junto a Sartre, visible e hiperactivo, es inevitable evocar la figura más reposada de Albert Camus, otro hombre esencial en la Francia del siglo xx. Camus, igual de apasionado aunque de figuración más discreta porque también fue más modesto en sus pretensiones como individuo y en sus ambiciones como artista, había nacido en 1913 y fue por diez años uno de los mejores amigos de Sartre, hasta cuando la amistad se resquebrajó en las urgencias de la acción política, en los avatares del compromiso con los desvalidos del mundo que los dos asumieron con pasión repitiendo las posturas de los moralistas franceses, católicos y revolucionarios, hasta convertirse en animadversión, cuando las discrepancias ideológicas sellaron el divorcio de los dos camaradas después de una polémica que el mundo siguió como un campeonato entre gladiadores. La postura de Sartre ante el GULAG estalinista, su actitud tolerante ante las lacras del comunismo justificada en el pragmatismo político y en el odio a la burguesía a la que perteneció, resultaron inaceptables para Camus. Y los ensayos de Camus sobre el hombre rebelde y sobre la violencia que acaba por traicionar los proyectos liberadores en totalitarismos metafísicos, provocaron la reacción de Sartre y su cuadrilla, para ponerlo en términos tau-rinos. Porque Sartre fue también un torero a su manera. De alto riesgo además a causa de los problemas oculares que le impidieron distinguir muchas veces la clase de bestias que enfrentaba y anticipar las intenciones de sus embestidas.

Cuando murió Camus, temprano, en plena producción, mi obra apenas comienza, había dicho, Sartre quedó solo en el tinglado de la filosofía francesa. La muerte de su entrañable contendor no le dejó más remedio que envejecer sin una oposición que lo acicateaba y honraba. Febril y drogado, siempre en las trincheras de la vanguardia del combate intelectual y político. Hasta el final de su vida en ruinas cuando todavía se le vio repartiendo los periódicos de los maoístas franceses. Pues cuando las miserias del marxismo en la URSS

se hicieron imposibles de aceptar para cualquier hombre decente, se unió a los grupúsculos de la extrema izquierda francesa prestándoles su prestigio. Y así lo acogió la muerte, en un deterioro deplorable, hecho un anciano prematuro, destruido por la estrechez congénita de las arterias que agravaron las drogas siquiátricas de las que se atiborró para mantenerse despierto y cumplir la tarea histórica que se impuso desde la juventud. Dueño de un altísimo concepto de sí mismo, al final debió decir sin embargo: me tratan como a un muerto que tiene el inconveniente de expresarse.

En *La ceremonia del adiós*, el último tomo de sus recuerdos oceánicos, Simone de Beauvoir ofrece una imagen mezquina de Sartre a pesar del inmenso amor que le profesó más parecido a la devoción. El hombre sin trascendencia, despojado de ilusiones religiosas aspiraba sin embargo a permanecer en el recuerdo de los hombres. A la Gloria, aunque jamás se atreviera a nombrar el monstruo con esa palabra superlativa, que bien sabía que designa una superstición ilustrada. Y lo consiguió. El exento de ilusiones sobre sí mismo acabó endiosado. Uno tiene derecho a preguntar si la modestia que a veces exhibía, no fue la pose de un hombre que también se pensaba como el más inteligente de Francia. Y que solía afirmar sin pudor que nunca había encontrado un hombre que pudiera comparársele.

Elevado a la altura del intelectual símbolo del siglo su vida resumió, en consonancia, el desgarramiento espiritual de un tiempo. El burgués alineado con los condenados de la tierra derivó de las angustias de la existencialista falta de sentido al compromiso con la Historia y con los hombres y acabó sumergido en la política como camarada de viaje del barco errático de los comunistas franceses primero y después como cómplice de los jóvenes de la extrema izquierda. No debió ser cómodo vivir bajo la conjunción de tantos soles opuestos como Sartre se empeñó en meter en la constelación de su vida.

El pensamiento de Camus, novelista, ensayista y dramaturgo, igual que Sartre, un hombre enfermizo nacido en la extrema pobreza en Argelia, hijo de una mujer impedida que no sabía leer y pensaba que la reina de Inglaterra es una mujer triste, y muerto en 1960, prevalece, mientras la obra del otro se apolilla, pierde brillo y poder y evidencia amargas inconsistencias con el paso del tiempo. No solo por su posición frente a los crímenes del comunismo, arriesgando los desdenes de la izquierda tan molestos para un intelectual moderno, y por su premonición de que la independencia de su patria argelina acabaría en un desastre, Camus triunfa hoy sobre el atareado Sartre que se dejó hechizar por los fuegos fatuos del marxismo y por la fe en una revolución que creyó ayudar a orientar con su actividad infatigable.

Al conocer la noticia de que Camus había sido agraciado con el Premio Nobel, en 1957, Sartre dijo con ironía: lo merece. Camus solo afirmó, con modestia, que Malraux hubiera sido más digno de recibirlo. Cuando Sartre, orgulloso y altivo, con la autoestima hipertrofiada, fue señalado con la distinción en 1964, la rechazó argumentando que los lazos de un hombre con la cultura deben desarrollarse sin la intermediación de las instituciones. En el fondo la renuncia debió obedecer a su afición por los grandes gestos y al altísimo concepto que albergaba de sí mismo. Había dicho que todos los honores eran inferiores a él y que eran ofrecidos a otro, pero diez años más tarde escribió una carta al secretario de la academia sueca preguntando si era posible reclamar el dinero de todos modos. A pesar de su grandeza, de la vivacidad de su prosa y del vigor de su pensamiento, hay algo insincero en Sartre. Que además, pensaba que en el juego con un mundo artero es lícito para un hombre mantener alguna carta oculta.

A cincuenta años de su muerte en un accidente automovilístico las novelas de Camus, *El Extranjero* y *La caída*, aún se leen con gusto y sus obras teatrales, *Calígula*, *El malentendido*, *La peste*, se siguen representando. Mientras la literatura de Sartre, cargada de ideología e ilustrativa de los problemas filosóficos que se planteaba ahora resulta impotable, con la excepción de *La náusea*, escrita en los comienzos de su notoriedad, cuando empezó a agitar las ideas del existencialismo ateo y a pontificar en los cafés de turistas de París. Sus textos políticos escritos desde las categorías de un marxismo ya superado a lo sumo resisten una consideración como manifestaciones del folclor parisino, como antropología, como episodios pintorescos en la crónica abstrusa de una época conflictiva. La voz de Camus, en cambio, su crítica de la acción y de la revolución y su repudio del terrorismo, son más actuales y urgentes ahora que en los años de la disputa con Sartre. En especial en Latinoamérica donde muchos intelectuales aún se hacen los sordos o los que no quieren oír y persisten en las perniciosas adicciones al redentorismo revolucionario y en el culto de la muerte, Camus es un escritor a cuyas meditaciones es útil volver.

La disputa Camus-Sartre fue también el enfrentamiento de la academia, (Sartre disfrutó recalando la falta de preparación filosófica de Camus), con los hombres comunes que padecen los espejismos de la historia, representados por el argelino. La chismografía de los amigos comunes acudió a veces a los celos para explicar su separación más que a las divergencias filosóficas y políticas. Otros la atribuyeron a la molestia de Sartre por la negativa de Camus a dejarse contar entre los acólitos del existencialismo aunque coincidiera con sus preocupaciones. O apelaron para explicarla, a un supuesto desdén de Camus ante el asedio de la voraz amante de Sartre o a la envidia que éste sentía por los éxitos del otro con las mujeres bellas. Simone de Beauvoir en una

de las conversaciones que completan *La ceremonia del adiós* insinúa un problema de faldas. No importa. Camus y Sartre habían notado que los grandes compromisos a veces encubren motivaciones mezquinas. Y el mismo Sartre escribió un drama con el tema del hombre enviado por el partido a realizar un sucio trabajo político y que lleno de escrúpulos morales duda en llevar a cabo el crimen acaba por cumplir la tarea empujado por una situación sentimental. De cualquier modo, Sartre y Camus permanecerán unidos más allá de la filosofía y la política por las preocupaciones estilísticas que compartieron, por el estilo, esa cosa tan rara, según Sartre, dignos representantes de la Francia de Flaubert.

En un libro titulado *Pensadores temerarios, los intelectuales en la política*, Mark Lilla describe las tragedias físicas y morales de algunos de los pensadores más significativos del siglo xx. A partir de las experiencias de Heidegger, Hanna Arendt, Jaspers, el legendario Kojève que ejerció una influencia tan decisiva en los intelectuales de la generación de Sartre con sus conferencias sobre Hegel, y a partir de Benjamin, Schmidt, Derrida y Foucault, Lilla reseña las miserias que a veces deben padecer los hombres excepcionales por su inteligencia o su cultura. Le faltó Sartre aunque merecía un lugar en el Olimpo melancólico. Porque había dicho que los anticomunistas son unos perros, que el marxismo es el horizonte insuperable de la libertad y la moral y que la Renault es el fascismo. Y por el desenlace ruinoso de su vida, como la narra Simone de Beauvoir en *La ceremonia del adiós*, incontinentemente, defecándose en los calzones, casi ciego, seduciendo a sus alumnas obnubiladas por su gloria o atraídas por su fama de botarate.

Lo que aterra más en Sartre, santo laico del ateísmo moderno, (aposté, dijo, por los hombres, no por Dios), contra la admiración que despierta, es el desprecio que expresó a veces por esos mismos hombres y por su propia tarea de pensador, incomprensible en el capitán de lo que el siglo xx llamó, forzando las cosas y los hechos hasta el absurdo, el humanismo de izquierda. En un ensayo afirmó que el mundo pasaría bien sin literatura y mejor sin los seres humanos. Camus también acudió, en *La caída*, por ejemplo, al desdén para definir a sus contemporáneos como unos que copulaban y leían periódicos, pero jamás habría suscrito la sentencia de Sartre. No renunció a la certeza de que son los hombres con sus sueños, su sentido de la amistad, su gusto por el sol y su apego a la vida los que dan sentido a las cosas.

Sartre usó muchas veces su fama en la batalla por la liberación de algunos intelectuales rusos presos en las cárceles del estalinismo, utilizó su fama siempre que fue necesario para proteger a los exiliados del infierno bolchevique llegados a Francia aunque con eso irritara a sus admiradores en el seno del

PC francés, y podía ser de una rara magnanimidad con sus amigos y con sus alumnos necesitados de la universidad a quienes a veces socorría incluso con su dinero. Pero encubría la compasión con las desmesuras del fundamentalismo político y del realismo radical. En el fondo encarnó a su manera hosca, y a su pesar, quién sabe, bajo la apariencia del dragón, los valores y las virtudes de la cristiandad que criticaba: la solidaridad, la entereza intelectual y el desdén por el respeto humano.

Camus, en el discurso que pronunció en la ceremonia de recepción del Premio Nobel, declaró que los escritores no pueden ponerse al servicio de los que hacen la historia sino al servicio de quienes la sufren. Y que no pueden darse el lujo de mentir sobre lo que se sabe. Con una alusión velada a Sartre, quien sabe, que por fidelidad revolucionaria fue capaz de aceptar que existen crímenes buenos y crímenes malos y que establecía diferencias demasiado tajantes entre la tiranía burguesa y la tiranía del proletariado. Sobre Sartre vale repetir las palabras de Heidegger: quien piensa a lo grande, se equivoca en grande. O lo que el mismo Sartre dijo de sí mismo. Se hizo lo que había que hacer.

Para Camus era incomprendible que quien mata una vez deba pagar con su vida mientras que se ve honrado el que mata mil. Camus se apartó de los comunistas para no hacerse cómplice de sus violencias. En el modesto papel que asumió como escritor prefirió ser creador a convertirse en juez y se identificó como un luchador contra el instinto de muerte, en recuerdo, dijo, de sus breves y libres momentos de felicidad y en la esperanza de volverlos a vivir.

Sartre tuvo mucho de estrella en el mundo confuso de las últimas guerras coloniales, el de la gloria de De Gaulle y el debilitamiento de su poder y su caída que él contribuyó a precipitar, el de la guerra de independencia de Argelia, el del ascenso de los fascismos de izquierda, el del experimento cubano al cual dedicó un libro, Huracán sobre el azúcar, y el del apogeo de las guerrillas latinoamericanas y las agitaciones estudiantiles que hicieron de nuestra juventud una justa de quijotes variopintos contra molinos de viento multiformes y multicolores. El debate aún no termina, aunque evidencia una cierta fatiga y hasta parece inútil en un tiempo ímpio como éste cuya única racionalidad radica en la codicia y en la avariciosa acumulación propia del carácter anal, inmune a toda nobleza y que en consecuencia ha convertido el planeta en un gran estercolero, en un basurero insondable que amenaza sepultarnos.

Aunque se corra el riesgo de convertir la literatura, incluida la rama intrincada de los filósofos en un juego equívoco de jerarquías, es imposible mencionar a Sartre sin recordar el nombre de Albert Camus, el otro pensador ineludi-

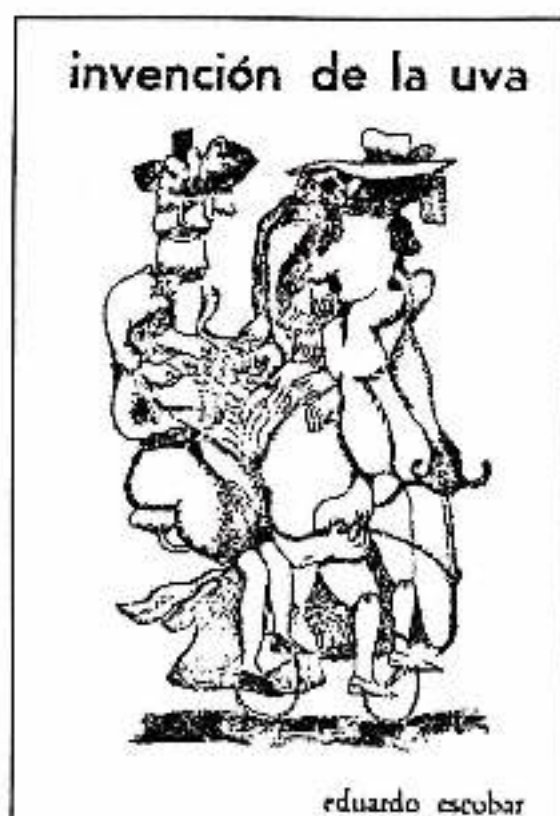
ble en la crónica de la segunda posguerra europea. Éste fue un intérprete de su tiempo tan agudo como Sartre e igual de apasionado aunque sin duda más razonable. Los dos forman en el drama del pensamiento de su siglo una bella pareja de amigos divorciados, nadie sabe con certeza si por asuntos de mujeres o por el modo de asumirse en la gran diatriba del siglo xx, amenazado por las bombas de dos imperios inclementes que se pelaban los dientes sobre nuestras cabezas, por el terror de Bakunin y por la ferocidad gansteril de los herederos de Lenin y los otros hijos bastardos de Hegel, en medio de los últimos estertores de las virtudes de la burguesía mercantilista en franco desprestigio después del sainete de la muerte de Dios y del deterioro de las antiguas nociones de la eternidad, la libertad, la decencia y el alma. Sartre y Camus fueron amigos entrañables hasta cuando las circunstancias y el talante de cada uno, o el destino como les hubiera gustado decir a los dos, resquebrajaron la amistad. Sus enfoques de la esperanza acabaron enfrentándolos. O esta fue en apariencia su discrepancia principal, el meollo de la discusión que mantuvieron y que el mundo siguió como un encuentro de púgiles esos días cuando los pensadores se disputaban el interés de la opinión con los deportistas y los ídolos del espectáculo.

Con la muerte de Camus, Sartre quedó solo en la palestra como crítico de su época. Y mientras aquel pasó a ocupar un lugar discreto en el panteón de la literatura y el pensamiento occidental, Sartre siguió en el foco, en el centro o en la extrema de los acontecimientos. Y cuando la revelación de los terrores de la tiranía estalinista que Camus acusó anticipándose a la evidencia de los hechos y la conciencia de Occidente no pudo negar más la catástrofe humanitaria que representó el comunismo soviético, continuó en las trincheras de la vanguardia intelectual hecho un anciano venerable aunque también patético, prestando su concurso a la izquierda europea que lo aceptaba como a un adepto incómodo, lleno de molestas singularidades, pero de cuya gloria era imposible prescindir por las razones del pragmatismo, pues su amistad ofrecía una cierta invulnerabilidad.

El burgués parisino, el hombre sin ilusiones despojado de los regalos ilusorios de la religión, consiguió convertirse en el intelectual del siglo aunque su obra hoy se revela inconsistente confrontada con las nuevas realidades. Su afirmación de que existe un terror revolucionario legítimo y un terror burgués execrable hoy resulta inaceptable. Camus, surgido de una familia muy distinta a la de Sartre, argelina y pobre, crecido al aire libre, amante del fútbol, más cerca de la vida que de los dogmas, del sentimiento que de las fantasías de la academia y de Montaigne que de Voltaire, queda con la razón de su lado. Como esperaba, el terror revolucionario acabó por pervertir la verdad y por infectar el propósito liberador. Había escrito que quien tortura acepta una

sombra en su victoria y como no puede sentirse inocente debe cargar su culpabilidad sobre sus víctimas. Y por eso mantiene una vigencia inesperada que Sartre perdió. A Camus le sobraba lo que le faltó al otro o lo que el otro reprimía: la ternura. Y eso lo hace superior en esta época desalmada y viciosa.

George Steiner en una entrevista con François L'Ybonet titulada, *La barbarie dulce*, constata con tristeza cómo desde los años de la posguerra donde se destacaron activos y gloriosos Sartre y su mujer, y Camus, hasta hoy, con los Bourdieu y los Baudrillard, cuando Francia aún desempeña un papel importante en el pensamiento especulativo y los gurúes franceses, Barthes, Foucault y Derrida, siguen dominando en los campus norteamericanos, si uno se sienta en la mesa que ocupaban Sartre y sus amigos en el Café de Flore o en Aux Deux-Magots ya solo ve tiendas de calzado y de ropa: un paisaje desolado y trivial. Steiner no niega la nostalgia que siente de unos días cuando la puesta en escena era todavía apasionadamente intelectual, desde estos otros cada vez más decepcionados, y estragados, con el gusto corrompido, hechos de puro ruido e inconsciencia.



Dibujo: Álvaro Barrios

# Un libro, un músico y un nadaísta

Carlos-Enrique Ruiz

**L**a obra literaria creativa de Eduardo Escobar es abundante y de calidad. Nació como poeta y se erigió como ensayista, sin mayor problema. Lector abrumador desde la infancia. Combina los géneros, desconociéndolos y recreándolos. Cuando escribe es poética su forma en el decir más solvente. Sus artículos de prensa son breves y bellos ensayos. Más de veinte libros testimonian su perseverante labor, desde su "Invención de la uva" (1966), sintonizada con la irreverencia del Nadaísmo del que fue miliciano y actor. Premio Simón Bolívar por sus columnas de prensa. Publica ensayos fundamentales en la "Revista Universidad de Antioquia" y en otros medios calificados. Seminarista fugitivo y discípulo de Fernando González, el filósofo de Envigado, a quien presta atención en su pensamiento disidente. Y el cercano de Gonzalo Arango, el profeta mayor.



El Nadaísmo, visto hoy, aportó elementos fundamentales a la cultura colombiana: escrituras abiertas al lenguaje cotidiano y el derecho ejercido a las diferencias. Escobar tiene carga abundante de información elaborada en su inquieto e inquisitivo magín. Mueve ideas, imágenes y elabora interpretaciones, en un estilo de gran riqueza idiomática, con ritmo como el que se siente en su poesía. Pieza mayor es "Homenaje a un anticuario muerto", extenso poema en memoria de su padre. Y también su ensayo "Habla, memoria", sobre Vladimir Nabokov.

Alguna vez se le ocurrió indagar, con el apoyo del Instituto de la Cultura de Cundinamarca, sobre músico chapín, “cojitranco de misas y pasodobles”, singular en la historia bogotana del siglo XIX, con la intuición de ser un personaje de novela, además con el eco influyente de su abuelo paterno, músico-cantor de iglesia. Fue quizá pionero en advertir el valor histórico de Julio Quevedo Arvelo (1829-1897), a quien califica de “hombre inteligente y culto, de noble cabeza”, y de su padre el músico venezolano Nicolás Quevedo Rachadell, traído por Bolívar a Colombia, admirado en su proximidad. De su pesquisa produjo el libro “Fuga canónica”(Ed. Universidad EAFIT, Medellín 2002).

Tropieza con informaciones y documentos que explora en sus intimidades para además advertir el panorama capitalino en el siglo XIX. A veces da la impresión de estar construyendo una novela, incluso con repetida invocación de esta forma en el texto al amparo de su filosofía: “la vida no es más que un ir armando cabos”. Y en el conjunto tiene paréntesis de asombrosos relatos, de la más refinada literatura, en el tono singular de Eduardo, como ocurre al desarrollar recuerdos e interpretaciones sobre el “jipismo” y los Beatles. Incorpora 54 páginas de partituras, composiciones de Quevedo Arvelo. En el desarrollo del libro asocia filósofos-músicos como Nietzsche; poetas como Silva, Pombo; músicos como Satie, Debussy, Poulenc, Ravel; escritores de testimonio como Tomás Rueda Vargas, José María Samper, Cordovez Moure; a los filólogos Rufino José Cuervo y Ezequiel Uricoechea...

Su condición de irreverencia en el origen le da valor para el desarrollo de este trabajo significativo. Tiende una mirada crítica a Colombia, y recoge pasajes donde se desprecian valores, o se inmoralizan acontecimientos fastuosos del arte, y acude con frecuencia a obras, autores o acontecimientos de otros lugares y épocas, para acotar la propia manera de ver el mundo. Alcanza la comprensión del personaje que estudia, hasta reconocerle a Quevedo Arvelo el “genio de pedagogo y la lucidez del visionario”.

Identifica que el “chapín” Quevedo fue perseguido, como lo fueron José María Ponce de León, Honorio Alarcón, Enrique Price, pero no dejaba de tener personalidad conflictiva desde la infancia, con momentos irascibles y de aislamiento, paranoico. Se formó en la ejecución del violín, violonchelo, flauta y piano, con buenas bases en la filosofía y acertado profesor de música, autor de tratado de armonía. Viajó por Venezuela, en medio de despechos amorosos, y merodea por lugares, para retornar a Bogotá, en medio de sufrimientos de pena. Envejece precoz. Los niños lo temen y lo insultan. Su humor es negro, y la tristeza lo abate. Muere en Zi-

paquirá de 69 años, siendo sus últimas palabras, al escuchar voces lejanas: "¿Me dicen que ya? ¿No oyen?"

Piensa el autor que Silva debió haberse visto muchas veces en Bogotá con su vecino El Cojo, auncuando expresa la hipótesis de Silva haberlo despreciado, por "pobre, asceta y desabrido". Resalta la tarea cumplida por Morales Pino, su alumno, y de quienes le siguieron: Ricardo Acevedo Bernal, Fulgencio García, Emilio Murillo, Carlos "el ciego" Escamilla y Luis A. Calvo, en la línea de formación por los Quevedo, padre e hijo.

Al final el libro contiene diversas descripciones que involucran a José Asunción Silva, a Carrasquilla, al Bolívar melómano, con pasión por la música popular y por el baile. Y acude a la conmemoración del centenario de nacimiento de Julio Quevedo Arvelo, en 1929, al seguir los registros que hizo el periódico "Mundo al Día". Y recapitula aspectos de los quebrantos del personaje y de los tiempos transcurridos. El libro tiene valioso apéndice con el catálogo de las 52 creaciones musicales reconocidas de Julio Quevedo Arvelo, en las modalidades de orquesta, piano, música vocal y banda.

El libro de Eduardo Escobar no deja de ser extraño por su no estructura, especie de 'collage', por retorno a temas de su obsesión, con la palabra "novela" reiterada como intención de obra futura. Pero es un aporte por las fuentes primarias a las que accede, por la manera zigzagueante de la narración y por las puertas que abrió para la valoración de personajes singulares en la música capitalina de ese convulso siglo XIX.

[*"La Patria"*, domingo 10.VI.2012]

Fera CER, para  
Livia, estas últimas  
tentativas. Un abrazo

S. A.

Manizdes, sept. 15. 13.

# La realidad encantada

Eduardo Escobar

Fue en las playas de una quebrada envigadeña que bajaba hace años dando tumbos alegres desde el Oriente hacia el río oscuro de abajo. Yo iba allá todos los días a hacer mis abluciones matinales. Tenía veinte años flacos, y el mundo todavía estaba lleno de asombros para mí. Era vegetariano, me ejercitaba en el yoga con la ilusión de que llevando la cuenta de mis inspiraciones y con baños de ruda me curaría de mí mismo, y saltaba como una cabra. Me gustaba remontar su cauce, escalar las grandes piedras redondas y grises, que cuando volví para visitarlas en agradecimiento estaban vestidas con unos enormes tubos de concreto. Yo escudriñaba los laberintos enramados de la pequeña hoya; me embelesaban los despliegues de los destellos del agua en su trashumancia, los retazos de luz ahogados en las arenas del fondo imperturbable. Y las sombras de las hojas de los helechos me hacían reverencias, y perfumaban flores anónimas de anchos cálices descoloridos por falta de sol. Lagartijas nerviosas con pálidos recuerdos prehistóricos palpitan en el musgo de las barrancas, bordado según los ritmos de los encajes de Brujas. Las libélulas rojas como heridas limpias entraban y salían de las cúpulas del techo vegetal. Y de cuando en cuando pasaban dos mariposas blancas coqueteándose.



Y un día, mientras me hallaba enfrascado en la contemplación de unas burbujas en un ojo de agua que guiñaba sobre unos guijarros, el agua se enriqueció de repente con un lujo

inédito y las ondas dejaron de ser meras ondas para transfigurarse en series de velos superpuestos que ocultaban un escenario a punto de ponerse en movimiento. Transparencias de rosas vivos, verdes luminosos, chispeantes violetas, amarillos de limón maduro. Y los gorgoritos habituales de los remolinos y el retumbo de la cascada y la coral del remanso a mis espaldas, a los cuales me había acostumbrado, se resolvieron en una claridad rara y en un orden festivo, al fondo del cual sonaba una suite increíble que mezclaba los tambores del rock de moda con la polifonía bachiana y con dulzuras de violines de Vivaldi. Todo se animó a mi alrededor con una vida estrambótica, de una energía arrolladora. Pero la gracia no vino así de improviso. Fue un proceso lento al final del cual se rompieron los límites de la realidad. Primero una gota encabritada voló diseminando fulgores de arcoíris y me besó la mejilla. Después otra me tocó un hombro y después el otro otra, y otra al cabo de una pausa me bautizó la coronilla. Y luego, sí, la masa de la corriente multicolor comenzó a levantarse ante mis ojos perplejos en una figura peregrina y ambigua surgida del envés de las cosas, introducida en este mundo desde otro perverso y puro. Y cantaba una canción callada, irresistible y voluptuosa. Aunque más allá de la voluptuosidad había algo inclemente, peligroso y amenazante en la aparición de la misteriosa contralto.

Al principio había aceptado la maravilla y había dejado que el milagro corriera. Pero después algo en mí se puso en guardia y el prodigio y la deliciosa anormalidad me alarmaron. Sentí que tanta sublime belleza en la visión y en la melodía que cantaba descomponía mi viejo ser arrancándolo de su eje hacia otras promesas que implicaban una renuncia, un sacrificio de mi individualidad. De modo que pudo más la cobardía que la curiosidad. Y huí de la intriga a mi casa con sentimientos encontrados de miedo de perturbar la perfección de la entidad con mi miseria, y de escrúpulo de profanar su canto, y con la conciencia confusa de que estaba impreparado para confrontar la manifestación de un mundo que me era ajeno y donde no tenía derecho a penetrar.

El lector puede creerme o no. Yo sé que no faltó a la verdad. Tampoco era la primera vez que se me revelaba el alma del mundo. Ni fue la última. Al llegar a la casa mi mujer debió advertir el estupor porque me preguntó, abriendo los ojos amarillos, qué me había pasado. Y yo callé temiendo que me pidiera el divorcio si le contaba lo que había visto y oído, o me reservara un cupo en el frenocomio.

El murmullo del agua me siguió muchos días, aunque la quebrada quedaba lejos de la casa donde vivíamos en una felicidad modesta mi joven mujer, mi primer hijo y Lorenza, una lora amarilla, azul y procaz. Los murmullos de la corriente invadían mi cotidianidad, invencibles, mientras me alimentaba,

mientras leía un libro o una carta —las benditas cartas todavía se usaban—, y por más que trataba de sacarme de encima la melodía acuática, el recuerdo de la impresión no me abandonaba. Tuve razones para preguntarme si no había caído bajo la influencia de un encantamiento. Pero al fin dejé de pensar en eso. Supongo que los Dioses también se cansan de invocarnos como nosotros nos cansamos de invocarlos a ellos muchas veces.

Una vez le conté a un amigo, que en paz descansa de cuentos y enigmas, la historia. Y Darío Acevedo, un mulato amarillento, era orfebre y se le había contagiado el color del oro, sonrió. Y fue a la librería. Y me trajo un libro de regalo. Se llamaba *Los Dioses atómicos*. Editado por la Editorial Kier de Argentina, una casa especializada en brujerías, magnetismos y biografías de santos heterodoxos, estaba firmado por un tal M, con una M seguida de los tres puntos masónicos. Y testimoniaba la realidad de estas epifanías que algunos llaman ilusiones o delirios para poder continuar con los delirios de sus negocios. Y yo agradecí el regalo. Entonces yo no estaba loco. O en todo caso no estaba solo en mi locura.

Coda. Muchos años después supe que *Los Dioses atómicos* era el libro que leía Juan Roa Sierra cuando concibió la idea tortuosa de matar a Gaitán, un viernes, a la una de la tarde, en la Avenida Jiménez, en Bogotá. Quiero decir, si Roa Sierra fue de veras el asesino del caudillo bogotano. Y no otro mártir del vasto, intrincado arcano de traiciones de la política colombiana, es decir, un santo pelele.



# Eduardo Escobar

Gonzalo Arango

**L**os Nadaístas somos a veces tipos muy de malas para el amor. Yo no me quejo, pero lo digo por Eduardo Escobar, un Nadaísta encartado con una de las almas más poéticas de mi generación.

Él estaba hasta hace poco perdidamente enamorado de Amparo, una belleza pereirana que lo traía loco, como es lógico cuando los poetas se enamoran. Al pobre Eduardo le escribí una breve y cariñosa biografía para presentarle en sociedad unos poemas, y por los elogios merecidos que le hice hubo en la familia de su chica una especie de conmoción, que culminó con la decisión salomónica de enviarla a estudiar "arte y decorado" a la lejana y celestial ciudad de Los Ángeles, California, Estados Unidos, tan lejos de Eduardo que es imposible coger el bus de la esquina para invitarla a matinée.



Quiero decir que, por culpa de la poesía, Eduardo se quedó sin novia. Lo que de él dije no era tan espantoso. Al contrario, era algo de lo que ha sido su tierna y terrible aventura en este mundo, huyendo de la muerte a una velocidad de planeta, empavorecido. En su escapada no economizó ni el vértigo, ni la locura, ni la alucinación heroica. Quería llegar a *ser* a tiempo, antes de volverse eterno, y por eso se abismó en la nada para gozar esta fiesta maravillosa que es la vida.

Eduardo ha sido también un poeta muy de malas con su

poesía. Alguna vez su antioqueño padre, burócrata jubilado de un banco, le capturó un manojito de versos clandestinos bajo el colchón, y aterrado por el escándalo de que su hijo resultara poeta, le empacó una maleta con objetos religiosos y fúnebres, novenas, escapularios, reliquias, y lo condujo como a un perro al Reformatorio del Divino Salvador, en la parroquia de Medellín.

Sólo tenía catorce fúnebres años, pero la terapéutica para alejarlo del mal camino de la poesía, fracasó. Este vicio solitario y secreto de ser poeta se había metido en sus huesos, ineludible como el destino. Bajo su piel, la poesía se había vuelto alma roja, su sangre, una esencia: la dignidad de su esqueleto de hombre.

Su padre lo había predestinado, o sea, condenado, a una silla de gerente en la sucursal de un banco, desde una remota noche en que excitado de números, engendró a Eduardo con una lógica de máquina de sumar. Cuando Eduardo poco a poco se volvió hombre y la vida “lo castigó” con la poesía, su padre creyó que ya era hora de cobrarle los intereses de aquellos besos, y como era inocente, es decir, poeta, lo mandó encarcelar por estafa. Pues Eduardo, comercialmente, le resultó al papá un gerente chimbo, mejor dicho, “un loco”.

Una noche en su celda después de un amargo cautiverio de dos años donde estaba expiando su pecado poético, se enteró por el transistor del advenimiento de una extraña pandilla de poetas y vagos que se reputaban a sí mismos de “locos, geniales y peligrosos”. Estos tipos son mi salvación —se dijo en silencio— y desde ese momento empezó a planear la fuga para ocupar su lugar en la generación Nadaísta...

Cuando los carceleros le dieron tiro, cruzó el muro de la infamia y cayó como un arcángel en los brazos salvadores de nuestra “degeneración”. Aunque no tenía la edad de la razón, lucía un rostro alucinado, desamparado, definitivamente solo. Era el más joven del grupo insurgente. Por toda recomendación aportó diecisiete años fracasados, un manojito de pésimos poemas carcelarios escritos en papel higiénico y su siniestra reputación de prófugo de la justicia.

Para empezar era algo, casi nada, pero en el Nadaísmo exigíamos como único mérito la ausencia de virtudes. Ni siquiera se requería ser artista, ni bachiller, ni digno. Al contrario: preferíamos al anormal, al neurótico, al apache, al bastardo, al marihuano, al demente, al desarrapado, al nadie, al apátrida, al antisocial, a ese cuya naturaleza mística se emparentaba más con el bandido que con el santo.

Y Eduardo tenía los síntomas de ser un santo al revés, el ángel luciferino, la encarnación del horror. En su silencio de noches de presidio, la voz se le había vuelto terrible, rebelde, iracunda, más cerca de la blasfemia que de la oración, aunque nunca decía nada, o muy poco. Su presencia entre nosotros irradiaba un ámbito de lejanías, de silencios hondos, de misterio puro. Es que como Lázaro regresaba de una tumba, de un largo viaje por las tinieblas, y estaba deslumbrado con la vida, con el esplendor de la libertad. Nos miraba con asombro, con miedo, exactamente como deben mirar los resucitados. Y además, estaba masacrado por la reflexión solitaria durante aquellas noches heladas, inhumanas, que destilaban terror.

No era todavía nadie, pero de ese cuerpo flagelado por el sufrimiento tenía que salir algo maravilloso, nosotros pensábamos que un poeta, algo mágico.

Confieso, un poco arrepentido que, como era muy menor y muy bello, y tan puro que nunca decía nada, ni siquiera “yo existo”, se lo confié al poeta Amílkar U, en calidad de iniciado, para que hiciera lo posible con el pequeño prófugo del Divino Salvador. Amílkar le prestó libros de Rimbaud y Maiakovski y le enseñó a fumar marihuana, en una perfecta complicidad entre poesía y alucinación, entre realidad y sueño.

Nosotros llamábamos a Eduardo cariñosamente “Eduardito”, y sus antiguos camaradas de vagancia y santidad aún lo llamamos con diminutivo. También le decíamos “El Nieto” por su casta inocencia. Era tan frágil, daba tal sensación de espiritualidad con su flotante estatura de uno con ochenta, que el maestro Fernando González lo bautizó “El Diosecito”. Es que por entonces estaba sumergido en un misticismo purificador, padeciendo su poesía con una paciencia de santo, en un horno de llamas negras.

Yo creo que Eduardo se metió al Nadaísmo por una razón: por unas ganas terribles de ser cualquier cosa en la vida, menos gerente del Banco Comercial Antioqueño. Creo, igualmente, que al elegir el Nadaísmo, hizo el mejor negocio de su vida, aunque hoy por hoy sea el poeta más varado de nuestra generación. Eso no importa. Lo cierto es que al perder la ganga de ser gerente se ganó el maldito y sacrosanto derecho a vivir, a ser poeta, lo que significa ejercer la vida como un destino. Ser poeta, como quien dice: vivir despierto, sobre todo en el sueño.

Eduardo militó los primeros años en una bohemia atorrante, suicida y estupefaciente, hasta que contrajo una tisis romántica que lo hizo cambiar de vida, de clima y de ruta.

Hijo legítimo de todos los defectos de la clase media antioqueña, heredero de los más idiotas conformismos, seminarista en uso de expulsión, la pasión revolucionaria de Eduardo fue el poeta comunista Vladimir Maiakovski, de quien quiso plagiar su suicidio en un raptó de deslumbramiento genial.

Solo que era más fuerte que su desesperación, y fracasó... En vista del fracaso se olvidó de cortarse las venas y tomó del poeta ruso sus primeros impulsos hacia la perfección. De su voz tomó el aliento para desencadenar ese torrente de energía acumulada durante silencios que duraban como siglos, y que se le estaban volviendo viejos en el alma.

Salvado del suicidio y de la influencia aplastante del poeta ruso, Eduardo tomó a sus fuentes y se arrimó a la sabiduría bruja de Fernando González, más entrañable y afin a sus rebeliones, y con quien tanto amó en los naranjales de Otraparte, como un par de profetas sin chequera "junto al límite del cielo limpio".

Eduardo es, en su figura, la imagen misma del desamparo. Tanto, que para salvarse de su roedora soledad, inició una errancia apache por mapas de ciudades desconocidas, bares vomitivos, Mary Mounts de angelicales colegiales de cola-de-caballo, paraninfos y prostíbulos, carnavales y plazas de mercado, caminos que no conducían a ninguna parte, a cualquier parte, a todas partes, todo era igual para su errancia, porque lo que importaba no era llegar sino vivir.

En sus caminos sin fin y sin regreso dejaba pedazos de piel, ilusiones, poemas manuscritos, camisas sucias, bluyines rotos, deudas que nunca le prestaron, recuerdos de una felicidad posible que nunca gozó; fracasos de los triunfos que nunca conquistó; esperanzas que dejó para nunca; dichas que el amor traicionó; glorias que la literatura le negó. Siempre la soledad, fiel como un remordimiento, persiguiéndolo entre los laberintos del ser y la nada como un detective, hasta que algún tren lo desmontó en ese terrón del paraíso que se llama Pereira, y allí se varó porque estaba cansado de ir para ninguna parte, y se quedó, y encontró por casualidad esa niña de que hablé, la que se llama Amparo, justamente la mano de milagro que buscaba para escribir sus poemas y remendar su último blue-jean y acariciar su barba de sufriente poeta nazareno y Nadaísta.

Desde entonces su inspiración encontró un cauce, su rebeldía una causa creadora, su locura una razón de vivir, y estacionó su vagabunda muerte en esta ciudad de sol y de amigos, viviendo del clima y bebiendo café para ahorrar digestiones, pero enamorado de su poema revolucionario de pelo largo,

tan bella que es una locura, toda la locura que Dios inventó para salvar a Eduardo de su locura que no era bella sino infernal y marihuana.

Eduardo vivió en Pereira y en verano mientras duró su amor. Vivía, soñaba, hacía versos, se moría de hambre y dormía en el cuarto de la sirvienta en la casa de otro poeta, pero sin la sirvienta. ¿Para qué más? Un día de estos esperaba casarse con la ayuda de Dios, pero como Dios es muy avaro con los poetas Nadaístas, y se reserva sus milagros para los beatos y rezanderos de novenas que le piden loterías para serruchar con todos los santos, Eduardo decidió no esperar milagros del otro mundo, y fundó *La viga en el ojo*, una revista de literatura para financiar sus bodas. Como esa era su única esperanza, yo pensé que sus hijos nacerían nietos.

Pero Eduardo ya no se casará, y no es porque su revista haya fracasado. Es porque Amparito, su novia, está estudiando "arte y decorado" en Los Ángeles, California, Estados Unidos, donde fue internada por su familia mientras se olvida de los Nadaístas y piensa seriamente en su matrimonio, aunque sea con un gringo, o con cualquier cosa que no sea un poeta.

En vista de lo cual, el pobre Eduardo tuvo que regresar a la base, o sea, a la ciudad industrial, adonde trasladó su imprenta ambulante y su capital, todo lo cual le cupo en un bolsillo roto del blue-jean.

Ahora peregrina por Medellín. Dios sabe haciendo qué, como no sea aburrirse peor que un antioqueño sin plata y sin empleo. Que Dios lo libre que le ofrezcan un puesto al verlo tan varado y tan famoso, pues Eduardo acaba de publicar cien páginas de versos que valen por mil años de poesía colombiana.

Su librito que es una mezcla de júbilo vital con relatos líricos de su épica aventura, se llama con embriaguez *Invención de la uva*. La pasta es color de miel y sangre, y así de profundo por dentro, y de bello también. Exhibe en la portada un dibujo neurótico y erótico de Alvaro Barrios, y fue lanzado a la inmortalidad en las *Ediciones papel sobrante*, con la complicidad literaria de Manuel Mejía Vallejo y Oscar Hernández, corderos pascuales sacrificados por el Premio Esso de novela que no borra los pecados del mundo como predica el Evangelio, pues no hay que confundir la gasolina con la sangre, como escribe Nietzsche.

De todos modos estos quijotes del linotipo han hecho como Dios manda al rescatar a Eduardo del anonimato parroquial publicando su *Invención de la uva*, que es toda una fiesta de poesía.



# Presentación de *Prosa incompleta*

Jaime Jaramillo-Escobar

Más allá de transitorias, confusas y desarticuladas clasificaciones literarias. Eduardo Escobar alcanza entre dos siglos la categoría de clásico, que es el secreto fin de todo escritor, aunque se inicia en rebeldía con la intención de hacerlo notorio. Tanto en poesía, con en el ensayo y la narrativa, tres géneros suficientes para fatigar un ingenio, trasciende el juvenil tropel de la experimentación Nadaísta con obras tan sólidas y definitivas como *Fuga canónica*, *Ejemplos de anamorfosis*, el gran poema “Cucarachas en la cabeza”, que después de 17 años no parece haber sido leído en serio, pero pronto lo será, tal vez cuando cumpla los veinte, y este jugoso volumen con una amplia selección de sus magníficos ensayos, en los que son de admirar la multiplicidad de los temas, la sobriedad del carácter, la coherencia conceptual, la sabiduría del maestro, la elegancia y esplendor de la prosa. El Nadaísmo tenía que culminar ahí con Eduardo Escobar, porque no hay sino un solo punto de llegada, que es la excelsitud. Se llega o no se llega.



[Escobar, Eduardo. (2003) *Prosa incompleta*. Bogotá: Villegas Editores, p. 11.]

# Sobre un equívoco

Eduardo Escobar

Cuando el poeta Amílcar Osorio fumó marihuana la primera vez dijo con una sonrisa regada por toda la cara: me siento como si me hubiera comido un circo. Y agregó. Con payasos y todo.

Éramos felices. Acabábamos de inventar el Nadaísmo. No habíamos cumplido veinte años. Amílcar escribió después su *Plegaria nuclear de un cocacolo*, donde dice: Señor, solo te pido que me mantengas mis bluyines desteñidos, mis mocasines rotos. Tú sabes que he bailado rock and roll, que una vez he fumado marihuana. Entonces la maracachafa era una costumbre de mala fama de guaracheros de los bajos fondos, pintorescos atracadores de esquina, y zapateros remendones con lecturas esotéricas.

Mi generación estaba destinada a la exploración del subconsciente, que comenzábamos a intuir en nuestras lecturas de Freud y los surrealistas. Redimimos la marihuana de las guaridas de los rateros pobres y la pusimos de moda en las fiestas de una burguesía aburrida, pero intensa, como el perfume de los nardos.

Después de la marihuana apareció la cocaína sintética de laboratorios Merck que traía Alberto Bravo de Panamá entre calzones de encajes para la putería de Medellín. Luego, el abecedario de los venenos refinados en los santos laboratorios



de la modernidad. El LSD que daba el cielo con su escama, el STP que regalaba infiernos de secretos, el DMT iluminaba un instante la mente como en el nacimiento de las supernovas y te introducía a continuación en un agujero negro. Negro, pero transitorio.

Mi generación estableció una mística alrededor de esas sustancias sagradas, y peligrosas. Y el peyote, la ayahuasca y el yagé. Una mística con su propia liturgia de guitarras eléctricas. Creímos inaugurar el reino de la Tierra contra el quimérico reino de los cielos. El ansia de inocencia no es nueva ni tiene fecha de caducidad. Y eso buscábamos. Inocencia y verdad.

La utopía transnacional de las almas unidas por las visiones del trasmundo se fue al carajo cuando irrumpió en la orgía la codicia, corrompiendo todo. A partir de la noche cuando Amílcar sintió que se había tragado un circo con payasos, la investigación de los poetas en los arquetipos a través del desarreglo de los sentidos degeneró en un asunto turbio, donde se mezclan los banqueros con los criminales del arroyo, policías torcidos y derechos, ejércitos de soplones, y pastores y guerrilleros de todas las iglesias, con retumbos de aviones, fumigaciones, y formidables burocracias de loros que hacen el seguimiento del asunto y lo diagnostican sin saber de qué hablan.

Cuando el arcaico impulso religioso, desde los eucarísticos hongos de Eleusis de Platón y sus amigos, y los paraísos artificiales de Baudelaire y los hippies, se estorba con la ramplonería de lo razonable, produce chispazos de infierno. La persecución de las drogas de revelación que la Policía llama alucinógenas, y las otras, derivó en este zafarrancho, y en un formidable negocio de alcances universales tan productivo como la pornografía y la guerra.

La codicia suele producir desórdenes. Y banalidades también. Como la campaña institucional (insustancial) que dice que la mata mata. Ninguna mata mata. El problema no está en las matas, sino en el modo como las forzamos a ser. El fastidio de la vulgaridad cotidiana impulsó a los hombres desde el principio hacia el interior. Alguien dijo que la proscripción de las drogas afrenta la libertad religiosa. Tal vez exageraba. En todo caso, puedo decir que mi generación de inspectores de simas y submarinistas del espíritu halló los peores desastres en el alcohol y las drogas psiquiátricas. Y en la gula. La marihuana no mata. Más gente mata la mantequilla.

Wilde dijo que es una desgracia que la juventud esté en manos de los jóvenes. Otra es que la política esté en las de los políticos. Tan dañinos cuando se inmiscuyen en la vida privada de la gente. Las campañas oficiosas contra la droga, que abarca tantas cosas distintas, hacen de un miserable milagro un

gran misterio. Y aumentan la curiosidad de la gente entre la Patagonia y Alaska y Japón, y Rusia y México. En los antros de miserables y en los palacios de los ricos.

No hay que ser profeta para saber que en el futuro el uso de los alteradores de la conciencia se incrementará. Como siempre en tiempos de crisis económica y vacío espiritual. Y la prohibición, mientras siga el equívoco, seguirá aumentando los peligros de la vetusta costumbre en beneficio de los narcotraficantes y las vastas y miopes burocracias inquisitoriales, devoradoras de los presupuestos internacionales, de la moderna caza de brujas. Burocracias tan aficionadas además a los espantos del güisqui. Y el steak.

[*Revista SoHo*. Inicio / generales. Marzo 18 de 2009.]



*Dibujo: Carlos González*

# Biografía de un santo sin aureola

Gonzalo Arango

**S**e pudo llamar Malaquías, Atila, o Pablo Sexto, pero se llama Eduardo Escobar. Es el autor de la *Invencción de la uva* y los *Monólogos de Noé*. No tiene corona sino una gran melena como estilan los santos de nuestro tiempo, santos sin cielo. Vive en cualquier parte donde lo coja el día, contento, y no se suicida. Piensa que es mejor ser Eduardo que nada, tener zapatos que alas.

La vida le ha dado duro y a la cabeza, pero piensa, luego existe, aunque no está de acuerdo con Descartes al colgar la vida de un hilo en el patíbulo del pensamiento.

Una vez nos dijo en Medellín, la ciudad más beata y menos santa del planeta: "Lo que me diferencia de los verdaderos santos es que mientras éstos se confiesan cada vez más indignos de la santidad, yo cada día me considero más un verdadero santo".



Él es como es, se acepta, no se elige. Parece tan lejano, pero no; es que vive hondo, camina, cae, se eleva a la profundidad de su alma. Nunca llega, ni llegará, su profesión es caminante. Irradia una serenidad que viene de ser, muy parecida a la beatitud, pero su alma es un calvario donde juega el espíritu a la perdición, apuesta a la muerte con premisa de resurrecciones.

Es más solo que Dios porque odia en la medida de su amor

impotente, pero nunca es enemigo de lo sagrado, ni de la tierra ni del cielo, aunque sufre por no poder descubrir la divinidad del hombre, lo humano en Dios.

Se siente el más rico de los mortales porque no tiene nada, no ambiciona nada, vivir lo colma. Nada le es ajeno, ni siquiera la nada. Toda su riqueza es de este mundo, aunque no tenga para protegerse la soledad de la piel, ni una hoja santa de marihuana.

Es el poeta más puro de mi generación, y su pureza no tiene que ver con la pureza, virtud de la moral, sino con la pureza verdadera del lodo verdadero.

Ha vivido siempre en el terror, lo prohibido, purificándose en la experiencia del mal, traficando con lo absoluto. No conozco a nadie tan supliciado en el espíritu, y con más necesidad de salvación. Incluso, en la otra cara de su medalla de santo, venera la imagen tenebrosa del bandido. Me habla de querer redimirse por el crimen, poetizar la violencia, predicar la destrucción como prolegómeno de Apocalipsis, infernalizar la tierra para volverla paraíso, precipitarse para sentir el vértigo de los abismos.

Paga el precio más caro por sus conquistas, el sufrimiento más amargo por sus dichas. No posee ninguna verdad que no le haya costado un ojo de la razón, en una lucha a muerte con sus dudas. Ha ganado su locura con una lógica sangrienta.

Sacrificó al ángel de la guarda en la parrilla de su casa para abrirle las puertas al demonio. Lo sentó en la sala, dialogaron, qué horrible decepción. Descubrió que el demonio era un intelectual de izquierda y lo arrojó a patadas, justo en el momento en que el buen Lucifer preparaba su cerebro para admirar en el televisor un nuevo capítulo del *Derecho de nacer*.

Para agotar las jerarquías del infierno, sentó a una mujer en sus rodillas como sustituto del demonio, y la encontró sagrada. Como llenaba los requisitos de la perdición, se casó con ella. Desde entonces, ella es el único ídolo que rivaliza su fervor con la poesía. ¡En su carne había alcanzado el éxtasis de la perdición redentora! ¡Qué júbilo!

Para Rimbaud, el problema del hombre es uno: hacer monstruosa el alma. Este poeta es, en toda la historia literaria y humana, el que más realizó en su carne el ideal de lo monstruoso. Por su triunfo sobre el enano-hombre se le llama con veneración "El monstruo sagrado".

En su aspiración rimbaudiana por hacer el alma monstruosa, me parece descubrir en este Nadaísta al heredero de los éxtasis y los horrores del gran condenado. En él, el poeta de las iluminaciones resucita y se perpetúa, recupera su pie cortado y sigue su camino explorando lo desconocido, las rutas del misterio, buscando nuevas tentaciones para perderse, nuevas condenaciones para sentirse salvado. No estará satisfecho hasta encontrar en la probeta de sus brujerías el veneno que mate la razón, y emerjan las auroras de locas y fulgurantes revelaciones.

No ha sido avaro en el conocimiento de lo prohibido y lo fantástico: ha estrangulado la lógica con un pelito del monte de Venus, midió los estragos de la inteligencia con un termómetro de fiebre aftosa, soñó pesadillas que escandalizaron al siquiatra, inventó virtudes delincuentes en vista de que el pecado ya no daba la medida de lo monstruoso. En fin, experimentó todos los grados de la escala Mercalli del espíritu: de la caricia al terremoto, del sapo al esplendor del arcángel.

Con un espléndido desorden se entrega a todos los excesos: a la ternura y la furia, al éxtasis y a la guerra creadora. Es un cataclismo inmóvil. Nunca se queja, pero si lo hace es de sus dones. En realidad, sus posesiones son del alma, pues no tiene una cuchara en qué caer muerto de hambre, ni un espejo para morirse de risa. Y sin embargo, su pobreza es un lujo, en ella cifra sus conquistas, no para poseer, sino para poseerse.

Como es poeta, no elude la gloria de su cuerpo. Tener cuerpo, para un poeta, es un honor que cuesta. Y si su poesía tiene los pies de barro, sabe que el amor no se alimenta de besos. Paga el precio de su perdición: no en oro que es un metal innoble, sino en cobre que es el metal de la sangre.

Un día, para no deberle nada al enemigo, se volvió "ciudadano": se afeitó su barba de bandido para que le dieran un empleo, madrugó con el reloj de las beatas del barrio, le dieron una llave para abrir una puerta de hierro que no era la de su destino, tomó el bus de los arrabales que lo llevaría lejos de los ángeles, de su pureza que testimoniaba el mundo en ausencia de Dios.

Había leído de Dios varias versiones en la prensa: que estaba muerto, afirmaba Tass; que lo habían nombrado comandante supremo de la Otan, decía la United Press; que estaba loco en una alcantarilla, rumoraban en la Esso. En suma, nadie sabía de su paradero, ni la ciencia, ni los teólogos de Interpol: ¡era el desastre!

Sin importarle la suerte del Eterno, ni la gloria del Universo que dependían

exclusivamente de su ocio, se afeitó con una cuchilla Gillete de acero inoxidable para que le dieran trabajo, pero a los magnates del acero no les importó que su vida de escritor colgara de un pelo. Está bien, los magnates no tienen la culpa de ignorar que la historia no se escribe con los pies, ni que el pelo de un profeta es más duro que la barba de los campeones. ¡Alabados los magnates que lo saben todo del acero, menos la tristeza de un santo buscando empleo!

Y no es manso, no, es guerrero, y sabe que su misión no es el triunfo sino la guerra. Habla de violencias, de volvernos cristos pistoleros, asaltadores del cielo o del poder, de prisiones y templos, del corazón de una mujer. Sobre todo, asaltadores de la verdad, de los caminos. Su corazón es una bomba de tiempo en espera de la chispa para hacer explosión y saltar a otra órbita del ser, la más alta, la imposible, aunque para lograrlo se tenga que desintegrar.

Ya saben, pues, quién es éste de que hablo: Eduardo Escobar, poeta y santo: no por la gracia de Dios, sino por falta de una metralleta. Si lo ven pasar por la calle, profanos, arrodillense, porque cuando Noé se haya bebido la última gota del vino de la venganza, ¡de sus huellas nacerá el olivo!

[*Eduardo Escobar. Gonzalo Arango, Correspondencia violada.*]



# Carta muy amistosa a Carlos Gaviria-Díaz

Eduardo Escobar

**M**i querido Carlos. Yo te dije cuando comenzabas a ganar ascendiente en el Polo, un ascendiente inesperado para mí en una liga heterogénea de ex secuestradores, ex sindicalistas devotos de Narciso y señoritos de la izquierda exquisita que disfrutaban la vanidad de proponer la reforma de todo, y revolviendo el río de las ilusiones mientras ganan barriga, o se llenan la bolsa, que los políticos son gentes difíciles de entender y manejar, demasiado egoístas para ser buenos amigos.

Y te pregunté cómo puede militar un aficionado a la filosofía en un partido político en Colombia, además pegado con babas como todas las agrupaciones de izquierda aquí, donde nunca existieron partidos sino camarillas, gavillas, cuadrillas, (o ligas temporales), sobre todo un filósofo idealista como vos. Eso de los filósofos en el poder no fue más que la alucinación de un viaje platónico de hongos de Eleusis. ¿No te dije? Recuerdo la respuesta. La única manera de hacer política es con la gente como es. Parecido a lo que le escuché una vez a Belisario Betancur: se hace con lo que da la tierra.



La leyenda afirma que Platón acabó en subasta en el mercado de esclavos después de fracasar como político. Nunca fueron buenos, es decir eficaces en la mecánica del poder, para el esfuerzo de la ascensión y para su mantenimiento, más que los espíritus prácticos, sin escrúpulos, que no temen ensuciarse,

manosear, ni dejarse manosear. Ningún oficio salvo el ilusionismo exige la perfección en el mentir como la política. Mesas dobladas de trucos, manteles de bolsillos discretos.

La traición es la otra herramienta del arte. Los sentimientos son instrumentados en el antiguo tejemaneje. Entre las mejores historias del intrigante siglo veinte están las de los grandes espías disfrazados de cardenales y de putas sirviendo alguna causa, o ninguna, la de la adrenalina o la codicia. Muchos acabaron extraviados de sí mismos. Las máscaras cobran su salario con la disociación esquizofrénica. Una vez hablamos del amigo común de Medellín, un ex comunista empeorado de compañías en las filas del liberalismo antioqueño que dijo que la razón de la política es ganar. ¿Qué se hizo? Los azares políticos conducen a veces a la oscuridad. Siendo un oficio de apariencia altruista, la política es triste como un vicio.

Maquiavelo bendito dijo por siempre que el político necesita la fuerza del león y la astucia del zorro. La piedad, la generosidad, la integridad, la fidelidad y otras cosas venerables de los libros nobles se vuelven relativas en la lucha por el dominio. La política y el hampa suelen andar cerca. A los hampones les gustan los palacios. Y los políticos jamás olvidan los sótanos donde los incuban. El puñal, el veneno, y la calumnia, desde Macbeth, y Ricardo Terce-ro, suelen legitimar el ejercicio del poder. Y así será siempre. El político puro no existe. Debe zafarse de sí mismo si quiere adecuarse a las artimañas de esta manipulación del prójimo. El amor por el poder es una pasión temible. Porque es posesivo. Engolosina como las mujeres malas. Lo demás es filosofía. Poc-tizar con abstracciones.

No desprecio a los políticos, un mal necesario. Nos salvan del aburrimien-to en primer lugar y de los riesgos de la libertad. No queda más remedio que coexistir con esa casta mientras el mundo siga siendo un desierto. Nos he-mos acostumbrado a admirar al dominador. Guardamos con asombro la me-moria de los más espantosos como Alejandro, Napoleón, Bolívar, Bush o Le-nin, arquetípicos de la bestia.

La política como fue siempre. Y mañana será igual. Cambiará cuando los filósofos comiencen a mandar. Es decir, nunca. O hasta que se produzca un salto genético feliz en este chimpancé corrompido que somos, que especializó la malicia en inteligencia, y el talento en oportunismo. El nombre de Kissin-ger evoca el beso de Judas mientras cantaba: oh, Maestro.

Es temible una actividad en la cual uno es definido por las circunstancias más que por los principios, por sus adversarios, no por sus modelos, por el

llamado de la hora aunque deba sacrificar el alma. En la adolescencia, buen ex discípulo de monseñor Builes, merodeé por el directorio laureanista de Medellín cuando quedaba por la Plazuela Zea, nombrada en honor de quien dicen que se robó el primer empréstito. Más tarde por los lados del PC buscando mejores aires. Hedía igual en el directorio que en la célula. Preferí el cinismo Nadaísta, las filas de Diógenes el perro. No sé si perdí mi vida: me salvé de otras obligaciones.

Pedirles virtudes a los políticos sobre todo en ciertas coyunturas sombrías de la historia no es responsable. El buen político debe digerir la carroña sin enfermar. No necesita estar confesado. Pero si está bien confesado, mejor. Será más implacable si se siente purificado. El desorden, que además es una hipótesis, se cura con implacabilidad. Lo sabe el más dulce y sabio de los activistas de esa profesión espeluznante.

Poco a poco me convenzo del pecado original. El síntoma en la vida individual son las pesadillas, y en la experiencia social la política. La Historia carece de trama como un cuento de Kafka. Los vicios privados hacen la prosperidad pública, dijo Mandeville. Pero por desgracia toda prosperidad engendra el miedo.

La aspiración a la pureza es algo en lo que deberíamos desconfiar en política. Leí a Maquiavelo con asco. Desde la dedicatoria de su manual, a Lorenzo el Magnífico que ya sabemos la clase de magnífico hideputa que fue, Maquiavelo que no era bobo desliza una ambigüedad entre la falsa modestia y el halago al declarar su obra indigna del destinatario. Indigna, pero imprescindible. Maquiavelo remata con una venia abyecta y una lágrima de autocompasión. Muchos entraron a la política por la puerta de servicio. Y salieron colgados al menos en la sala tediosa de una academia. La mejor forma de envilecer un proyecto político es llevándolo a la práctica.

Carlos: creo que si acaso existe algo como la izquierda, y si no es la derecha mirándose al espejo, lo urgente es hacer balance. Y tomar distancia con la perversión del comunismo que anuló las mejores aspiraciones de cambio con su jesuitismo. El PC está ligado a las peores tragedias de la modernidad. Sus frutos evidentes son la grotesca cárcel burocrática de la URSS ahora en pedazos, Cuba, imitación tropical de la distorsión asiática, y las dictaduras latinoamericanas de milicos, pues atizó una y otra vez los peores instintos de la reacción. El mundo hoy es distinto del de Lenin y Bakunin. La ciencia, la tecnología, nuevos órdenes, nuevos desórdenes, nos arrastran hacia peligros más sutiles. Años ha, critiqué a Gonzalo Arango su voto por la tortuga de la evolución contra el furor revolucionario. Hoy estaría de acuerdo con él. Hay

que reinventar el amor y la izquierda. En el mundo de las computadoras, la física cuántica y el principio de incertidumbre.

Perdóname esta reflexión amistosa. Y que te vaya bien con esa gente con la cual a veces pareces incómodo. Queda la posibilidad poética de que la experiencia se contradiga, y la razón se imponga al pragmatismo rastrero para sorprendernos. Un abrazo.

[*Revista SoHo. Inicio / opinión. Julio 9 de 2008.*]



*Dibujo: Carlos González*

# El cuarteto de cuerdas

Eduardo Escobar

**O**í decir a muchas personas entendidas en estas cosas que el cuarteto de cuerdas, cuya invención se atribuye a Francisco José Haydn, es la más compleja y perfecta de las formas musicales. Yo acabé por creer lo mismo después de andar muchos años en busca de alimentos auténticos, o consuelos auténticos, en las sinfonías, los conciertos para orquesta e instrumento solo, los dobles conciertos y los triples, los nonetos, los octetos y los sextetos, los quintetos para vientos, cuerdas o con piano obligado, los tríos, las sonatas para violín y piano solo o acompañado, las suites de danzas, la música vocal, las corales. Según un comentarista, el cuarteto de cuerdas une cuatro compañeros con los mismos derechos, pero resulta más preciso decir que en el cuarteto cada instrumento encuentra su grandeza en el servicio del acompañamiento de los otros. El cuarteto es sobre todo equilibrio.



Haydn habría conseguido con los suyos un sonido lleno y rico en posibilidades en el tratamiento temático, fundando un género. Del último dijo Goethe en carta a un amigo que es una conversación entre cuatro caballeros razonables.

Me parece haber advertido el gusto por los cuartetos de cuerdas en las personas reservadas, amantes de los sabios placeres de la vida tranquila, con una interioridad bien regida por principios claros. Confío en las personas que oyen cuartetos de cuerdas. No son muchas. No conozco muchas en este mundo.

Mi prejuicio supone que quienes frecuentan los cuartetos de cuerdas son más amables, mejor educados, que han sido dulcificados, civilizados por la buena costumbre. Y lo seguiré sosteniendo hasta que algún biógrafo descubra para sabotearme que Hitler buscó la paz del corazón en este refinamiento de la forma sonata. Hitler debió escuchar con agrado *Also sprach Zarathustra*, de Strauss. En todo caso, disfrutó los orgasmos totalizadores del anarquista Wagner.

Los mismos que acabaron por despertar desconfianzas en Federico Nietzsche. Más por razones ideológicas, religiosas, míticas, que musicales. El ejemplo abominable de Hitler sirve para incluir en una elucubración musical el contraste de algunos criminales de postín con inclinaciones a la melomanía.

Y la megalomanía. Bolívar fue otro. Bailarín famoso, solía llevar virginales en su equipaje. Stalin fue otro. Lenin se resistía a las sonatas de Beethoven por astucia. Reprimía lo humano, innecesario, inútil y hasta perjudicial en política. Nietzsche ambicionó ser un gran músico antes que filólogo.

Dejó montones de pequeñas obras altisonantes para piano, conseguibles en los almacenes de discos.

Menuhin, violinista judío, se interesó en la música de los arios.

Tocó ragas con Ravi Shankar. Definió al piano como un monstruo de tres patas. Beethoven le añadió al piano la conciencia del universo, en sus sonatas mayores para este instrumento que en algunas casas no pasa de ser un mueble mudo como los otros, y que suscita en los poetas dados a la greguería el recuerdo invariable de la caja de dientes. El ingenio precipitado en el exabrupto.

La música sinfónica contra las excelencias logradas en un desarrollo largo de experimentos y hallazgos, combinando cada día voces nuevas con viejos timbres y ritmos, agregando lo espantoso a la música, el estruendo de la timbalería y el escándalo de los tumultos de trompetas y los llantos de los oboes en contrapunto con la burla de los clarinetes, etc., etc., en busca de una verdad, ostenta, a pesar de todo el amor que uno puede darle, una cierta vanidad grandilocuente.

Desde Mozart, divertido, palaciego, y solemne con la solemnidad del palaciego, hasta las opulencias del vanaglorioso Mahler y el catedralicio Bruckner, pasando por los músicos del romanticismo nacionalista, que describieron con tropeles de contrabajos y rugir de trompas los ríos congelados y las montañas de sus patrias queridas, con huracanes y nubes y todo.

“La arquitectura es música congelada”. Schopenhauer. Es más que una expresión poética, más que una metáfora de metafísico en un cascarrabias.

La música sinfónica, y el piano, fueron consecuencias de las conquistas de los arquitectos, de los grandes teatros europeos, dicen los historiadores, que no alcanzaban a copar los tímidos clavicordios y la avejentada música de cámara. La demencia de los teatros del rococó y el clásico, sobreadornados de cornisas, lámparas, y palcos, corre pareja con la aparición del estrépito sinfónico y de los aparatos de la ópera, que alcanzaron su apogeo en la música de desafueros de Wagner. Los arquitectos, levantando teatros cada vez más generosos, hicieron albergues para las sinfonías. Y el concierto.

Y su público de mezquinos, tenderos, contrabandistas, agiotistas sin hígados y piratas que fueron el germen de las burguesías en todas partes. Padres y madres de los inventos de la democracia y las naciones, de las nociones de la libertad individual y la independencia política que mantienen el mundo patasarriba hasta hoy. Después de la siega inclemente a guillotina limpia de los últimos aristócratas. Y hasta estos días del triunfo de la estadística, el chantaje de la mayoría, y la impertinencia de la publicidad, elemento constitutivo en la mecánica del ejercicio moderno del poder postmaquiavélico. Los príncipes no necesitan ya virtudes.

Basta aparentarlas. Y los fagotes siempre cómicos, poco a poco pasan de moda.

El cuarteto, en los extremos cuartetos medios de Beethoven y el desgarramiento interior de los últimos, es pura construcción, arquitectura. En el cuarteto de cuerdas, la sumisión a una estructura, las limitaciones que impone al oyente y al autor, se transforman en libertad. En la estrechez de las cuatro voces hermanas, dos violines, una viola y un gimiente chelo, el cuarteto de cuerdas exige una contención casi mística, concentración, respeto por la materia del sonido y la operación mágica que figura.

Schopenhauer también consideró la música la más noble de las artes, la única que es experiencia pura, naturaleza, fenómeno mismo, no un mero comentario sobre las cosas. En el cuarteto de cuerdas se experimenta el drama del cuarteto de cuerdas, nada más. Es conmovedor por lo límpido. Tiende a hacernos buenos. Si no es una falsa impresión.

La música sinfónica, con todo el esplendor de su historia, peca de teatral, está más próxima al espectáculo, a las liturgias aparatosas.

El cuarteto de cuerdas nos conduce a los límites de la intimidad. O la oración. Que se parecen.

La Novena sinfonía de Beethoven ya forma parte del espíritu del mundo, es un lugar común en la historia de Occidente; hay conciertos que jamás se olvidan después de conocerlos, organizaciones monstruosas como el de Beethoven para violín, o los de Brahms. El romanticismo arrastró la orquestación al patetismo con el desquiciado Berlioz.

Algunas obras sinfónicas cuentan entre los más espléndidos ejemplares del arte musical. El concierto para violín de Mendelssohn.

Los de Beethoven para piano y el de violín de dimensiones sagradas, que surge de cuatro golpes de un timbal. Pero es en el cuarteto de cuerdas donde la música refina su gloria.

Los primeros cuartetos de Beethoven, parientes de Mozart, que también los escribió de esplendores y gracias, llevan al milagro de los medios. Los últimos, llenos de insinuaciones metafísicas, música religiosa en el mejor sentido, son expresiones supremas de la misteriosa carne que compartimos. Uno tiene que admirar a ese animal recién desprendido de los monos en su labor, entregado a afinar unas máquinas de tripas y cerdas, inútiles para nada más que para decir todo lo que todas estas palabras son incapaces de decir al fin: la humildad, y la perplejidad.

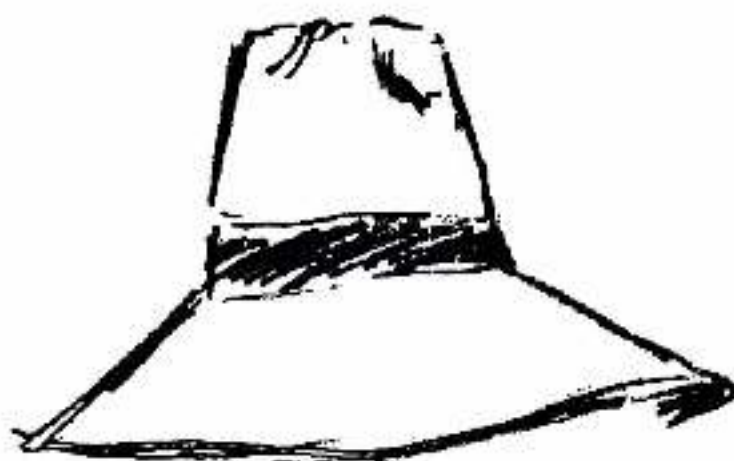
El cuarteto de cuerdas tiene menos respuestas que propuestas y preguntas. Es secreto y revelación.

Más allá de los cuartetos de Beethoven, que parecen insuperables, honran el género los del infeliz Béla Bartók; los de Schönberg, que implantó en uno como una innovación poemas de Trakl, reingeniería de los sentimientos y las emociones; los de Shostakóvich, que asediado por los comisarios bolcheviques consiguió engañarlos al producir música moderna que parecía música de partido; los expresionistas de Ligeti y los de Ravel discretos, las abstracciones de Elliott Carter, y las meditaciones de Peter Mennin y Andrew Imbrie. Todos intentan lograr la verdadera aspiración de la música. La conquista del silencio.

La conversión de la música en silencio. El cuarteto de cuerdas se entiende con el silencio. Está plegado sobre su trama. No se le impone. No abusa del silencio.

Reflexiona, busca la armonía y el equilibrio en un mundo que los niega. El concierto lucha. La sinfonía clama. El cuarteto de cuerdas se resigna a lo único que puede ser. Alimento y consuelo.

[*Revista Universidad de Antioquia* N° 295 (2010), sección "minúsculas"]



Dibujo: Carlos González

# *Cuando nada concuerda*, de Eduardo Escobar

Freddy Téllez

**D**e Eduardo Escobar he visto algunas fotos y quizás dos videos, entre los cuales uno en el que responde a ciertas preguntas de Gloria Valencia de Castaño. Maravillas de internet que pretenden suplantar la presencia pura, para decirlo de algún modo. Maravilla, insisto, ya que es por ese medio que he conocido al Eduardo Escobar de carne y hueso; aunque virtual para mí, pues resido en un país muy lejano de su San Francisco cundinamarqués. Pues bien, esa presencia se me impone ahora con todo su peso, metido como estoy en su *Cuando nada concuerda*. Placer de lectura.

Si he comenzado con esta confesión intimista es porque las reflexiones que siguen pueden adolecer del desconocimiento global del autor y de su obra. Que el lector sea magnánimo, entonces, así como su autor, a quienes ofrezco aquí esta serie de fragmentos descosidos que intentan cohesionar lo que la lectura del libro me despierta.



Primero el título, enigmático y transparente a la vez. *Cuando nada concuerda* no quiere decir quizás otra cosa que lo que la frase sugiere. El fondo que subtiende los artículos que lo componen dejan ver algo así como un desacuerdo fundamental entre el lenguaje y las cosas, entre realidad e interpretación, entre tema propuesto y análisis correspondiente.

Todo ello como una manera de sugerirnos que la realidad es mucho más rica y compleja de lo que a veces la suponemos ser. La muerte de Dios es harto más de lo que esa frase dice. El Patas no se reduce a un espantapájaro con cuernos, y las obras de Kafka, Nabokov, Flaubert, Thomas Bernhard, Celine, Bashevis Singer y otros no se agotarán nunca en el entramado crítico que elaboraremos a partir de ellas. Eduardo Escobar nos regala así en sus diversos textos un rico enmarañamiento de puntos de vista a partir de un autor, de una sentencia famosa o de esos objetos fantasmáticos, y reales a la vez, que conforman el vasto espacio de la literatura Universal. Nada concuerda, pues, de hecho, porque todo desborda sus propios límites, posee innumerables capas y recovecos. Nada es sencillo ni unívoco a primera vista. Ni a una segunda o tercera tampoco.

Pero, ¿y si *nada concuerda* significara lo contrario? ¿Si la *nada* del título apuntara sibilamente a esa Nada simbólica que representó el Nadaísmo? ¿Si así nos estuviera diciendo que ese Nadaísmo iconoclasta y revoltoso concuerda con lo que se propone, es decir, con la crítica ejercida a lo largo de las páginas del libro? Nadaísmo revivido que se empeña en desmenuzar el objeto tratado, desenmarañándolo a punta de tesón. La referencias al Nadaísmo en cuanto movimiento son innumerables en el cuerpo del libro; algunas reveladoras, casi impúdicas, pero, por lo general, poco autosatisfechas, aunque en lo esencial positivas. Y con toda razón. Eduardo Escobar no reniega de lo hecho, pero no cae al mismo tiempo en la sola complacencia. La nada del Nadaísmo concuerda y nos da análisis certeros y casi sabihondos. Pero siempre escépticos y desencantados. Lúcidos.

Eduardo Escobar no es ya el Nadaísta inserto en un grupo provocador y vanguardista. Ahora es uno de sus herederos, continuador de su visión irreverente y ácida. Si esa es una de las consecuencias de tal movimiento, viejo ya de unas décadas, pues debemos alegrarnos, nosotros coetáneos, de tener entre nuestras filas a seres de esta talla. Independientes y despiertos. Se equivocaron aquellos que en esa época se arrancaban los cabellos escandalizados por el atrevimiento de esos jóvenes apologistas de la nada, y que, agoreros, predecían su decadencia. El nihilismo fue fructífero, sin duda, y en muy alto grado. Para la muestra: el autor de este libro, y el libro mismo, al que aquí intento, torpemente, acercarme.

\*

La escritura que impregna el libro se deja leer en voz alta. Es un estilo musical, diría, algo arrollador, que resuena a través de sus frases bien cinceladas. Combinación de períodos cortos y largos (algunos hacen 11 líneas) que

dan un ritmo que seduce al lector, que lo *cercan*. Es un estilo asimismo que sabe emplear la palabra justa y la palabra rara. Se aconseja leerlo con un diccionario al lado.

\*

La erudición, ahora. Ella es también arrolladora, pero nada profesoral, pesada e insistente. Todo lo contrario. Eduardo Escobar se mueve por entre la biblioteca del mundo con una facilidad desconcertante, y todo ello sin una sola nota a pie de página. Ligero, danzarín, aunque bien cargado de libros. Es una erudición precisa, que aclara una idea, que la profundiza, sin ser exhibicionista. *Cuando nada concuerda* es así un homenaje a la lectura, a la buena lectura, a la recogedora de perlas entre la maraña de frases y algas. No es pues de extrañarse que el análisis de los temas, autores y libros propuestos esté marcado por la idea inédita y la mirada atinada. Pues leer bien es desentrañar.

\*

Uno de los platos fuertes del libro se titula *La pregunta de Dios*. Podría decirse que en él Eduardo Escobar regresa, con una nueva carga, a su pasado de seminarista. Ahora es un demoleedor y un desencantado, vuelvo a repetir, sin cesar de ser un tanto respetuoso del *Espectro de los Espectros*, como lo llama con una cierta familiaridad distanciante. En ese texto el autor nos indica que no basta con proclamar la muerte del Gran Fantasma, pues éste se inmiscuye y desliza por entre todos los intersticios. Nuestra cultura, nuestros resabios y reflejos chapotean en la salsa pegajosa que alimenta al Dios mayúsculo e intimidante. *Tal vez Dios somos nosotros mismos*, afirma en él en un momento. Juicio acertado, de sonoridad feuerbachiana, que subraya la existencia altamente simbólica del Máximo Espectro, para no decir Máximo Líder. El prudente « tal vez » del inicio de la sentencia es una ejercicio de moderación retórica : quiero creer.

Páginas más adelante la misma idea se adapta esta vez al Diablo : « Quizás el Diablo somos nosotros mismos cuando nos proponemos hacer el Mal y cuando nos proponemos hacer el Bien que con frecuencia resulta tan mal ». Por esa vía el autor hace gala, como en otros de sus capítulos, de una más de sus visiones penetrantes que desentraña las ilusiones de la ideología nutrida en las buenas intenciones. En ese contexto el autor cita al primer Máximo Gorki —antes de que por miedo al tirano y amor al privilegio sucumbiera más tarde al encanto de Stalin—, crítico de los bolcheviques *que masacraron a los funcionarios del zar* [y al zar y a toda su familia, agregó] *en nombre de la dicha futura de las masas y del Reino de la Tierra*. Masacre que no se detuvo

en esa ilustre familia, como hoy lo sabemos. Todavía se polemiza a propósito del número de víctimas de ese enorme crimen de masas ;cantidad harto superior, no hay que olvidarlo, al que la historia le acredita a los designios de Hitler. Ahora bien, esa apreciación del autor es tanto más valiosa, en cuanto ella responde a una crítica distanciadora de su propio pasado de militante de una idea en cuanto ilusionado político. Como tantos otros, por lo demás. Entre ellos, el que aquí garabatea estas letras.

El solo bemol que podría anotársele a ese análisis percutante sobre el Dios magnificado, consiste en recordar que *el arco de punto y el arbotante* no son metáforas totalmente apropiadas para apuntalar la peculiar existencia de Dios. Esos dos elementos arquitectónicos, a los que Eduardo Escobar recurre, son verificables a cualquier dedo interrogador. No así Dios, quien no deja de ser precisamente un Gran Espectro, es decir, un ente situado en otras esferas distintas al simple sentido táctil. Su existencia es de otra naturaleza, a pesar de que el Gran Mayúsculo desempeña, en ciertos espíritus, funciones similares a la de esos dos arcos sostenedores.

\*

Termino estas notas manifestando mi sorpresa al constatar que Eduardo Escobar le atribuye a Jorge Luis Borges las características propias a la obra de García Márquez: ser *decorativa, ligera y con tendencias a escandalizar*. Por mi lado, entre ambos escritores mi preferencia se inclina, sin ninguna vacilación nacionalista, del lado del argentino. Al menos en sus libros y poemas no cesamos de encontrar materia por mascar, para no decir rumiar. Caso opuesto al del ilustre compatriota y premio Nobel. En éste todo se diluye en la maestría de la lengua. El relato, la historia evacua el resto. Nada más queda. Y sobre todo: ni el más mínimo rasgo de un pensar.

Recuerdo, para concluir, que en cuestiones de gusto nadie es rey.

[*Lausana, enero de 2014*]



## Notas

**Patronato histórico de la Revista.** Alfonso Carvajal-Escobar (κ), Marta Traba (κ), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (κ), Luciano Mora-Osejo, Valentina Marulanda (κ), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (κ), Mirta Negreira-Lucas (κ), Bernardo Ramírez (κ), Livia González, Matilde Espinosa (κ), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (κ), Antonio Gallego-Uribe (κ), Santiago Moreno G., Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturro, Rodrigo Ramírez-Cardona (κ), Norma Velásquez-Garcés, Luis-Eduardo Mora O. (κ), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (κ), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (κ), María-Leonor Villada S., María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata, Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (κ), María-Dolores Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

## Colaboradores

**Eduardo Escobar** (1943). Poeta, narrador y ensayista. Fundador del Nadaísmo con Gonzalo Arango y Amílcar Osorio. Director de la primera revista Nadaísta, *La viga en el ojo*, y escritor principal en *Nadaísmo 70*, la última revista del movimiento. Ha sido colaborador de *Zona Franca* y *Revista Nacional de Cultura*, de Venezuela, *El corno emplumado*, de México y de las revistas colombianas *Cambio*, *SoHo*, *Cromos* y *Credencial*. Columnista del diario *El Tiempo* y Premio Simón Bolívar (2000) a la mejor columna de opinión. Colaborador de *El Colombiano* de Medellín y *El país* de Cali. Periodista radial en *Cadena Súper* y *Radio Caracol* y realizador de programas culturales para la televisión. Autor de los siguientes libros: *Invencción de la uva* (1966), *Monólogos de Noé* (1967), *Segunda persona* (1969), *Del embrión a la embriaguez* (1969), *Cuac* (1970), *Buenos días, noche* (1973), *Cuac* (1974), *Confesión mínima. Antología* (1975), *Cantar sin motivo* (1977), *Antología poética* (1978), *Gonzalo Arango, correspondencia violada* (1980), *Escribano del agua* (1986), *Vámonos de fracasos por el aire desnudo* (1987), *Gonzalo Arango. Ensayo biográfico* (1989), *Nadaísmo crónico y demás epidemias* (1993), *Antología de la poesía Nadaísta* (1993), *Manifiestos del Nadaísmo* (1993), *Cucarachas en la cabeza* (1993), *Las rosas de Damasco* (2001), *Ensayos e intentos* (2001), *Fuga canónica en torno de la figura desdichada de Julio Quevedo Arvelo, llamado El Chapín, y otras notas sobre la música y la amusia* (2002), *Prosa incompleta* (2003), *Poemas ilustrados* (2007), *Diván del recalcitante* (2010), *Cuando nada concuerda* (2013).

**Gonzalo Arango** (1931-1976). Escritor, periodista y poeta fundador del Nadaísmo. Amigo y seguidor de Fernando González. Sus principales obras son: *Primer manifiesto Nadaísta* (1958), *Las camisa rojas* (1959), *Nada bajo el cielorraso, HK111* (1960), *El manifiesto de los escribanos católicos* (1961), *El mensaje a los académicos de la lengua* (1962), *Diez poetas Nadaístas* (1963), *Sexo y saxofón* (1963), *Los ratones van al infierno* (1964), *La consagración de la nada* (1964), *Prosas para leer en la silla eléctrica* (1966), *El terrible 13 manifiesto Nadaísta* (1967), *Boom contra pum pum* (1967), *El oso y el colibrí* (1968), *Fuego en el altar* (1974), *Providencia* (1978), *Gonzalo Arango, correspondencia violada*. Por Eduardo Escobar (1980). *Memorias de un presidiario Nadaísta* (1991). Colaboró en revistas y periódicos nacionales e internacionales: *Nueva Prensa* y *Cromos*; *Corno emplumado* de México, *Zona Franca* de Venezuela.

**Jaime Jaramillo-Escobar** (1932). Poeta de la generación colombiana del Nadaísmo. Entre sus libros publicados: *Los poemas de la ofensa* (1968), *Poemas de Geraldino Brasil* (traducción, 1982), *Extracto de poesía* (1982), *Sombrero de ahogado* (1983), *Poemas de tierra caliente* (1985), *Selecta* (Antología 1987), *Alheña y Azúbar* (1988), *Poemas principales* (2000), *El ensayo en Antioquia* (2003), *Barba Jacob para hechizados* (2005), *Permiso voy a cantar* (2008), *Poesía sin miedo* (2011), *Cartas con Geraldino Brasil 1979-1996* (2011). *Método fácil y rápido para ser poeta* (2011). Ha sido distinguido con varios premios: Premio Nadaísta de poesía Cassius Clay, 1967, Premio nacional de poesía Eduardo Cote Lamus, 1983, Premio nacional de poesía Universidad de Antioquia, 1983.

**María-Dolores Jaramillo**. Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia, en el área de literatura. Autora de los libros: *José Asunción Silva, poeta y lector moderno* (2001) y *Cioran: creencias y esperanzas de un escéptico* (2002). Este número monográfico de Aleph estuvo a su cargo.

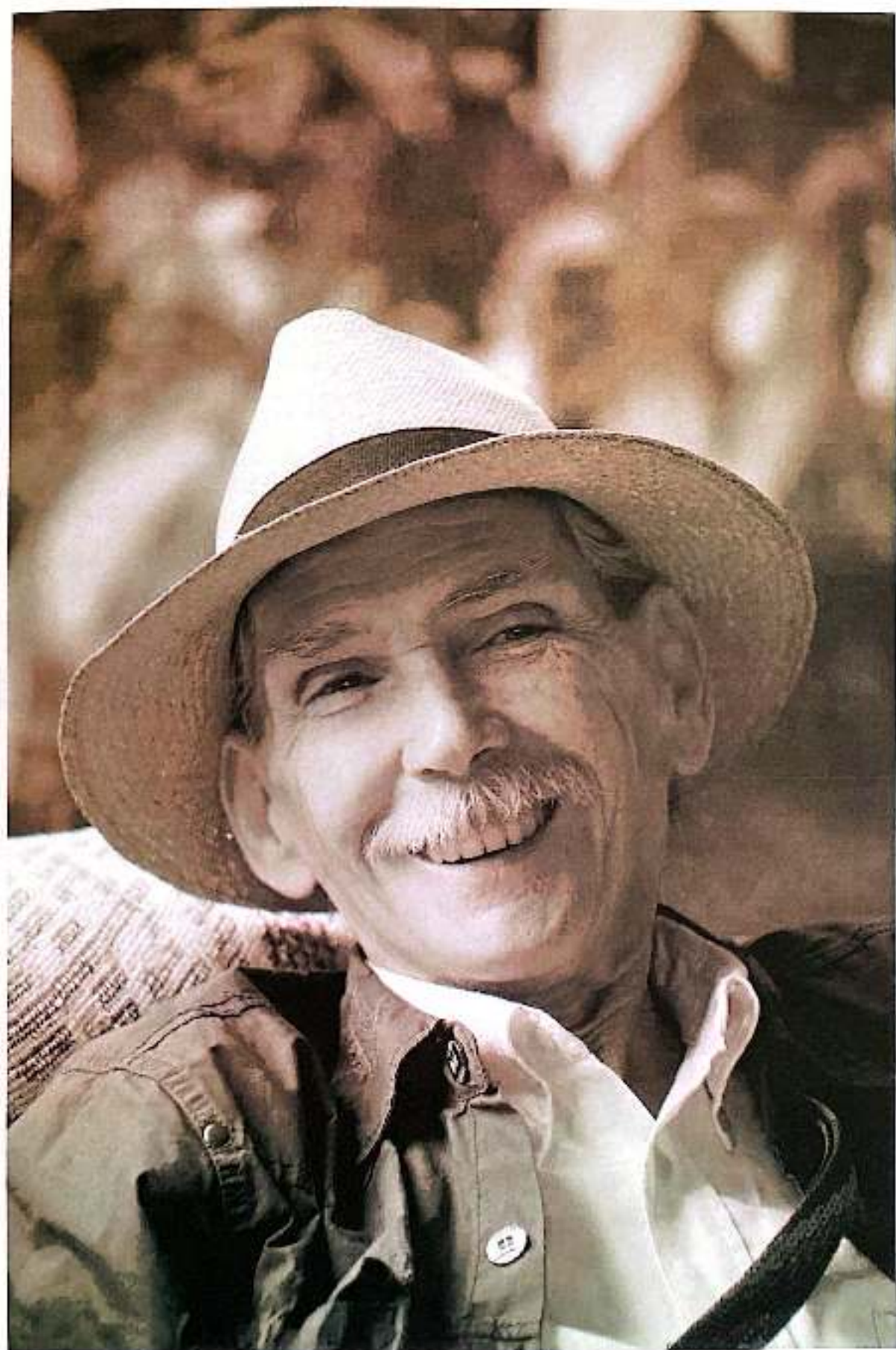
**Freddy Téllez**. Doctor en filosofía de la Universidad de París VIII. Vive en Europa desde hace más de 30 años. Es autor de: *De la praxis* (ensayo, Bogotá 1985), *La sexualidad del feminismo* (ensayo, Bogotá 1987), *Palimpsestos. Los rostros de la escritura* (ensayo, Bogotá 1990), *La ciudad interior* (novela, Madrid, 1990), *Del pensar breve* (aforismos, Bogotá 1993), *Filosofía y extramuros* (ensayo, Medellín 1999), *En torno a Cioran* (ensayo, Manizales 1999), *Mitos: filosofía y práctica* (ensayo, Manizales 2002), *Mi biblioteca y yo* (relato, Lausana 2003), *La entrevista de bolsillo con Jacques Derrida* (en colaboración con B. Mazzoldi, Bogotá 2005), *Une visite chez Monsieur Cioran* (relato, París 2007), etc

## Elogio

Las pecas  
de tus mejillas  
son para mí  
como un montón de estrellas  
en pleno día.

S. Escobar

*Eduardo Escobar,*



Fotografia: Federico Bayona

**Monográfico dedicado a la obra de Eduardo Escobar**

<b>Arte poética</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	1
Eduardo Escobar, esplendor verbal y lúcido razonamiento <i>/María-Dolores Jaramillo/</i>	2
Presentación de <i>Cuando nada concuerda</i> <i>/Jaime Jaramillo-Escobar/</i>	5
<b>Mi hoja de vida</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	11
<b>Tal vez hubo una vez</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	14
<b>Conversación con Eduardo Escobar</b> <i>/María-Dolores Jaramillo/</i>	17
<b>Vigencia de Albert Camus</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	48
<b>Un libro, un músico, un Nadaísta</b> <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	60
<b>La realidad encantada</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	63
<b>Eduardo Escobar</b> <i>/Gonzalo Arango/</i>	66
Presentación de <i>Prosa incompleta</i> <i>/Jaime Jaramillo-Escobar/</i>	72
<b>Sobre un equívoco</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	73
<b>Biografía de un santo sin aureola</b> <i>/Gonzalo Arango/</i>	76
<b>Carta muy amistosa a Carlos Gaviria-Díaz</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	80
<b>El cuarteto de cuerdas</b> <i>/Eduardo Escobar/</i>	84
<i>Cuando nada concuerda</i> , de Eduardo Escobar <i>/Freddy Téllez/</i>	89
NOTAS	93
/Patronato histórico de la Revista	
Colaboradores	94
Elogio <i>/Eduardo Escobar/</i>	96